

# LA INTERNACIONAL OBRERA

Víctor García

## INTRODUCCIÓN

Víctor García es un inteligente e incansable viajero: uno de éstos que emprenden el camino con los ojos bien abiertos y que saben mirar, observar con atención, lenta pero profundamente a fin de que nada escape a sus observaciones, ni siquiera aquellos detalles más mínimos que integran los particulares del conjunto y se hallan en la base de los problemas más sencillos, problemas que algunos, superficialmente, consideran innecesarios referir pero que, por el contrario, son los que, en mayor grado que los demás, contribuyen a hacernos comprender los casos y las situaciones más complicados, complejos y profundos.

Ha atravesado las Américas de punta a punta, a lo largo y a lo ancho, ha visitado Europa en diferentes ocasiones después de haber combatido, en la clandestinidad, en España, contra el régimen de Franco, y conoce el movimiento anarquista así como a sus hombres más destacados. También ha estado en Asia, en el Japón, en la India, en la China, en los países árabes, y de cada viaje ha regresado con experiencias y materiales con los que ha escrito sus interesantes libros. Empero no se ha limitado a observar, ha hablado también, se ha abierto a todos los pueblos, logrando crear una inmensa red de relaciones con puntos de apoyo en todos los países del mundo.

Ahora, después de haber recorrido casi todos los caminos del mundo moderno, después de haber visitado bibliotecas diversas y consultado los archivos europeos llevándose de ellos una considerable cantidad de datos y documentación, después de haber auscultado el pulso de este inquieto mundo nuestro, ha querido intentar, con el mismo cuidado y atención, con el mismo espíritu crítico y observador, un viaje al pasado, mucho más difícil de realizar, mucho más complicado, sin lugar a dudas, porque la escueta verdad ya se ha visto numerosas veces deformadas por los intereses, los “partis pris”, las polémicas que han logrado inclusive adulterar los hechos además de las ideas y a cubrir de sombra y olvido, inclusive, hombres de gran trascendencia, creando y manteniendo, en tal modo, una situación extremadamente confusa que la polémica entablada desde hace un siglo no logra clarificar ni superar en el seno de un mundo en el cual los partidos se han aferrado en sus respectivas tomas de posición como si cada uno de ellos hubiera dicho la palabra definitiva.

El viaje a través de la historia que esta vez trata de llevar a cabo Víctor García, es para hallar los trazos originales y fundamentales de un evento que figura entre los de mayor importancia y proyección en la historia del socialismo y del anarquismo: la Primera Internacional de los Trabajadores.

En la actualidad, la documentación que tenemos al alcance y que hace referencia a este acontecimiento es, además de extensa, lo suficientemente precisa para permitir superar los contrastes personales surgidos en el pasado.

Han transcurrido cien años desde aquel día en que se fundó la famosa Primera Internacional. Un momento de la Historia tan sólo, pero que ha sido de una importancia grandiosa cuya

---

\* Digitalización: KCL.

influencia ha irradiado sobre nosotros a pesar de la lejanía, en el tiempo del evento. Todo parece como habiendo sido dicho y repetido: los acontecimientos, las discusiones, las diatribas, en modo tal que el origen de éstos parece perderse en la neblina de los tiempos remotos por lo que podría aparentar una pérdida de su valor intrínseco. No es así: por el contrario, todo lo que gira alrededor de la Primera Internacional reúne todavía una palpitante actualidad porque aquel acontecimiento está en la raíz de situaciones de tal magnitud que las mismas lograron modificar la faz del mundo.

Nada más lejos de la realidad que el tópico que señala la ausencia de actualidad en aquellos hechos lejanos, en aquellas polémicas del pasado. No es cierto que aquellos eventos no signifiquen nada o que suenen como música a destiempo, sin responder ya más a los gustos presentes, a las necesidades de un mundo profundamente transformado, diferente. La Primera Internacional continúa siendo el punto de referencia porque es jalón del que arrancan los tiempos modernos en los que el movimiento obrero ha hallado nuevas formas de resistencia y de lucha y bajo cuyo impulso el mundo ha sufrido una renovación. La Internacional de los Trabajadores se halla en el vértice de un mundo que después de haber concluido su ciclo le ha permitido al obrero el logro de un renacimiento a través de un prolongado y operoso movimiento de toma de conciencia en el mundo del trabajo que hasta entonces, particularmente entonces, se había visto maltratado y sumido en la más dura de las miserias, un mundo igual al que vivimos en nuestros días.

La Primera Internacional de los Trabajadores nacerá en un momento particular de la historia y se hallará inmediatamente en su centro, en circunstancias de afirmación dolorosa para los trabajadores de aquellos años en los que también se fortalecía el capitalismo industrial. Se tenía que iniciar un giro profundo en el seno de un mundo que no lograba estabilizarse ni, inclusive, moverse sino en base a pesar cada vez más gravemente sobre los productores. Era el momento en el cual el flagelo de la desocupación hacía verdaderos estragos entre los trabajadores; el período de un mundo en el que ni los más viejos organismos de defensa de los trabajadores lograban salir airosos en su defensa, y ello debido a que estos organismos estaban rebasados, superados, porque se habían convertido en organismos de opresión y no de liberación o simplemente de ayuda. Las viejas corporaciones de oficios, las viejas asociaciones de “compagnonnages”, las viejas guildas, que inclusive habían asumido en el pasado gestiones de gran importancia porque habían sabido, en su tiempo, levantarse contra el dominio de los señores feudales y la prepotencia de los ejércitos a sueldo de los príncipes y reyes, habían logrado una defensa válida de los derechos de los trabajadores al tiempo que con su acción habían obligado al poder de los señores a tratar con ellos y a tomar en consideración sus demandas, estas instituciones ya no servían.

Todo aquel mundo, todas aquellas organizaciones habían acabado, se hallaban en el ocaso al tiempo que un mundo nueva había nacido y hombres nuevos, profundamente diferentes, poseían las riendas del poder económico y político.

Los sistemas de trabajo se habían transformado ya y continuamente iban sufriendo nuevas modificaciones. Los trabajadores ya no iban más al “taller del maestro”, no eran ya los trabajadores reagrupados en las corporaciones los únicos con derecho a trabajar ya que en mucho mayor número las fábricas iban absorbiendo hombres porque allí no se utilizaba la herramienta sino la máquina la cual no ayudaba al hombre sino que lo arrastraba cada vez más hacia un trabajo siempre más acelerado.

Los obreros, reunidos en grandes fábricas, se encontraban frente a la máquina, no solamente ante un sistema nuevo de producción sino que la propia vida se veía totalmente transformada, motivando con ello que el trabajador se hallara frente a una lucha doble: contra el patrono que lo explotaba y contra la máquina que trataba de arrojarlo a la calle, sin trabajo, después de habersele hecho abandonar la vida y el trabajo de los campos.

Una gran lucha de había entablado rápidamente entre los trabajadores y la máquina la cual no se había presentado como una libertadora sino más bien como una hambreadora.

Y cuando la industrialización logrará tomar impulso y en el lapso de algo más de medio siglo la gran industria sentará sus reales, con sus férreas exigencias, en Inglaterra, en Francia, en Bélgica y más tarde en Alemania, en Italia y en España, a la veloz revolución industrial corresponderá una igualmente rápida transformación del mundo del trabajo y del sistema de organización de resistencia de los trabajadores. En esta escollera, las viejas corporaciones de oficio ya no podrán hacer frente a las nuevas necesidades exigidas para la organización y la defensa de los trabajadores. Sus preocupaciones, su sistema de organización cerrado, sus restricciones frente a la demanda de mayor cantidad de mano de obra reclamada por el desarrollo industrial, en lugar de ayudar, sofocaban y asfixiaban el proceso de desarrollo que se operaba en el mundo del trabajo y pesaban perjudicialmente sobre los propios trabajadores.

Impedir a amplios estratos de obreros el acceso a las fábricas con la única finalidad de defender los privilegios de unos pocos operarios calificados, asociados en las corporaciones, significaba que los primeros estaban obligados a permanecer en las condiciones de miseria y hambre en las que se desenvolvían.

En sus primeros tiempos, las máquinas no eran amigas del obrero, o por lo menos la máquina no era la amiga dispuesta a aliviar al hombre de su cansancio y se presentaba más bien como una enemiga terrible que le arrebatava la posibilidad de ganarse el sustento y, en consecuencia, era tratada como enemiga.

La tentativa del trabajador de herramienta en obstaculizar la introducción de las máquinas en el campo del trabajo fija una época importante en la historia del movimiento obrero, y, bien que con nombres diversos, esta lucha contra la máquina ha sido común en todos los países.

Las primeras tentativas del naciente movimiento obrero tienden, sobre todo, a resolver los problemas que, sobre la marcha, se plantean en el campo nacional: aliviar el desempleo que sigue como consecuencia a la masiva utilización de las máquinas. Empero, los mismos problemas son iguales en todos los países y los mismos se presentan al mismo tiempo, y al mismo tiempo se plantea la necesidad de resolverlos, bien que pueden presentar características levemente diferentes, en su conjunto. Eran los mismos problemas: aplicación de nuevos métodos de trabajo, el desempleo, reivindicación de mejores condiciones de salario así como reducción del horario de trabajo; estos problemas reclamaban soluciones mucho más amplias que en el pasado, soluciones que rebasaran los límites, no solamente de las regiones, sino de los países, soluciones, en definitiva, internacionales. De esta manera, de igual modo que los problemas reclamaban preocupaciones generales también las soluciones exigían soluciones generales.

El desempleo en el seno de los tejedores franceses ejercía su influencia sobre la industria y los trabajadores de Inglaterra. Las conquistas logradas por los albañiles ingleses, a su vez, influían sobre las condiciones de los albañiles del otro lado del Canal de la Mancha. De todo ello surgía una imperiosa necesidad: la consolidación y el fortalecimiento del principio de una solidaridad recíproca.

La trabazón internacional se llevará a cabo finalmente en 1861 cuando los albañiles ingleses, después de una huelga que duraba ya cinco meses, solicitaron ayuda. Los trabajadores ingleses hicieron un llamado a la solidaridad y al mismo tiempo respondieron los obreros parisinos y los napolitanos quienes, a pesar de sus precarias condiciones económicas enviaron, junto a un mensaje de solidaridad, sumas de dinero recogidas céntimo a céntimo. En 1863, son los obreros textiles franceses quienes, sin trabajo, hacen un llamamiento de solidaridad a los

trabajadores textiles de Inglaterra; de ahí surgirá un verdadero y profundo diálogo entre los trabajadores de diferentes países que lograrán, en este inicio, ser escuchados.

Indudablemente que la idea de dar vida a una internacional de trabajadores había nacido ya antes de los acercamientos de 1861 y de los de 1863-1864 pero no había cristalizado todavía y su realización no había madurado suficientemente. Este proceso de gestación se iba llevando a cabo lentamente en la mente de algunos intelectuales pero eclosionará y tendrá lugar más prontamente a través de la acción del pueblo trabajador cuando, una vez lanzada la iniciativa en 1863, se logrará dar vida y cuerpo a aquel organismo que en todos los países hará florecer las ideas socialistas (entonces, en muchos países, socialista significaba: socialista-anarquista) a la vez que despertará al pueblo y le hará tomar conciencia de sus condiciones, de sus posibilidades, de sus derechos.

En el transcurso de este año, a fin de recordar el primer centenario de la Internacional, se publicarán en todas las lenguas numerosas obras pero es muy posible que sólo en muy pocas se busque elevar lo que ha sido la formación constante y la concatenación del pensamiento y de los acontecimientos que condujeron a la creación de este vasto movimiento ascensional de las ideas socialistas, interpretadas en el más amplio sentido de la palabra. Y es precisamente por ello y con este propósito que el estudio de Víctor García resulta verdaderamente importante, no tanto por haber historiado todo el desarrollo del organismo internacional hasta su ocaso sino por la cuidadosa, operosa e inteligente búsqueda sobre sus orígenes inmediatos, sobre el pensamiento que animaba a sus primeros pioneros.

Hasta ahora pocos han sido los que han seguido, desde los remotos orígenes, la lenta gestación de las ideas, la formación de los hechos y de las soluciones que condujeron a la eclosión del movimiento de “solidaridad y de resistencia” hacia un organismo de carácter internacional y que resultó ser, no solamente de lucha inmediata sino que esbozaba y preformaba inclusive la posibilidad de una nueva vida para el futuro. De ahí que este ensayo de Víctor García sea más importante ya que resulta de máxima utilidad para la comprensión de los acontecimientos que vinieron después. En el caso de que el interés versara, en modo particular, en la búsqueda de los lejanos orígenes, nos veríamos, entonces, llevados demasiado lejos y fuera de la función y misión que nos espera, empero, Víctor García ha hecho muy bien en subrayar que “los padres de la Primera Internacional eran auténticamente franceses”, es decir, que la Internacional surge del espíritu libertario que el movimiento obrero francés ha representado siempre y que esto ha influenciado grandemente en la formación de la Internacional y ello antes, inclusive, de que las secciones de la Europa meridional pudieran aportar su contribución que, a su vez también se cimentó en el espíritu libertario, en el espíritu anarquista.

De ello se colige en forma palmaria que la decadencia de la Internacional no fue debida a la falta de entusiasmo por parte del pueblo, a un debilitarse de las conciencias de los supuestos socialistas en las diversas secciones, sino más bien como consecuencia de un fenómeno de desintegración interna surgido en el seno de su Comité Central el cual ostentaba la dirección del movimiento sin haber jamás tenido debida cuenta de las instancias y de la voluntad de la periferia, de la base del movimiento. En otras palabras: la decadencia surge como consecuencia de haber abandonado aquellas mismas ideas que se hallaban en el origen de la institución y que la habían informado antes, al abandono del pensamiento de sus precursores. Pensamiento e iniciativa que integraron las características particulares de algunas seccionales como eran las del Jura, de Bélgica, de Italia y de España. Estas últimas, las secciones italiana y española, adquirieron un desarrollo importante precisamente cuando la Internacional, que tenía su sede en Londres, abandonados que habían sido los principios libertarios, ya se manifestaba decadente.

De todas maneras es indispensable subrayar, inclusive después de haber sido ya señalado, lo siguiente: la idea de la Internacional no ha nacido improvisadamente en 1864. La misma se hallaba flotando en el ambiente y había germinado en muchos corazones y cerebros mucho antes. Las decisiones de 1864, resumiendo las diferentes iniciativas que las precedieron, encontraron un momento exacto, es decir, cuando las ideas se habían convertido en acción y la Internacional se palpaba en las cosas al mismo tiempo que la situación había madurado suficientemente y las condiciones se imponían; cuando la idea nacida del campo intelectual entró en el campo práctico de la vida y de la lucha, entonces la Internacional tuvo su inicio oficial.

En la obra de Víctor García se puede seguir, inclusive en los detalles, la vida y los problemas de la Internacional de los Trabajadores, el desarrollo y el incremento del contraste entre el socialismo autoritario y el socialismo anarquista, contraste que irá agrandándose a un punto tal que acabará por crear las situaciones y las condiciones que configuraron el fin de aquella organización internacional. Estas mismas ideas, por otra parte, irán a basamentar aquellos principios que formarán los cimientos sobre los cuales se elevará el movimiento anarquista.

Muchos años después dirá Enrique Malatesta, en el movimiento anarquista “se hallarán siempre las mismas ideas y, en gran parte, los mismos hombres de los años 1870-1872 (es decir: de la Internacional) de la misma manera que se encuentra siempre la influencia directa o indirecta de aquel gran animador que fuera Miguel Bakunin”.

Ugo Fedeli\*\*

## CAPÍTULO I

### LOS PRIMEROS PASOS

“Actualmente -dice Max Nettlau- se está bastante minuciosamente bien informado sobre los orígenes de la Internacional<sup>1</sup>, permitiendo (los documentos existentes) determinar cuáles fueron los verdaderos iniciadores al tiempo que se pueden eliminar las generalidades vagas, las inexactitudes y las leyendas. Es innecesario decir que Bakunin no tuvo nada que ver con este comienzo bien que ello no ha sido nunca afirmado, pero inclusive el propio Marx, en un momento dado tampoco tuvo que ver...”<sup>2</sup>.

---

\* Prefacio a “Michele Bakunin e l’Internazionale in Italia” de Max Nettlau, Ginebra, Ed. “Il Risveglio”, 1928.

\*\* A los pocos días de haber perfeccionado este Preliminar Ugo Fedeli moría, víctima de un infarto de miocardio, en Ivrea, el día 10 de Marzo de 1964. Esta condición de trabajo póstumo de uno de los historiadores y bibliógrafos más relevantes que ha tenido el anarquismo internacional en estos últimos tiempos, reviste al mismo tiempo de una importancia destacada porque implica el último saludo que Fedeli dedica a una organización que amó entrañablemente.

<sup>1</sup> Este ensayo se ha escrito apoyándose en forma predominante en la obra de James Guillaume: “L’Internationale, Documents et Souvenirs” (1864-1878), Tomos I, II, III y IV, 1322 páginas, París, 1905-1910. A fin de evitar una redundancia desmedida de llamadas, aquellas entresacadas textualmente de la obra de Guillaume no tendrán referencia de pie de página. El lector deberá, pues, frente a toda cita entrecomillada sin referencia, considerar esta observación.

<sup>2</sup> Maz Nettlau: “Bakunin e L’Internazionale in Italia”, pág. 27, Ginebra, 1928.

Efectivamente se han localizado numerosos documentos de la época, se han reunido diversas obras relacionadas con la I Internacional y, en la actualidad, sociólogos diversos continúan escudriñando sobre ese evento que despertó, como ningún otro, la conciencia colectiva de los trabajadores. La frase de Mirabeau: “Este pueblo cuya inmovilidad solamente sería formidable” adquirió su mayor significado en la presencia de la Primera Internacional que significaba también, por parte de la corriente libertaria proudhoniana que participó en la creación de la Asociación, un paso firme y valioso hacia el aforismo de Proudhon: “L’Atelier fera disparaître le gouvernement”.

No era la primera vez que, naturalmente, que los trabajadores se esforzaban en buscar su unidad más allá de los trazados arbitrarios de las fronteras. Una sociedad universal había sido ya propuesta por la enigmática Flora Tristán en 1843, descendiente en línea directa, según ella, de Huayna Capac<sup>3</sup>; Marx y Engels ya lanzan en 1847 el retumbante “Proletarios de todos los países, Únanse; Joseph Dejacque, del que ya hemos tenido ocasión de hablar anteriormente con motivo de las utopías socialistas, suscribía, junto con Ernest Coeurderoy y otros, en 1855 el programa de otra “Asociación Internacional”. Tres años antes, en 1852 Dejacque escribía “¡... En pie proletarios, en pie todos y despleguemos la bandera de la guerra social!”.

El programa de esta Internacional desconocida, según Max Nettlau: “Lleva las firmas de socialistas que se encontraban entonces en Londres y en Nueva York, entre estos últimos Dejacque y Pelletier. Había también ingleses, franceses, alemanes y polacos. Sus publicaciones se han hecho inhallables. Publican el Manifiesto a los Republicanos, Demócratas y Socialistas de Europa, y la nueva declaración de Principios de la Asociación Internacional. El 4 de Enero de 1859 la sociedad había comenzado por revolucionarse a sí misma y su comité fue abolido, por lo cual los autoritarios se separaron de su seno. En esta Declaración leemos: *Negación absoluta de todos los privilegios, negación absoluta de toda autoridad; emancipación del proletariado. El gobierno social no puede y no debe ser más que una administración nombrada por el pueblo, sometida a su control y siempre revocable por él cuando lo juzgue conveniente*”<sup>4</sup>.

Todos estos ensayos internacionalistas, empero, fracasaron. Las condiciones sociales y ambientales, la disparidad de criterios sin más punto de coincidencia que el instrumento: una organización internacional; las dificultades de desplazamiento existentes hace más de un siglo, eran obstáculos difíciles de vencer.

Empero, la idea se fortalecía más y más en el seno de los trabajadores y su pujanza no escapaba a la visión inclusive de quienes no integraban las filas de las masas productoras. Charles de Rémusat escribía en la “Revue des Deux Mondes” del 1º de Abril de 1863: “Es necesario considerarlo como dicho: lo que está creciendo en estos momentos son las clases obreras y ello sin que sea fácil señalar las causas ya que las instituciones han hecho muy poco para ello; un proceso intelectual y moral se manifiesta en su seno y asombra a los observadores, tanto a los más clarividentes como a los menos suspectos... Mucho me temo que, en lo moral, todo no sea estable en la sociedad francesa, excepto el espíritu de esta muchedumbre desconocida de la que somos incapaces de hacernos escuchar. Lamentemos el

---

<sup>3</sup> Poco se conoce sobre la vida atormentada de la peruana Flora Tristán. Luis Alberto Sánchez rector hasta hace poco de la Universidad de San Marcos en Lima, ha escrito una biografía novelada de esta precursora que fuera, también, la abuela del célebre pintor Gauguin: “Una Mujer sola contra el mundo”. México. Cuando llega el momento de citar la fundación de la A. I. T., Luis Alberto Sánchez dice: “Nadie recordó a la “Mujer Mesías”, la precursora, en la célebre asamblea de Albert Hall. Pero ella, con su pensamiento y su ejemplo, estuvo presidiéndola, desde lejos, desde la eternidad o la nada. Tal vez si con alguien se identificaba más su espíritu era con el de cierto hombrecillo, de barbas confusas y verbo ardiente, que solía discrepar rudamente de Marx: Miguel Bakunin...” (pág. 211).

<sup>4</sup> Citado por Horacio E. Roqué en “Origen del Socialismo Moderno”, pág. 51, Buenos Aires, 1954.

que ella se halle sola en este camino de elevación pero agradezcamos, al mismo tiempo, al cielo el que lo haga con el destino que la espera”<sup>5</sup>.

Un año antes, una delegación de trabajadores franceses, compuesta de doscientos aproximadamente, visitó la Exposición Universal de Londres siendo los gastos sufragados por el gobierno de Napoleón III. El 2 de Agosto fueron agasajados por las *Trade Unions* inglesas quienes dieron lectura a un documento que era un llamado a la entente proletaria internacional y punto de apoyo sólido para la próxima Internacional. James Guillaume, quien de acuerdo con las propias palabras de G. D. H. Cole nos ha legado “con mucho, la mejor historia de la Asociación Internacional de Trabajadores” lo inserte integro: “Esperamos -dice en uno de sus apartados el documento- que encontraremos algún medio internacional de comunicación y que en el porvenir veremos formarse un eslabón más en la cadena de amistad que debe unir a los trabajadores de todos los países”<sup>6</sup>.

Un acto en favor de la independencia de Polonia, el cual debe tener lugar en el Saint Hall de Londres el 22 de Julio de 1863, posibilita otro reencuentro de franceses, ingleses y varios emigrados de diferentes países europeos. Esta vez se estima que el “medio internacional de comunicación” deben ser los congresos internacionales y los organismos obreros interrelacionados entre sí para a través de una asidua correspondencia.

Finalmente, en el mes de Septiembre de 1864 la Asociación Internacional de Trabajadores queda creada: Henri Tolain, Perrachon y Limousin, ya presentes el año anterior, cargan en sus alforjas el proyecto de la organización y el 28 del mismo mes, en el Saint Martin’s Hall, queda aprobada la iniciativa a grandes rasgos. Tal como dijo el maestro Bibal, la Primera Internacional “fue un niño nacido en los talleres de París y amamantado en Londres”.

Tolain, en el mitin de Saint Martin’s Hall dijo: “¡Trabajadores de todos los países que quieren ser libres! Ha llegado la hora de que pueden celebrar congresos... es necesario que nos unamos para oponer una infranqueable barrera a un sistema funesto que divide a la humanidad en dos clases”.

La Asamblea adoptó, por unanimidad, la resolución de que “Habiendo oído a nuestros hermanos franceses y como su programa tiende a mejorar la situación de los trabajadores, lo aceptamos como base de una organización *internacional*. La Asamblea nombra un comité con poderes para aumentarse con mayor número de miembros, a fin de redactar los reglamentos para la asociación”.

El comité fue nombrado de inmediato y lo integraron Odger, Cremer, Wheeler y Weston por las *Trade Unions* inglesas, unos pocos franceses radicados en Londres, entre ellos Le Lubez, fueron designados para representar a los galos, Fontana y Wolff eran los delegados italianos y, en representación de Alemania fueron designados Eccarius y Carlos Marx.

La disparidad de criterios que fuera obstáculo para que un organismo internacional fuera creado anteriormente estaba presente, de todos modos, en el seno del Comité constitutivo. Las *Trade Unions*, por un lado, no se caracterizaban precisamente por aspiraciones de avanzada extrema, los dos delegados italianos, en particular el mayor Wolff quien redactara junto con Le Lubez el primer proyecto de estatutos, eran marcadamente mazzinianos, es decir, políticos, patriotas y creyentes: Marx, Eccarius resultó ser su portavoz la mayoría de las veces, iba a lo suyo que no era, necesariamente, cónsono con los intereses de la Internacional. Si queremos hallar la mística que hizo posible el nacimiento de la Internacional tenemos que fijarnos en los viajeros parisinos cuyo nombre, debido a las leyes bonapartistas, no aparece en la “Inaugural Address”

---

<sup>5</sup> Edouard Dolléans: “Histoire du Mouvement Ouvrier” (3 tomos), Tomo I, pág. 277, París, 1957-1960.

<sup>6</sup> Ver nota 1.

pero cuyo espíritu es determinante. “Los visitantes franceses -dice Cole- eran completamente diferentes. Eran obreros que estaban al frente de verdaderos sindicatos obreros, que luchaban por su reconocimiento y por la mejora de salarios y las condiciones de trabajo”<sup>7</sup>. Aun admitiendo que todos los congregados en el Saint Martin’s Hall eran internacionalmente convencidos, los franceses eran, además, portavoces del obrerismo revolucionario lo que les da una posición de descolle frente al obrerismo reformista del “cartismo” inglés, frente a las sociedades patrióticas que Mazzini influenciaba en Italia, frente al propio Marx que, un tiempo antes, le escribía a Engels: “Me agrada este aislamiento público, esta soledad auténtica en la cual nos sumergimos los dos. Ello corresponde a nuestros principios y a nuestra situación...”. A lo que Engels respondía: “Sólo tenemos que rendir cuentas a nosotros mismos y cuando el momento llegará en el que esos señores tendrán necesidad de nosotros, entonces podremos dictarles nuestras propias condiciones...”<sup>8</sup>.

Por lógica, por la devoción puesta en el proyecto, porque París irradiaba la verdadera luz del sindicalismo revolucionario, el Consejo General de la Internacional hubiera tenido que situarse en Francia. No podía ser así porque las leyes bonapartistas prohibían las asociaciones de más de veinte miembros. Debido a ello, como dicen Sergent y Harmel “La criatura internacionalista fue llevada a nodriza del otro lado de la Mancha, para sustraerla al ogro imperial. Pero era innegable que sus padres eran auténticamente franceses, y además parisinos, y su temperamento y sus ideas anarquistas, o anarquizantes, le viene de ellos”<sup>9</sup>.

A pesar de que Max Nettlau trata a los primeros internacionalistas franceses, y a Tolain en muy particular modo, de “pequeños espíritus”<sup>10</sup>, más uno penetra en la documentación que sobre la Internacional existe y más uno se convence de que la verdadera inspiración, el motor, la fortaleza necesaria para que la Asociación alcanzara cimas que ni antes ni después alcanzó organización obrera alguna, se debe en muy principal modo a los franceses.

Paradójicamente, el acervo mutualista proudhoniano que todos los franceses cargaban, se proyectaba, frente a las ideas socialistas de Marx, como menos revolucionario. La defensa de la propiedad privada del campesino, la familia escalonada jerárquicamente, la educación interpretada como misión familiar y otros detalles pudieran ser los motivos que dan argumentos a Nettlau para llamarlos “pequeños espíritus”.

Empero, y por otro lado, el federalismo patrocinado por Francia, la necesidad de mantener una Internacional pura en base a que sus miembros sean genuinamente trabajadores, la actividad de base llevada a cabo por el Comité de París en la pequeña habitación del N° 34 de la calle Gravilliers, compensan sobradamente las “debilidades” de los internacionalistas franceses.<sup>11</sup>

---

<sup>7</sup> D. G. H. Cole: “Historia del Pensamiento Socialista” (7 tomos), Tomo II, pág. 91, México, 1957-1963.

<sup>8</sup> “Correspondence” de Marx a Engels. -Citado por Alain Sergent y Claude Harmel en “Histoire de l’Anarchie” pág. 309-. 1949.

<sup>9</sup> Sergent y Harmel, op. cit. pág. 315.

<sup>10</sup> Max Nettlau en “La Anarquía a través de los tiempos” señala: “Los trabajadores llamados proudhonianos franceses, Tolain y sus camaradas, fueron sindicatos ellos mismos, republicanos que buscaban una entrada en la política, enemigos de los republicanos burgueses tanto como de los socialistas blanquistas y otros autoritarios, aceptando económicamente las partes débiles y anodinas de la obra de Proudhon, que saludó su Advenimiento en su libro de 1864 “De la capacité des Classes Ouvrières”, publicado como trabajo póstumo en 1865 por Gustav Chaudey. Proudhon fue feliz de ver a los trabajadores comenzar a despertarse, después de 1848, pero si hubiera vivido les habría dado impulsos muy diferentes. Tolain y los suyos dormían sobre los laureles de ese libro, y Marx, que tan vergonzosamente insultó a Proudhon, muerto, en su necrología, se puso contento de ver encarnarse el proudhonismo parisién, aparentemente, en esos pequeños espíritus...”. Pág. 122, Barcelona, 1935.

<sup>11</sup> “En esta pequeña habitación -dice E. Fribourg- de 4 metros de largo por 3 de ancho, que fueron debatidos, nos atrevemos a decirlo, los más grandes problemas sociales de la época”. “L’Association Internationale des Travailleurs” pág. 23, París, 1871. -Citado por Dolléans y Segent y Harmel.

Al decorrer de los años, el acta va asumiendo más importancia que el acto para el historiador y ello hace que mientras las acciones de Marx, cuya inteligencia y erudición sobresalían por encima de todas las demás, han subido por toda la actividad plumífera que llevó a cabo en el seno del Congreso General de Londres, el espíritu, la mística y la tenacidad de los internacionalistas franceses se hayan ido diluyendo en todo un siglo de intervalo.

Negar que la aportación de Marx, una vez entró a formar parte de la Internacional ya creada, tiene importancia sería faltar a la veracidad. La presencia de Marx en el seno del Consejo General de Londres fue valiosa bien que, el momento llegado, también fuera él quien la matara y enterrara.

Max Nettlau, con pequeñas salvedades, no titubea en afirmar que Marx “produjo trabajo útil a la asociación”, y lo mismo dice Bakunin en “La Política Internacional”<sup>12</sup>, ratificándolo dos meses más tarde, el 28 de Octubre de 1869 exactamente, en carta que dirigía a su gran amigo Herzen: “Dejando de lado todas las villanías que ha vomitado (Marx) contra nosotros, no podríamos por nuestra parte desconocer, por lo menos yo, los grandes servicios que ha rendido a la causa socialista desde hace veinticinco años aproximadamente. Indudablemente nos ha dejado a todos bien lejos detrás suyo. Es, además, uno de los primeros organizadores, sino el iniciador, de la Sociedad Internacional. Bajo mi punto de vista es un mérito enorme que yo reconoceré siempre, sea cual sea su actitud hacia nosotros”<sup>13</sup>. Naturalmente faltaban aún tres años para la celebración del Congreso de La Haya en el que Marx acudió a todos los recursos de cloaca para lograr la expulsión de Bakunin del seno de la Internacional pero el testimonio del 1869, ratificado por la mayoría de historiadores libertarios, quedará firme en la página de la historia.

De la labor de Marx, en el comienzo de la Internacional, objetado el engreimiento que siempre ha demostrado, da cuenta el propio Marx en una extensa carta dirigida a Engels el 4 de Noviembre de 1864 de la que es necesario transcribir algunos párrafos “... Un cierto Le Lubez vino comisionado para pedirme si yo podría intervenir (en el acto de Saint Martin’s Hall) en nombre de los trabajadores alemanes y especialmente, si podía proporcionar un trabajador alemán para que hablara en el mitin, etc. Les proporcioné a Eccarius, quien se salió del paso espléndidamente e inclusive yo estaba presente como testigo mudo en la tribuna. Me di cuenta que verdaderos “poderes” estaban en juego, tanto de la parte de Londres como de París y decidí rechazar mi regla establecida de declinar tales invitaciones...”.

«En el mitin, lleno hasta sofocar (porque ahora existe, evidentemente, un resurgir de las clases trabajadoras), el Mayor Wolff (taxista y ayudante de Garibaldi) representaba la Sociedad de Trabajadores Italianos en Londres. Se decidió fundar una “Asociación Internacional de Trabajadores” cuyo Consejo General debería estar en Londres y debería actuar como “intermediario” entre las sociedades de trabajadores de Alemania, Italia, Francia e Inglaterra. También se acordó la celebración de un Congreso General de Trabajadores a tener lugar en Bélgica en 1865. Un comité provisional fue nombrado en el mitin: Odger, Cremer y muchos otros, algunos de los mismos viejos “cartistas”, “owenianos”, etc., representando a Inglaterra; el Mayor Wolff, Fontana y otros italianos a Italia; Le Lubez, etc., a Francia; Eccarius y yo a Alemania. El comité fue autorizado a buscar la cooperación necesaria que permitiera, si era preciso, ampliarlo a un mayor número de miembros”.

“Todo iba bien hasta entonces. Asistí a la primera reunión del comité. Un *sub-comité* en el que yo me hallaba fue designado para redactar una declaración de principios y los estatutos

---

<sup>12</sup> “Los fundadores de la Asociación Internacional de los Trabajadores han obrado con tanta mayor prudencia al evitar el planteamiento de los principios políticos y fisiológicos como base de esa asociación, y al no dar primeramente por único fundamento más que la lucha exclusivamente económica del trabajo contra el capital...” (M. Bakunin: “Oeuvres”, Tomo V, Article de “L’Egalité” del 7 de Agosto de 1869).

<sup>13</sup> “Correspondance de Michel Bakounine”, recopilada por Michel Dragomanov, página 288, París, 1896.

provisionales. Hallándome enfermo no me fue posible asistir a la reunión del sub-comité y a la reunión de todo el comité que siguiera”.

“En estas dos reuniones a las que no pude asistir -la del sub-comité y la de todo el comité que siguiera- ocurrió lo siguiente:”

“El Mayor Wolff echó mano al *reglamento de las Sociedades de Trabajadores Italianos* (las cuales poseen una organización central pero, como se vio más tarde, son en realidad sociedades de beneficencia) para aplicarlo a la nueva Asociación. Más tarde vi el amasijo. Se trataba, evidentemente, de una compilación de los conceptos de Mazzini, así que ya puedes darte cuenta del espíritu y la fraseología dentro de los cuales, el verdadero motivo: la cuestión de los trabajadores, era tratado. Al mismo tiempo, el énfasis que los nacionalismos gozaban”.

“Por otra parte un viejo “Oweniano”, Weston -que actualmente es un fabricante él mismo, un hombre muy amable y valioso- redactó un programa de una ampulosidad indescriptible y lleno de la confusión más extrema”.

“La subsiguiente reunión del comité general ordenó al sub-comité la remodelación del programa de Weston conjuntamente con los reglamentos de Wolff. Este dejó Londres para asistir al Congreso de las Asociaciones de Trabajadores Italianos que debía celebrarse en Nápoles y lograr que éstas se adhirieran a la Asociación Central de Londres”.

“Tuvo lugar otra reunión del sub-comité -a la cual no pude asistir nuevamente porque fui convocado demasiado tarde. En esta reunión una “declaración de principios” y una nueva versión de los estatutos de Wolff fueron presentados por Le Lubez y aceptados por el comité para ser sometidos al comité general. Este se reunió el 18 de Octubre. Como quiera que Eccarius me había escrito de que mi ausencia podría ser peligrosa asistí y me asusté, sinceramente, cuando oí al apreciable Le Lubez leer el preámbulo espantoso, difuso, pésimamente escrito y completamente indigesto, pretendiendo ser una declaración de principios, en la cual Mazzini asomaba a cada rato, y el todo incrustado en los vagos marbetes del socialismo francés. Añádase a ello que los estatutos italianos eran enfocados, en su principal objetivo, y ello aparte todas las demás faltas, hacía algo completamente imposible; una especie de gobierno central de las clases trabajadoras europeas (con Mazzini, naturalmente, entre bastidores). Presenté una nueva oposición y después de una serie de intervenciones en avance y retroceso Eccarius propuso que el sub-comité debería someter el caso a una “edición” posterior. Por el otro lado, los “sentimientos” contenidos en la declaración de Le Lubez, fueron votados”.

“Dos días más tarde, el 20 de Octubre, Cremer (por los ingleses), Fontana (Italia) y Le Lubez se reunieron en mi casa (Weston fue prevenido). Hasta entonces yo no había tenido los documentos (los de Wolff y Le Lubez) en mis manos y no podía, en consecuencia, preparar nada, pero estaba decidido, dentro de lo posible, de que ni una sola línea de aquel amasijo fuera permitida. A fin de ganar tiempo propuse que, antes de que se “editara” el preámbulo nosotros deberíamos “discutir” los artículos. Así se hizo. Era la una de la madrugada cuando el primero de los cuarenta artículos fue aprobado. Cremer dijo (Y esto es lo que yo buscaba): No tenemos nada para presentar ante el comité el cual debe reunirse el 25 de Octubre. Debemos posponer la reunión hasta el 1º de Noviembre. El sub-comité puede, por otro lado reunirse el 27 de Octubre y tratar de lograr una conclusión definitiva. Así fue acordado y los “papeles” me fueron confiados para que yo opinara al respecto”.

“Me di cuenta que nada podía sacar de aquel bodrio. A fin de poder justificar la manera particular en la cual yo me proponía presentar los “sentimientos” ya “aprobados” escribí un *Mensaje a las clases trabajadoras* (lo cual no figuraba en el plan original: una especie de revista de las vicisitudes de la Clase Trabajadora desde 1845); luego, con el pretexto de que lo más

importante está incluido en el *Mensaje* y que no deberíamos repetir las mismas cosas tres veces alteré totalmente el preámbulo, desplazé la declaración de principios y, finalmente, reduje los cuarenta artículos en diez. Dentro de lo posible y en lo que respecta a la política internacional contenida en el *Mensaje*, yo hablé de países y no de nacionalidades, denunciando a Rusia y no a los Estados pequeños. Mis proposiciones fueron todas aceptadas por el subcomité. La sola cosa que me vi obligado a añadir fueron dos frases acerca de “deberes” y “derechos” en el preámbulo de los estatutos, además de “verdad, moral y justicia” pero ello está colocado en forma tal que no podrán hacer ningún daño”.

“En la reunión del comité general mi *mensaje* etc., fueron acordados con gran entusiasmo (por unanimidad). La discusión sobre la manera de imprimir, etc., tuvo lugar el siguiente martes. Le Lubez tiene copia del *Mensaje* para traducirlo al francés y Fontana otra para traducirlo al italiano. (Para empezar hay un semanario llamado “Beehive”, editado por Potter, el tradeunionista, una especie de *Monitor*). A mí me toca traducir todo el material al alemán”.

“Era muy difícil enmarcar la cosa en forma que nuestro punto de vista apareciera en una forma aceptable para el punto de vista actual del movimiento obrero. Dentro de pocas semanas la misma gente realizará mítines para la franquicia y los derechos políticos con Bright y Cobden. Tomará su tiempo antes de que el movimiento, en este despertar, logre la audacia en antaño. Será necesario ser *fortiter in re, suaviter in modo*. Tan pronto como el material esté impreso te lo mandaré”.<sup>14</sup>

La virtud de Marx -y a través de su carta queda de manifiesto- fue el haber sabido homogeneizar, superficialmente claro está, la heterogeneidad de los fundadores de la Internacional al tiempo que evitaba el peligro de la visión mazziniana, marcadamente patriótica y deísta.

La tarea le fue grandemente facilitada por las circunstancias de la ausencia de Wolff que se hallaba en Nápoles asistiendo al Congreso de las Asociaciones de Trabajadores Italianos y al hecho de que la resistencia más organizada, la francesa, a sus intenciones disimuladas, se hallaba del otro lado del Canal de la Mancha ya que Le Lubez era un entusiasta del proyecto pero estaba lejos de ser un proudhoniano como la delegación parisina que presentó la moción en el Saint Martin’s Hall.

El Mensaje inaugural de la Internacional que Marx elaborara en los últimos días de Octubre de 1864, no tuvo mayor arrastre. Sus 4.000 palabras aproximadas giran todas, salvo una leve mención al final en la que se acusa a Rusia por “asesinar a la heroica Polonia”, alrededor de Inglaterra y sus eventos económicos. No se trata, en realidad, de un mensaje revolucionario lo que no podía exigirse de quien, según G. D. H. Cole, desde 1850 “había dejado de pertenecer a la extrema izquierda del movimiento revolucionario”<sup>15</sup>. Nada aparece en el *Mensaje* que haga alusión a la socialización de los medios de producción, lo que puede atribuirse, en parte, al temor que los proudhonianos franceses no vieran la expresión con buenos ojos. Hay tan sólo una breve alusión a las cooperativas: “Es imposible exagerar la importancia de estos grandes experimentos sociales que han mostrado con hechos, no con simples argumentos, que la producción en gran escala y al nivel de las exigencias de la ciencia moderna, podía prescindir de la clase de los patrones, que utiliza el trabajo de la clase de los asalariados; han demostrado también que no era necesario a la producción que los instrumentos de trabajo estuvieran

---

<sup>14</sup> “Correspondance of Marx and Engels”, pág. 159 a 163, Londres, 1949. Esta extensa carta remata con unos párrafos muy elogiosos sobre Bakunin: “Bakunin te manda sus saludos. Se ha ido hoy para Italia donde vive (Florenca). Ayer lo vi por primera vez después de dieciséis años. Debo decir que me agradó mucho y mejor que antaño...”. “En el conjunto es uno de estos pocos individuos que, después de dieciséis años, encuentro que ha progresado hacia delante en lugar de retroceder...”.

<sup>15</sup> G. D. H. Cole, op. cit., pág. 93 (Tomo II).

monopolizados y sirvieran así de instrumentos de dominación y de explotación contra el trabajador mismo; y han demostrado, por fin, que lo mismo que el trabajo esclavo, lo mismo que el trabajo siervo, el trabajo asalariado no es sino una forma transitoria inferior, destinada a desaparecer ante el trabajo asociado que cumple su tarea con gusto, entusiasmo y alegría”. Este párrafo, el único programático, pasa casi desapercibido en el piélago del Mensaje que es una crítica acerba y demoledora, es cierto, del sistema económico inglés. Leyendo el Mensaje, tímido por demás en cuanto a aspiraciones, pocos podían barruntar que la internacional iba a debatir, en su seno, los más álgidos problemas sociales y económicos de la sociedad del siglo XIX.

Por eso, la mayoría de los revolucionarios que se afincan a la Internacional inclusive en la actualidad, prefieren apoyarse en los “considerandos” que preceden a los estatutos que guardan, en el espíritu, el mensaje que Tolain pronunciara en el acto del 28 de Septiembre en el Saint Martin’s Hall de Long Acre y que fueran ratificados en el Primer Congreso de la Internacional celebrado en Ginebra:

«“Considerandos:”

“Que la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos”.

“Que los esfuerzos de los trabajadores para conquistar su emancipación no ha de tender a constituir nuevos privilegios, sino a establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes;”

“Que la sujeción del trabajador al capital es la fuente de toda esclavitud política, material y moral;”

“Que por lo mismo la emancipación económica de los trabajadores es el gran objetivo a que debe subordinarse todo movimiento político;”

“Que los esfuerzos hechos hasta ahora han fracasado por falta de solidaridad entre los obreros de las diferentes profesiones en cada país, y de unión fraternal entre los trabajadores de diversas regiones;”

“Que la emancipación de los trabajadores no es un problema únicamente local o nacional, sino que, al contrario, este problema interesa a todas las naciones civilizadas; estando necesariamente subordinada su solución al consumo teórico y práctico de las mismas;”

“Que el movimiento que se está efectuando entre los obreros de los países más industriales del mundo entero, al engendrar nuevas esperanzas da un solemne aviso para no incurrir de nuevo en antiguos errores, y aconseja combinar todos los esfuerzos hasta ahora aislados;”

“Por estas razones, los abajo firmantes, miembros del Consejo elegido por la asamblea realizado el 28 de Septiembre de 1864 en el Saint Martin’s Hall de Londres, han tomado las medidas necesarias para fundar la Asociación Internacional de Trabajadores. Declaran que esta Asociación internacional así como todas las sociedades e individuos que a la misma adhieran, reconocerán como base de su conducta para con todos los hombres, la Verdad, la Justicia y la Moral, sin distinción de color, de creencia o de nacionalidad”.

“Consideran como un deber reclamar no solamente para ellos los derechos del hombre y del ciudadano, sino para todos los que cumplan sus deberes. No más deberes sin derechos, no más derechos sin deberes”».

Aunque parezca una contradicción y a pesar de la gran influencia que Marx ejerciera en la Asociación Internacional de Trabajadores, el autor de “El Capital” nunca vio con mística, ni siquiera entusiasmo, este gran instrumento manumisor, del proletariado internacional.

Marx interviene en la creación de la Internacional, es cierto, pero también, fue el enterrador de esta organización que, al escapársele su control de las manos prefirió desplantarla de su suelo en el Congreso de La Haya de 1872 y desterrarla para que agonizara lejos, en los Estados Unidos.

Repasando su correspondencia se confirma el escepticismo de Marx. Ya hemos visto cómo tanto él como Engels se alegran del acaparamiento en sus respectivas torres de marfil de la que sale Marx porque cree que la asamblea de Saint Martin’s Hall tendrá trascendencia (“Es bueno que entremos de nuevo en el contacto que representa, por lo menos, su clase, lo que es esencial” le dirá a Engels en otra ocasión”).

Por eso, por ausencia de entusiasmo, teme que el Congreso de Ginebra sea un fracaso: “Debo decirte con franqueza -le dice a Engels en carta del 6 de Abril de 1866- que la Internacional no va bien, aumentando el malestar la impaciencia de los franceses que quieren celebrar el Congreso para fines de Mayo. Además los dirigentes ingleses aparecen algo fríos y me imagino que el fracaso del congreso no les importa mucho ¿Quedaremos en ridículo ante Europa? ¿Qué haremos?”. 17 días más tarde le volvía a escribir a Engels: “Desde aquí haré todo lo posible porque el congreso de Ginebra tenga éxito, pero no asistiré a él. De esta manera evito toda responsabilidad personal”.

De hecho, su estado de ánimo, escéptico hacia las masas obreras, fue inamovible desde siempre. Unos años más tarde, el 22 de Febrero de 1881, le escribía a Domela Nieuwenhuis: “Es convicción mía el que la coyuntura crítica para una nueva Asociación Internacional de Trabajadores no ha llegado aún y por tal razón considero todos los congresos obreros, en todo aquello que no esté relacionado en dadas condiciones de una determinada nación, no solamente algo inútil sino inclusive dañino. Ellos se marchitarán siempre en viejas banalidades generalizadas.

De igual modo piensa Engels. En la carta que le dirige a Federico Alberto Sorge el 12 de Septiembre de 1874, se lee: “Con su dimisión la *vieja* Internacional queda herida de muerte y llega a su fin. Y esto está bien. Aquello pertenecía al período del Segundo Imperio...” y para justificar su transferencia a los Estados Unidos dice más adelante: “El único país en el que aún pueda hacerse algo en nombre de la *vieja* Internacional son los Estados Unidos y por instinto feliz el ejecutivo fue transferido allí”.

Hasta Lenin remachará el clavo en un artículo que titula “Carlos Marx”: “Después del Congreso de la Internacional celebrado en La Haya en 1872 Marx procedió a transferir el Congreso General a Nueva York. La primera Internacional había cumplido su papel histórico...”<sup>16</sup>.

Marx se lamenta de “la impaciencia de los franceses” y por ello no levanta el pie del freno. En tal forma y para el Consejo de París, Marx y el Consejo General de Londres resultarán un peso muerto como lo resultarán más tarde para los suizos, los belgas, los españoles y los italianos.

Para demostrar el aspecto sano que encerraba la “impaciencia de los franceses” bastará señalar que el Mensaje inaugural y los estatutos provisionales aprobados por el Consejo General de Londres el 1º de Noviembre de 1864 estaban traducidos, impresos y distribuidos en París el 8 de Enero de 1865.

---

<sup>16</sup> Lenin “Collected Works”, Tomo XVIII, pág. 19, Londres, s/d.

La traducción al francés del preámbulo a los estatutos, por omisión del término “as a means” (como un medio) en el cuarto considerando, provocó largos debates entre autoritarios y libertarios al extremo que Bakunin calificará, el “as a means”, como 2<sup>a</sup> frase decisiva de todo el programa de la Internacional<sup>17</sup>.

El considerando, ya transcrito más arriba: “Que por lo mismo la emancipación económica de los trabajadores es el gran objetivo a que debe subordinarse todo movimiento político” que es la traducción literal y literaria de la versión francesa que inserta Palmiro Marbá<sup>18</sup>, se convertiría, de ajustarse al original inglés, en “Que por lo mismo la emancipación económica de los trabajadores es el gran objetivo al que debe subordinarse como un medio, todo movimiento político”.

Hay una diferencia, sin duda alguna. La versión francesa subordina completamente la acción política mientras que la inglesa considera la acción política como el medio de la emancipación económica.

La omisión, conocida la manera de pensar de los franceses, fue voluntaria, premeditada y afrontaba, su responsabilidad, con todas las consecuencias y ello a pesar de lo que dice la “comunicación privada” dirigida por Marx, en nombre del Consejo General, al Comité federal de la Suiza romanda el 1<sup>o</sup> de Septiembre de 1870: “Interpelado por el Consejo General, el Comité de París se excusó por las miserias de su situación política”. Las excusas son pura invención de Marx. El comité de París estaba muy orgullosos de su federalismo para admitir que consideraba necesario excusarse.

En la euforia de los primeros el detalle no tenía trascendencia: “Nadie parecía haber dado importancia, en aquel momento, señala Guillaume, a las ligeras diferencias que presentaban los dos textos”. Los estatutos, presentados a votación en el Congreso de Ginebra, fueron aprobados, el texto inglés, con el “as a means” por los delegados ingleses y los que se valían de este idioma para entenderse en las sesiones, el texto francés sin el “comme un moyen”, por parte de los delegados franceses y los de la Suiza de habla francesa.

Sería necesario el acrecentamiento de las rencillas, las disputas entre libertarios y autoritarios, entre marxistas y bakuninistas, para que los internacionalistas decidieran hurgar con lupa y pinzas el espíritu y la letra de los estatutos.

El impacto de la Internacional era muy diferente según se enfocara bajo el punto de vista inglés o en el punto de vista francés, los dos núcleos efectivos sobre los cuales radicaba la verdadera fuerza de la novel organización. En Inglaterra, y desde el primer momento, no se registró el mismo entusiasmo que en Francia. Los ingleses consideraban a la Internacional como algo secundario: “No parece que la marcha de los acontecimientos en la Gran Bretaña hubiera sido diferente, en ningún aspecto importante, si no hubiera existido la Internacional. Es indudable que Marx convenció a los dirigentes de los sindicatos obreros de Londres para que pusieran sus nombres en varios documentos que, sin él nunca habrían pensado redactar, y tampoco hay duda de que el prestigio del movimiento británico hizo que las muestras de apoyo dadas por sus dirigentes constituyeran un factor que aumentó el influjo de la Internacional en otros países. Pero estos dirigentes en modo alguno estaban dispuestos a permitir que Marx u otro extranjero

---

<sup>17</sup> Bakunin “Oeuvres”, Tomo IV, pág. 402.

<sup>18</sup> Palmiro Marbá (Federico Fructidor): “Origen, desarrollo y trascendencia del movimiento sindicalista obrero”, pág. 464, México. (Esta obra está incluida, en un mismo volumen, con “El Proletariado Militante” de Anselmo Lorenzo. Es una excelente edición de la Editorial Vértice que animara Hermoso Plaja en la ciudad azteca). Amaro del Rosal furibundo defensor de Marx, en “Los Congresos Obreros Internacionales en el siglo XIX”, en la pág. 142, por basarse posiblemente en la fuente de Marbá acude a la versión francesa, supeditando, en consecuencia también, lo político a lo económico. (México, 1958).

condujera el movimiento en lugar de ellos. Siguieron construyendo su propia organización para dirigir sus asuntos nacionales, considerando la Internacional como algo secundario; y la misma magnitud de los éxitos que consiguieron en 1867, tanto en la extensión de derechos políticos a los trabajadores urbanos como en la enmienda de las leyes sobre patronos y obreros (Master and Servant Laws) los hizo menos revolucionarios y no más. Además, las violencias de Sheffield en 1866 y el juicio legal en el pleito de Hornby contra Close el año siguiente, colocaron a los sindicatos obreros en la defensiva e hicieron que los dirigentes se sintieran menos inclinados a una actuación dirigida a atemorizar a la burguesía británica, inclusive antes del susto que experimentaron al estallar la Comuna de París<sup>19</sup>.

En cambio los franceses se daban por entero a la nueva obra “Los internacionalistas actuaron por sí mismos, gobernados mucho más por la marcha de los acontecimientos en su país que por instrucciones recibidas de Londres. La tolerancia limitada concedida por Napoleón III a los sindicatos obreros desde 1864 en adelante, en modo alguno produjo el efecto deseado de convertir a la clase obrera en un apoyo del Imperio. Por el contrario el influjo sobre el movimiento francés pasó por etapas de Tolain y de sus partidarios moderados a un grupo más militante, dirigido por Eugene Varlin<sup>20</sup>.”

Una de las imposiciones del Consejo General, la designación de Henri Lefort como corresponsal del Consejo en Francia, motivo el primer careo entre Londres y París. A pesar de disponer solamente de 120 francos, Tolain y su compañero Fribourg se fueron a Londres a reivindicar el federalismo proudhoniano y a negar al Consejo General el derecho de “inmiscuirse en los asuntos internos suyos. Padres de la Asociación no toleraban el que se atentara contra el pacto federativo libremente consentido por todos sus miembros. E invitaron a los londineses a *compenetrarse bien a la idea de que el Consejo es solamente el corazón de la Asociación: solamente el Congreso podrá ser la cabeza*”<sup>21</sup>.

Mientras los franceses, aun los más moderados como Tolain, hacían obrerismo intrínseco en el seno de la Asociación, los ingleses, debido a *lo secundario* que la Internacional era para ellos, permitían, en parte porque coincidían, que Marx manipulara el Consejo General y tratara de politizarlo y politizar la asociación.

Los Estatutos, en su artículo 3º, fijaban la celebración de un primer congreso general a celebrarse en Bélgica en 1865. No hubo congreso aquel año y el Consejo convocó a una conferencia al año exacto del acto de Saint Martin’s Hall en Londres. Las sesiones tuvieron lugar en los días 25 al 29 de Septiembre y en las mismas asistieron militantes internacionalistas cuyas intervenciones en los futuros comicios tendrían resonancia. Eugenio Varlin aparecía por primera vez en un comicio internacional acompañando a los veteranos Tolain, Fribourg y Limousin, todos ellos representando a Francia; por Ginebra acudieron dos delegados: estaban el alemán J. P. Becker y el francés Duplaix, por Bélgica César de Paepe; los ingleses Odger, Cremer, Wheeler, Howell y Weston y otros miembros del Congreso, extranjeros domiciliados en Londres: Marx, Vésinier, Dupont, Hermann Jung, Eccarius, Wolff Bobczynski...

Este compás de espera no satisfizo a los franceses que deseaban fervientemente el Congreso, “la cabeza de la organización” como señalaba Fribourg, pero los argumentos de Marx eran de que “la cuestión no estaba aún bien madura” según le señalaba Engels el 24 de Junio. La Conferencia fijó la primavera del año próximo para la celebración del Congreso que debería tener lugar en Ginebra.

---

<sup>19</sup> G. D. H. Cole, op. cit., Tomo II, pág. 105.

<sup>20</sup> Ibid.

<sup>21</sup> C. Fribourg, op. cit., págs. 27 y 28.

Los franceses desarrollaron, durante todo el año de 1865, una gran actividad y habían logrado concretar en puntos un temario que publicaron en “L’Avenir National” el 18 de Julio, para que los obreros franceses lo discutieran:

- 1º ¿Cuál debe ser la finalidad de la Asociación? ¿Cuáles sus medios de acción?
- 2º El trabajo, sus consecuencias higiénicas y morales.
- 3º El trabajo de las mujeres y de los niños en las fábricas bajo el punto de vista moral y de salud.
- 4º El paro forzoso y los medios para remediarlo.
- 5º Las huelgas y sus efectos.
- 6º La asociación, sus principios, sus aplicaciones.
- 7º La enseñanza primaria y profesional.
- 8º Las relaciones entre el trabajo y el capital.
- 9º La competencia extranjera y los tratados de comercio.
- 10º Los ejércitos permanentes bajo el punto de vista de la producción.
- 11º ¿Es la moral distinta de la religión?

Sergent y Harmel, que se sienten impresionados por el contenido del temario ponen de relieve un detalle muy interesante: la ausencia del tema político: “El programa no solamente es sorprendente por su precisión, su amplitud y su seriedad. Lo es también por su desdén hacia las preocupaciones políticas. No es que fuera solamente económico puesto que señalaba una preocupación en los problemas sociales. En el amplio sentido del término era más bien social. Pero, económico o social, el programa reflejaba una voluntad casi agresiva de desinterés e indiferencia hacia el Estado”<sup>22</sup>.

De regreso de Londres redactaron un manifiesto en el que la influencia de Proudhon, en particular modo en la última de sus obras “De la Capacité politique des Classes Ouvrières”, es evidente: “El trabajo -comienza el manifiesto- confirma su igualdad frente a las demás fuerzas y quiere conquistar su puesto en el mundo moral y material y ello en base a su *propia iniciativa* y al margen de todas las influencias que durante estos últimos tiempos ha sufrido e, inclusive, solicitado”. El manifiesto habla después de que el estudio ha reemplazado la agitación y que los obreros desean alcanzar por la vía científica, y pacíficamente si es posible, la emancipación, la igualdad de derechos y que por ello han organizado la Asociación Internacional. La familia, institución tan querida a Proudhon, es señalada como factor esencial para la enseñanza: “La instrucción familiar es la única normal. Sin la familia, la especie humana es un amasijo de seres, sin funciones determinadas, sin razón, sin ley y sin finalidad. Sin la familia, el hombre, confundido en una inmensa comunidad pasa a ser un enemigo del hombre”.

Varlin se opone. Corresponde a la sociedad la educación. La “Memoria” se ve alargada del anexo de Varlin y la minoría que le secunda: “Cuando decimos que la enseñanza debe estar a cargo de la Sociedad, entendemos por ello una sociedad verdaderamente democrática en la cual la dirección de la enseñanza sería la voluntad de todos...”.

---

<sup>22</sup> Alain Sergent y Harmel: “Histoire de l’Anarchie”, pág. 327-328, 1949.

Con la mujer surge otra discrepancia. La corriente mayoritaria, con Tolain al frente, quiere ver a la mujer al margen de la fábrica, del trabajo, para radicarse en el hogar: “En nombre de la libertad, déjenos arrancarla del taller que la desmoraliza y la mata a esta mujer que quieren libre, que sólo la emancipan haciendo de ella un ser bastardo, fatalmente condenado por el abuso de un trabajo para el cual no estaba constituida...”.

Varlin y los minoritarios estimaban que el acontecer social situaba a la mujer en el campo de la producción al igual que el hombre. Que la mujer en el hogar era la criada del hombre y no su semejante.

La educación y la mujer son los dos puntos en los que los franceses discrepan. Son también, posiblemente, los que hacen desmerecer a Tolain y a los mayoritarios frente a los ojos de Max Nettlau.

En religión, en cambio, la unanimidad se logra nuevamente: “La religión es una de las manifestaciones de la conciencia humana, respetable como todas las otras, en tanto que ella permanezca un asunto interior, individual, íntimo. Nosotros consideramos las ideas religiosas, y todas las ideas *a priori* como algo que no puede llevarnos a ninguna discusión útil. Cada uno pensará a este respecto lo que juzgue más conveniente a condición de no hacer intervenir su Dios en las relaciones sociales y de practicar la justicia y la moral”.

El mutualismo proudhoniano, alérgico a la socialización a la que teme por su tendencia a la uniformidad, también logró aunar los criterios de los franceses en base a los preceptos del autor del “Sistema de las Contradicciones económicas”, en lo que a estructura social respecta.

La delegación francesa, pues, se presentó a Ginebra el 3 de Septiembre de 1866 -el congreso tampoco pudo celebrarse en la primavera como había sido acordado- con una cohesión muy superior y un temario más meditado que el resto de las delegaciones.

## CAPÍTULO II

### GINEBRA 1866: PRIMER CONGRESO

El Primer Congreso de la Internacional estuvo reunido desde el 3 hasta el 6 de Septiembre. Su orden del día tenía bastante similitud con el temario que los franceses habían publicado el 18 de Junio en “L’Avenir National” y constaba también de 11 puntos:

- 1º Combinación de los esfuerzos, por medio de la Asociación, para la lucha entre el capital y el trabajo.
- 2º Reducción de las horas de trabajo.
- 3º Trabajo de las mujeres y de los niños.
- 4º Sociedades Obreras, su pasado, su presente y su provenir.
- 5º Trabajo cooperativo.

- 6º Impuestos directos e indirectos.
- 7º Institucional internacional de Crédito.
- 8º De la necesidad de extirpar la influencia rusa en Europa, por la aplicación del derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos y la reconstrucción de una Polonia sobre bases democráticas y sociales.
- 9º De los ejércitos permanentes en sus relaciones con la producción.
- 10º De las ideas religiosas, su influencia sobre el movimiento social, político e intelectual.
- 11º Establecimiento de sociedades de socorros mutuos: apoyo moral y material a los huérfanos de la Asociación.

Asistieron unos 60 delegados de los cuales 33 eran suizos. El otro núcleo numeroso fue el francés con 17 delegados, once de los cuales representaban el Bureau de París. Por parte del Consejo General se hallaban presentes seis miembros; Alemania estaba representada por tres. Entre la numerosa representación suiza había que contar algunas delegaciones afiliadas al Congreso pero no a la Asociación.

Estos guarismos hacen decir a G. D. H. Cole que el Congreso de Ginebra -y el del año siguiente en Lausana- fue una reunión franco-suiza. Inglaterra, ya lo hemos dicho, estimaba la Internacional como algo secundario y su papel, a lo largo de la efímera historia de la Asociación, fue el del freno que detenía los impulsos entusiastas de las demás secciones del Continente. Marx, por su parte, prefería trabajar en el laboratorio y no en el ágora y tampoco se personaba en los congresos: “Yo no he podido ir, ni he querido tampoco pero he sido el que ha redactado el programa de los delegados de Londres” le escribía a Kugelmann el 9 de Octubre.

Los franceses, que querían una asociación genuinamente obrera plantearon de nuevo lo que ya fuera motivo de debate en la conferencia de Londres en Septiembre de 1865: que sólo los obreros manuales formaran parte de la Internacional. En plan de concesiones admitían que los intelectuales podían adherir a la Asociación pero que los delegados, en todo caso, deberían ser obreros manuales: “Si nosotros admitimos aquí a hombres pertenecientes a otras clases sociales -argumentaba Tolain- no faltará quien diga que el Congreso no representa las aspiraciones de las clases trabajadoras, que no está hecho por los trabajadores; y creo que es útil demostrar al mundo que nosotros estamos lo suficientemente avanzados para poder obrar por cuenta propia”. Este razonamiento, presentado en forma de proposición, fue rechazado por 25 votos contra 20. Los suizos, cuyas condiciones eran diferentes a las francesas ya que el deslinde entre obreros y no obreros se perdía en la nebulosa por las características del artesanado helvético, se dividieron cuando se trató de limitar la Asociación a la manualidad pura. Empero, y de acuerdo con la letra de los Estatutos, cada sección podía interpretar a su modo el escollo planteado por los franceses. El Artículo 8º decía: “Cualquiera que adopte y defienda los principios de la Asociación puede ser recibido como miembro; pero será, en todo caso, bajo la responsabilidad de la sección que lo admita”. Ahora bien, el reglamento que secundaba a los Estatutos y que fuera distribuido a las secciones de habla francesa, decía en su Artículo 11º “Cada miembro de la Asociación Internacional es elector, todo elector es elegible si llena las condiciones determinadas por el reglamento particular de la sección a la cual pertenece”. Lo que equivalía a decir, al fin de cuentas, el reglamento particular prevalecía por encima del general.

La presencia de los intelectuales en el seno de la Internacional, posición defendida por los ingleses particularmente o su marginamiento como deseaban los franceses “era de capital importancia -dice G. D. H. Cole-, pero tenía significación algo diferente para las delegaciones de

los distintos países. Para los ingleses se trataba sencillamente de aceptar la ayuda de algunos pocos miembros de otra clase social. Como Marx y un reducido número de simpatizantes pertenecientes a la clase media, con quienes los sindicatos obreros colaboraban en la Liga Nacional de Reforma... Para los franceses, por otra parte, el problema estaba en sí la masa grande y activa de los revolucionarios republicanos dirigida sobre todo por los miembros de la clase media, debería ser admitida en la Internacional que, de ser admitidos, quedaría casi seguramente dominada por ellos de inmediato, al menos en París. El grupo francés, que tomó parte en la fundación de la Internacional, trataba sobre todo, de construir un movimiento característicamente obrero, basado en la federación dentro de sindicatos locales de *sociétés de résistance* que se estaban organizando en los diferentes oficios. Este grupo quería que estas asociaciones puramente obreras sirvieran de contrapeso al movimiento republicano revolucionario de los intelectuales de la clase media y al mero *émeutisme* de los blanquistas y otros clubes revolucionarios; y éstos respondieron acusando a los sindicalistas de estar en alianza secreta con Napoleón III, en contra de la revolución. La Internacional misma tuvo que hacer averiguaciones de esta acusación, y la rechazó por no tener fundamento, lo que era cierto. Pero es verdad que los dirigentes franceses de la Internacional estaban mucho más interesados en las huelgas y en los movimientos económicos que en la política, y estaban decididos a evitar que los políticos radicales se apoderaran de su movimiento...”<sup>23</sup>. Lejos, empero, lo señalado hasta aquí, de significar un acuerdo unánime entre los franceses que “estaban divididos entre sí en dos grupos, los moderados, dirigidos por Tolain, que deseaba organizar un movimiento político obrero a base de los sindicatos y luchar en las elecciones<sup>24</sup> con independencia completa de los radicales de la clase media, y el ala izquierda de los sindicatos, dirigida por Eugene Varlin, que no tenía fe en la acción parlamentaria y esperaba convertir a los sindicatos, a través de federaciones locales y regionales, en una fuerza revolucionaria independiente, lo bastante fuerte para arrebatar la dirección de la revolución a los radicales de la clase media”<sup>25</sup>. Instintivamente, pues, tanto la fracción mayoritaria de Tolain como la minoritaria y ya abiertamente anarquista de Varlin, se oponían a la presencia del intelectual, la mayoría de los cuales integraba la clase media. Esta oposición fue justificada, en un momento de sinceridad, por Marx en una carta que le dirigiera a Engels el 25 de Febrero de 1865: “... los obreros parece que buscan a *exclure* a todo hombre de letras, lo que es, sin embargo, absurdo ya que los necesitan en la prensa; *pero es excusable, vistas las traiciones continuas de los intelectuales...*”.

Las dos corrientes que perennemente se disputaran la hegemonía de la Internacional, la autoritaria y la libertaria, se esbozan inicialmente en los aspectos apuntados más arriba. La

---

<sup>23</sup> G. D. H. Cole, op. cit., Tomo II, pág. 106 y 107.

<sup>24</sup> Efectivamente, antes de que se fundara la Internacional y con motivo de las elecciones francesas complementarias que tenían que celebrarse el mes de Marzo de 1864, sesenta obreros parisinos redactaron y publicaron un manifiesto que apareció en la edición de “L’Opinion Nationale” del 17 de Febrero en el que se trata de justificar la participación de candidaturas obreras en las elecciones. El “Manifiesto de los Sesenta”, como ha quedado calificado después, era una extensa exposición en donde había puntos de coincidencia con el proudhonismo, pero donde también había discrepancias. El primer impulso de Proudhon fue más bien condenatorio: “En el fondo ¿qué hay debajo de esto? bastante presunción, ambición, ignorancia, hasta espíritu intrigante y poca moral. Todos estos miembros de la sociedad de crédito mutual y de delegados a la Exposición de Londres me parece que están solicitando suscripciones y delegaciones del gobierno... Se le ha mimado mediante elogios insulsos; se lo toman en serio, se codean con la burguesía y le dicen: ¡Queremos un puesto!” (Carta a Larramat del 29 de Febrero de 1864). Sin embargo, 8 días después, Proudhon escribía en el mismo periódico “L’Opinion Nationale” (8 de Marzo de 1864): “Seguramente que regocijo del despertar de la idea socialista... Ciertamente que soy de su opinión (a los obreros) y de la de los 60, de que la clase obrera no está representada y debe estarlo. ¿Cómo podría profesar otra opinión? La representación obrero ¿no es acaso, hoy como en 1848... la afirmación del socialismo?”. La originalidad del “Manifiesto de los Sesenta” frente al de Los iguales y al Manifiesto Comunista estriba, según Maxime Leroy, prologuista de “La Capacité politique des Classes Ouvrières” (París, 1927) en que “Mientras los autores de los otros manifiestos pertenecían a las clases dichas privilegiadas”, los autores del de los 60 eran trabajadores.

<sup>25</sup> G. D. H. Cole, op. cit., Tomo II, pág. 107.

corriente sajona es partidaria de la integración de los elementos heterogéneos, la corriente gala desea mantener la homogeneidad en base a integrar la Internacional con trabajadores exclusivamente. Por eso el secretariado parisino se ve compuesto de trabajadores solamente: Tolain es cincelador, Varlin encuadernador, Fribourg grabador, Limousin marcador, Delorme zapatero, Debock tipógrafo, Delahaye cerrajero, Heligon trabaja en papeles pintados, Bourdon grabador de armas, Bellamy fontanero, Mollin dorador, Laplanche carrocero, Fournain óptico, Culetin zurrador, Perrachon, Carmelina y Guyard montadores.

Las luchas que posteriormente se trabaron en el seno de la Asociación entre Marx y Bakunin han mermado para los historiadores la importancia de esta primera disconformidad suscitada en la conferencia de Londres en 1865 y posteriormente en Ginebra con motivo de la discusión de los Estatutos de la Internacional.

Pocos se han parado a meditar la revolución que habría tomado la Internacional de Trabajadores si la misma hubiera acordado marginar a los que no eran. Por lo pronto las disputas personalistas entre Marx y Bakunin que tan mala impresión causarían a Anselmo Lorenzo<sup>26</sup> y a cuantos lograban mantenerse equidistantes del pugilato, no habrían tenido lugar. Si añadimos a ello que Marx enterró a la Primera Internacional en La Haya para que Bakunin no se la arrebatara, tendremos que deducir que en 1872 no habría ocurrido su muerte prematura. Las objeciones a este razonamiento podrían ser las que ponen de realce la contribución que aquellos dos gigantes de la sociología aportaron a la Asociación. Son objeciones muy discutibles porque la Internacional contaba con núcleos inquietos a la vez que inteligentes, como quedara probado a lo largo de sus congresos y actividades regionales, que habrían sabido vigorizarla, no gracias al artificialismo de la “intelligentzia” del Consejo General, el vértice de la organización, sino por la fortaleza y la actividad de las seccionales, su base.

En Ginebra, acuerdos concretos sobre todos los puntos del temario no fueron tomados. Los primeros congresos de la Internacional, más que comicios “legislativos” eran reuniones en las que cambiaban impresiones y se esbozaban tácticas a ser discutidas posteriormente. El octavo punto, por ejemplo, que trataba sobre la opresión que Rusia ejercía contra Polonia había sido insertado en contra de la voluntad de los franceses que lo consideraban un tema “político” y no “económico”. En realidad, si se miran los demás puntos del Orden del Día, el octavo aparece como nota heterogénea. La conferencia de Londres acordó su inserción, pero en Ginebra, a pesar de que se condenó el despotismo ruso, los franceses lograron un colofón en el que la Internacional declaraba: “Siendo los asistentes delegados a un congreso económico nada tiene que decir sobre la reconstitución política de Polonia”.

Sobre los impuestos directos e indirectos el congreso declaró que en definitiva siempre era el productor quien pagaba por lo que aquellos no podrían ser justos hasta que todo el mundo fuera productor.

Sobre el segundo punto el acuerdo se resumía así: “El hombre sólo es libre con la condición de desarrollar todas sus facultades: en consecuencia, toda prolongación de trabajo que le incapacite para desenvolver y gozar de todas sus aptitudes, debe ser condenada como antifisiológica y antisocial. – Desde ahora, consideramos bastante el trabajo de 8 horas diarias, para la producción de los servicios necesarios a la vida”.

Es decir, la Internacional, desde el mismo momento en que se consolida mediante su primer congreso, fija dos preceptos económicos que, en 1866 sobre todo, eran de verdadera avanzada social; todos deben ser productores y la jornada de labor no debe exceder a 8 horas.

---

<sup>26</sup> “Puede asegurarse que toda la sustancia de aquella Conferencia (Londres, 1871) se redujo a afirmar el predominio de un hombre allí presente, Carlos Marx, contra el que se supuso pretendía ejercer otro, Miguel Bakunin, ausente”. Anselmo Lorenzo: “El Proletariado Militante”, pág. 165, México, s/d.

Empero, lo que demuestra el largo alcance visual de los congresistas es la declaración según la cual los obreros deben ir más allá de la defensa y aumento de sus salarios: deben ir a su abolición:

“El Congreso declara que en el estado actual de la industria, que es la guerra, debemos todos prestarnos mutua ayuda para la defensa de los salarios. Pero es su deber declarar también que existe un fin más elevado que debemos alcanzar; la supresión del salariado. El congreso recomienda el estudio de los medios económicos basados en la justicia y la reciprocidad”.

## CAPÍTULO III

### LAUSANA 1867: SEGUNDO CONGRESO

Después de la celebración del Primer Congreso se registraron algunos hechos, en Francia, que vigorizaron a la Internacional y que pusieron de relieve la importancia de la solidaridad entre los trabajadores. Uno de ellos fue el *lock out* contra los obreros del bronce en París para forzarlos a abandonar su Mutual. Se creó la Asociación de Fabricantes del Bronce *para asegurar la independencia y la libertad del trabajo* y se comprometía a una indemnización diaria para aquellos obreros que desearan ser *independientes*. Dicha Asociación niega a la vez el derecho de representación a los obreros a los que quiere forzar a presentarse individualmente para discutir los precios. Los obreros se niegan y los patronos cierran las fábricas el 25 de Febrero de 1867 exigiéndoles la renuncia a la mutual si quieren obtener trabajo.

La réplica de los trabajadores fue categórica. Los mutualistas firmaron una declaración redactada en estos términos: “Nosotros, los abajo firmantes, declaramos tener el honor de formar parte de la Sociedad de crédito mutuo de los obreros del Bronce que tiene, como finalidad, garantizar a cada trabajador una retribución más en consonancia con las necesidades de la vida, y protestamos anticipadamente contra toda sociedad tendiente a rebajar la conciencia y la dignidad del hombre”<sup>27</sup>.

El conflicto adquiere dimensiones mayores. Dieciocho delegados representando a otras corporaciones hacen un llamado a la solidaridad: “La huelga de los obreros del bronce pone sobre el tapete la cuestión de la solidaridad que debe asegurar nuestra independencia y nuestra dignidad. ¡Obreros, todos nosotros somos atacados, levantémonos unánimemente!”<sup>28</sup>.

Fluyen las economías de las cajas de las corporaciones. La Internacional apoya el mensaje en favor de los obreros del bronce y logra que las Trade Unions inglesas aporten también su ayuda económica. Finalmente la Asociación de Fabricantes se ve forzada a ceder. Los obreros del bronce, gracias a la solidaridad de sus hermanos de clase, logran una gran victoria. El número de miembros de la mutual sube vertiginosamente hasta rebasar los 6.000 adherentes. El propio prefecto de la policía se ve obligado a felicitar a los trabajadores “por la dignidad y la firmeza observada en su conducta”.

Otro hecho de relieve fue la huelga de los hilanderos y los tejedores de Roubaix motivada por la imposición de los patronos a fin de que los obreros ejercieran de inmediato, dos oficios

---

<sup>27</sup> Edouard Dolléans: “Histoire du Mouvement Ouvrier”, Tomo I, pág. 302, París, 1957.

<sup>28</sup> Dolléans, op. cit., Tomo I, pág. 302 y 303.

diferentes. Esto fue inclusive reglamentado y fijado en las paredes el 15 de Marzo de 1867. Algunos de los artículos, como el 12º y el 13º, que establecen la obligación para el obrero de pagar toda herramienta o pieza del trabajo, en caso de rotura y que, el propio trabajo, sufrirá una merma de salario proporcional a los defectos que presente, provocan disturbios al día siguiente en los que se rompen máquinas, telares y se levantan barricadas frente a la presencia de las tropas.

En las negociaciones que siguen se logra el siguiente acuerdo:

«Artículo Primero. – El reglamento relativo a las multas será discutido y decidido por un consejo integrado en partes iguales por patronos y obreros».

“Artículo Segundo. – Todo obrero tendrá libertad de aceptar trabajar en uno o en dos oficios”».

La parte más interesante, empero, del conflicto de Roubaix: la hallaremos en el estudio que realizan los internacionalistas de las causas del conflicto y las soluciones.

Tolaín, Fribourg y Varlin publican una declaración al efecto en la que se lee, entre otras cosas;

«El empleo de las máquinas en la industria plantea un problema económico cuya solución inmediata se impone imperiosamente. Nosotros, los trabajadores, reconocemos en principio el derecho de los obreros a un aumento proporcional cuando, debido a la introducción de nuevas herramientas, una producción más considerable es impuesta».

“Obreros de Roubaix:”

“Sean las que sean sus justas quejas, nada puede justificar los actos de destrucción de los que han sido culpables. Piensen que la máquina, instrumento de trabajo, debe ser sagrada para ustedes; piensen que esta clase de violaciones compromete su causa y la de los trabajadores todos. Piensen que están dando armas a los adversarios de la libertad y a los calumniadores del pueblo”».

La máquina, pues, aparece para los trabajadores conscientes, no como un enemigo sino como un aliado. “Es sagrada” dicen los firmantes de la declaración. Desde el primer momento se ve clara y profundamente el problema que, para tantos, no ofrecía más que dos salidas: la destrucción de la intrusa o el para forzoso para los que la máquina desplazaba. Para los que tenían la confianza de los internacionalistas de París. Tolain, Fribourg y Varlin, ninguna de las dos soluciones era la correcta. Había que luchar, no contra la máquina sino contra el sistema que permitía que los beneficios que aportaba la máquina fueran, en su totalidad, a las arcas de los explotadores. Había que luchar para lograr que la máquina fuera una aliada del obrero, primero, en la base a permitirle un mejor estándar de vida logrado mediante la distribución “proporcional” permitida por el aumento de la producción y, segundo, una disminución en las horas de trabajo.

En un artículo publicado en “Siécle” de fecha 4 de Febrero de 1865, Anthime Corbon, que a la edad de 7 años ya lo encontramos trabajando de aprendiz de tejedor, señala la situación ambiental frente a la Internacional: “En aquellos tiempos (unos veinte años antes), aparte un número reducido, la tendencia general de los obreros socialistas era considerar al Estado como su providencia visible y esperar de él la rendición las clases interiorizadas. He ahí que una nueva generación declara que la *emancipación de los trabajadores* debe ser obra de los trabajadores mismos”. Ya añadía: “De lo que sí estoy seguro es que todas las personas

clarividentes y generosas aplaudirán esta reunión en congreso de tantos centenares de hombres representando la élite de los trabajadores de todos los países de Europa.”<sup>29</sup>

En el Segundo Congreso, que iniciaba sus sesiones en Lausana el 2 de Septiembre de 1867, se podían volcar sobre la mesa experiencias substanciales al tiempo que se podían abrigar mayores esperanzas, si cabe, que las que estaban presentes en Ginebra el año anterior sobre todo por parte de los ingleses y de los que compartían el escepticismo de Marx.

El incidente ocurrido en la sesión inaugural demuestra, desde el primer momento, que los delegados son hombres de avanzada social. Aviolat, en nombre de la Comisión organizadora del Congreso, pronuncia el discurso de apertura dando la bienvenida a las delegaciones y deseando, para ellas, “la bendición de la Divina Providencia”. Casi todos los presentes manifestaron su protesta porque nada tenía que hacer allí la Divina Providencia y el tono vario desde la objeción moderada hasta el grito estentóreo.

El número de delegados fue más crecido que el de Ginebra, 72 y, de acuerdo con G. D. H. Cole, el comicio volvió a ser un congreso franco-suizo. En efecto, 37 delegados eran helvéticos y 20 eran franceses. Las resoluciones iban a ser, consecuentemente, influenciadas por el pensamiento proudhoniano. Marx, que se muestra algo más optimista que en el de Ginebra, tiene que acusar el golpe pero piensa contrarrestarlo en Bruselas en el Tercer Congreso; “En el próximo congreso de Bruselas yo dirigiré personalmente el asunto y les daré el golpe final a esta caterva de proudhonianos”. Escribe el 11 de Septiembre en carta dirigida a Engels. Este, gran despreciador de la base, como el propio Marx, le contesta abrigando las mismas esperanzas y señalando con una cierta dosis de cinismo: “Sin embargo, mientras el Congreso General esté en Londres, todas estas resoluciones (las proudhonianas) no pasan de ser más que leche cuajada para el gato”.

El presidente del Congreso iba a ser Dupont, delegado por el Consejo General de Londres, que también delegó a Eccarius, Lessner, Carter, Odger y Cremer. El Secretario fue James Guillaume, una de las figuras más interesantes de la historia de la Primera Internacional y, a la vez, el historiador más imparcial y más completo que la Asociación ha tenido. Marx llegó a odiarlo casi tanto como a Bakunin y su expulsión fue “decretada” en 1872 en La Haya, junto con la del gran anarquista ruso.

Otros delegados de realce lo fueron César de Paepe, un joven belga de 26 años con suficiente vitalidad para compaginar su trabajo tipográfico con sus estudios de médico y sus inquietudes en la lucha manumisora del proletariado,<sup>30</sup> el Dr. Kugelmann, de Hannover, gran corresponsal de Marx, el célebre materialista Luis Büchner, autor de “Fuerza y Materia”, “Darwinismo y Socialismo”, “Naturaleza y Espíritu”, el doctor Pierre Coullery de la Chaux des Fonds, J. P. Becker, Kart Burkly y otros.

El Orden del Día del II Congreso de Lausana, era el siguiente:

1º ¿Cuáles serán los medios prácticos de facilitar a la Asociación Internacional de Trabajadores, un centro común de acción para la clase obrera en la lucha que ella sostiene contra el capital?

---

<sup>29</sup> Edouard Dolléans, op. cit., Tomo I, pág. 297 y 298.

<sup>30</sup> En 1863 cuando contaba 22 años, Paepe compuso un himno a la anarquía: “An-arquía, sueño de los amantes de la libertad integral, ídolo de los verdaderos revolucionarios, durante mucho tiempo los hombres te han calumniado e indignamente ultrajado; en su ofuscamiento, te han confundido con el desorden y el caos, mientras que, por el contrario, el gobierno tu enemigo jurado, no es más que un resultado del desorden social, del caos económico, de la misma manera que tú serás el resultado del orden, de la armonía, del equilibrio, de la justicia. ¡Que tu reino llegue. An-arquía!”.

- 2º ¿Cómo pueden las clases obreras utilizar, para su emancipación, el crédito que dan a la burguesía y a los gobiernos? Crédito y Bancos Populares. Moneda y papel moneda. Seguros mutuos. Sociedades obreras.
- 3º Los esfuerzos realizados hoy por las asociaciones para la emancipación del *cuarto Estado* (la clase obrera), ¿pueden tener por resultado la creación de un *quinto Estado*, cuya situación sería mucho más miserable aún? La mutualidad o reciprocidad considerada como base de las relaciones sociales. Equivalencia de las funciones. Solidaridad. Sociedades obreras.
- 4º Trabajo y Capital. Paro, las máquinas y sus efectos. Reducción de las horas de trabajo. División del trabajo. Transformación y extinción del salario. Reparto de los productos.
- 5º Funciones sociales. Papel del hombre y de la mujer en la sociedad. Educación del niño. Enseñanza integral. Libertad de Enseñanza.
- 6º Definición y papel del Estado. Servicios públicos, transportes y circulación. Intereses colectivos e individuales. El Estado considerado como justiciero y guardián de los contratos. Derecho de castigo.
- 7º La privación de libertades políticas, ¿no es un obstáculo para la emancipación social del trabajo y una de las causas principales de las perturbaciones sociales? ¿Cuáles son los medios de acelerar este restablecimiento de las libertades políticas? ¿No será éste la reivindicación por todos los trabajadores del derecho ilimitado de reunión y de la libertad ilimitada de la prensa?
- 8º Manifiesto colectivo de los trabajadores del Consejo de la Paz que se reunirá en Ginebra.

Sobre el Primer punto el Congreso aprobó una resolución, obra de Eccarius, Becker y Tolain, compuesta de cuatro puntos, que fue una manera elegante de salir del caso. Allí recomiendan ayudar “a toda idea de progreso en la vida pública” y de “tomar la iniciativa para la creación de instituciones de producción o de toda otra iniciativa que presente una utilidad directa para la clase obrera”. También se establece que, caso de que “el Consejo General no pueda publicar un boletín, hacer cada trimestre una comunicación escrita (Art. 20 del Reglamento) al Consejo Central de cada país”, que la “cotización central será por año, de 10 cts. para todos los miembros de la A. I. T.”, y que “Los delegados de las ramas y de las secciones que no hayan pagado su cotización central no podrán tomar parte en el Congreso”.

En el Segundo punto fueron ponentes De Paepe y Charles Longuet. Este último, en su preámbulo decía: “El medio para las clases obreras de utilizar el crédito que ellas dan a la burguesía y a los gobiernos es el de cesar de dárselo, de concedérselo a ellas mismas”.

De Paepe presentó su propio informe, en oposición al de Longuet. Un extenso estudio basado en los conceptos económicos de Proudhon: bancas populares para suministrar créditos sin interés, organización de sociedades mutuales y las pautas proudhonianas basadas en el mutualismo en general.

Eccarius, por su parte, trató de imponer el criterio de Londres, es decir el de Marx. Finalmente el Congreso acordó invitar:

«... de una manera urgente a los miembros de la A. I. T. en los diferentes países a usar de su influencia para lograr que las sociedades de oficio apliquen sus fondos a la cooperación de producción, como el mejor medio de utilizar, dentro del propósito de la emancipación de las clases obreras, el crédito que ellas dan en la actualidad a la clase media y a los gobiernos”.

“Aquellas sociedades que no quieren consagrar sus fondos a formar establecimientos cooperativos por su propia cuenta deberán emplear sus fondos a facilitar el establecimiento de la cooperativa de producción en general y hacer sus esfuerzos para establecer un sistema de crédito nacional proporcional a los medios de aquéllos que reclamen su ayuda, independientemente de valores metálicos, y establecer un sistema de bancos cooperativos”».

El Tercer punto aparece como una continuación del precedente y permite una toma de posición aún más clara de los Internacionalistas:

- 1º El Congreso estima que los esfuerzos realizados hoy por las sociedades obreras (si éstas se generalizan conservando su forma actual), tienden a construir un cuarto Estado, teniendo debajo de ellas un quinto Estado más miserable todavía.

El peligro supuesto de un quinto Estado, motivado por los esfuerzos actuales de las sociedades obreras, desaparecerá a medida que el desarrollo de la industria moderna hará imposible la producción en pequeña escala. La producción moderna en grande escala, fusiona los esfuerzos individuales y hace del trabajo cooperativo una necesidad para todos.

- 2º Para obviar ese peligro, el Congreso entiende que es necesario que el proletariado se capacite bien de esta idea: que la transformación social sólo podrá operarse de una manera radical y definitiva por medios activos que obren sobre el conjunto de la sociedad, y conformes a la reciprocidad y a la justicia.

- 3º Sin embargo, el Congreso entiende que todos los esfuerzos de las organizaciones obreras deben tender principalmente a que desaparezca en lo posible del seno de estas asociaciones la usurpación o detención que realiza el capital sobre el trabajo, es decir, a introducir en ellas la idea de mutualidad y de federación.

“Mutualidad y federación”. El Congreso era ciento por ciento proudhoniano. La influencia de Marx era nula y su carta del 11 de Septiembre demuestra el desdén y la envidia, dos de sus grandes defectos, que la actitud de las delegaciones provocó en él. El caso lo obsesiona y 24 horas después le machacará a Engels: “En nuestro informe oficial ya arreglaremos a estos locos de París” y “el año que viene se hará lo posible para llevar a Bruselas a veinte ingleses y treinta alemanes...”. Quiere imponer su pensamiento en base a la maniobra, al copo de los votos. En realidad su pensamiento no logró imponerlo nunca en la Internacional. Debido a ello la prefirió cadáver y la mandó a que expirara en Nueva York, lejos de una base que no podía domeñar.

En el Cuarto punto elaboro un informe del que descolla este párrafo:

«La Comisión reconoce que las máquinas son, de todos los medios empleados hasta hoy, los más potentes para llegar al resultado que nosotros buscamos, es decir, el mejoramiento material de la clase obrera, pero que para llegar a él es necesario que por la ayuda de los bancos de crédito mutuo y por la Asociación, el trabajo se apodere de estos medios de producción para hacerlos servir en beneficio de todos y que no continúen en las manos de los capitalistas, que hasta hoy los utilizan para sus propios intereses en detrimento de la clase obrera, tanto desde el punto de vista moral como material, por el empleo de un gran número de mujeres y niños en las fábricas. Todos nuestros esfuerzos deben dirigirse hacia la creación de instituciones de crédito mutuo”.

El Congreso se remitió, además al acuerdo tomado en Ginebra el año anterior en el que se hace hincapié de que “existe un fin más elevado que debemos alcanzar: la supresión del salario”».

En el Quinto punto, volcado a la enseñanza, la resolución aparece también amparada por tres apartados:

- 1º La enseñanza científica, profesional y productiva y la puesta en marcha de un plan de enseñanza integral.
- 2º La organización de talleres-escuelas.
- 3º Considerando que la palabra “enseñanza gratuita” es un contrasentido dado que el impuesto extraído a los ciudadanos es una parte de los gastos, pero que la enseñanza es indispensable y que ningún padre de familia tiene el derecho de privar a sus hijos de ella.

«El Congreso no concede al Estado el derecho a sustituir al padre de familia sino solamente en el caso que éste esté en la imposibilidad de cumplir con su deber”.

“En todo caso la enseñanza religiosa será descartada del programa”».

Hubo algo muy significativo en este punto del Orden del Día del Congreso de Lausana:

“El Congreso -dice un acuerdo al respecto- es de opinión que el establecimiento de un *idioma universal* y una reforma de la ortografía sería un bien general y contribuiría poderosamente a la unidad y a la fraternidad de los pueblos”.

Faltaban, exactamente, veinte años para que Zamenhof ofreciera a la humanidad el Esperanto.

Se puede señalar el punto quinto como el primero en el que los delegados manifestaron discrepancias acentuadas. La idea de la enseñanza en tanto que derecho universal era compartida por todos pero las opiniones diferían fundamentalmente cuando se trataba de asignar la manera de llevar a cabo la enseñanza. ¿El Estado? ¿La familia? Ya hemos visto cómo, al respecto, habían surgido discrepancias en París entre los que reclamaban que el padre debería ser el responsable de la educación: Tolain y la fracción mayoritaria, y los que reivindicaban para la sociedad este privilegio: Varlin y los que lo secundaban. En Lausana hace irrupción otra corriente que reivindica al Estado. De ahí que la moción dé ingreso, por la puerta de servicio, al Estado “solamente en el caso que éste (el padre) esté en la imposibilidad de cumplir con su deber”.

“Los proudhonianos -señalará G. D. H. Cole-, habiendo conseguido incluir en la resolución la expresión que ellos querían, pasaron por lo demás; y las referencias al Estado fueron aceptadas sin haber examinado bien el alcance de su verdadero significado”<sup>31</sup>.

Empero, donde la discrepancia iba a ser más pronunciada era en el Sexto Punto que reclamaba de los congresantes “Definición y misión del Estado”.

A Vasseur tocó ser el ponente sobre el punto. En su introducción decía: “Si nuestra definición del Estado es exacta, su papel debe limitarse a recibir los impulsos de sus mandatarios, a ejecutar su voluntad, a representar sus intereses, a permanecer un guardián del pacto social, a registrar las convenciones particulares sin que, en ningún caso, pueda por su propia iniciativa o voluntad privada impedir el ejercicio de los derechos que tiene por misión hacer respetar. Para dar a nuestro pensamiento una forma más precisa, diremos que el Estado es la gerencia social; no tiene puntos de intereses distintos a la sociedad porque no tiene ni vida ni existencia propia. Con relación a la nación es un signo, una abstracción”.

---

<sup>31</sup> G. D. H. Cole, op. cit., Tomo II, pág. 111.

Difícilmente se podía congeniar la heterogeneidad de ideas que los 72 delegados representaban. El punto no exigía solamente una definición del Estado sino que también reclamaba del Congreso una actitud frente a los transportes, los servicios públicos, los intereses individuales y los colectivos...

Tolain escribía en “Le Courrier Francais” del 10 de Septiembre: “Todos estamos de acuerdo en reconocer que los grandes trabajos públicos tales como el crédito público, ferrocarriles, canales, minas, correos, telégrafos, deberían ser propiedad de la colectividad proporcionados al precio estricto de costo, pero los delegados se dividen cuando se trata de la propiedad de la tierra...”.

Efectivamente, ingleses y alemanes son partidarios de la propiedad colectiva mientras que los franceses, y los suizos en menor grado, “mantienen de una manera absoluta el principio de la propiedad individual”.

César de Paepe, anticipándose a Bakunin en el seno de la Internacional, trataría de presionar en favor de la propiedad colectiva de la tierra y hasta introdujo una enmienda encaminada a tal fin, pero fue rechazada. Los proudhonianos, dice Cole “estaban” dispuestos a votar en favor de la propiedad pública de otros monopolios, siempre que no se les pidiera que se declararan en favor de la propiedad por el Estado... “Sin embargo, de ningún modo votarían en favor de la propiedad pública de la tierra, porque eran firmes defensores de la propiedad del aldeano y la consideraban como parte esencial de su derecho personal a la propiedad”<sup>32</sup>.

Las discrepancias eran de consideración. El Congreso aprobó finalmente una resolución que decía:

- 1º El Estado no deberá ser más que el simple ejecutor de las leyes votadas y reconocidas por los ciudadanos.
- 2º Los esfuerzos de las naciones deben tender a convertir el Estado en propietario de los medios de transporte y de circulación, a fin de destruir la potencia del monopolio de las grandes compañías que, sometiendo a la clase obrera a sus leyes arbitrarias, atacan a la vez la dignidad del hombre y la libertad individual. Por esta vía se llegará a dar satisfacción a la vez al interés colectivo y al interés individual.
- 3º Formulamos el deseo de que el hombre culpable (recuérdese que el último apartado del Sexto punto era sobre “Derecho de Castigo”) sea juzgado por ciudadanos nombrados por sufragio universal, que los ciudadanos jurados conozcan a fondo el culpable y que puedan buscar las principales causas que condujeron al hombre al crimen o al error.

“Pedimos igualmente que ningún reo sea juzgado fuera del país a fin de que se pueda examinar, como se señala anteriormente, las principales causas que han podido desviarle de sus deberes; que la sociedad entera bastante frecuentemente es la sola culpable. La falta de instrucción lleva a la miseria; la miseria conduce al embrutecimiento; el embrutecimiento conduce al crimen; el crimen a la cárcel, la cárcel al envilecimiento, que es peor que la muerte”.

La resolución, en lo que a la propiedad colectiva respecta, adolece de claridad. En primer lugar el Estado no había sido convenientemente definido y la aceptación que daba Vasseur, en su introducción, era bien diferente a la que cargaban en sus alforjas los miembros del Consejo General grandemente influenciados por Marx. La “propiedad pública” había quedado reconocida pero el nulo gordiano estaba implícito en la definición exacta de “quien” era “administrador” de la cosa pública y “cómo” debería “administrarla”.

---

<sup>32</sup> G. D. H. Cole, op. cit., Tomo II, pág. 112.

Su discusión, en definitiva, fue pospuesta para el Congreso de Bruselas.

El Séptimo Punto, que fuera introducido en el temario a petición de una asamblea popular de Ginebra, fue resuelto mediante el siguiente dictamen:

“Considerando que la privación de las libertades políticas es un obstáculo para la inserción social del pueblo y la emancipación del proletariado, el Congreso reunido en Lausana en Septiembre de 1867 declara:”

1º Que la emancipación social de los trabajadores es inseparable de su emancipación política.

2º Que el establecimiento de libertades políticas es una medida parcial de absoluta necesidad.

La brevedad del enunciado deja paso a diferentes interpretaciones. El marxista Amaro del Rosal afirma que “Es la única resolución en que aparece, aunque débilmente, lo que era pensamiento de Marx”<sup>33</sup>; De Paepe señala, por su lado, que aquello “era poner el efecto antes que la causa”; James Guillaume, en Tomo II de su “L’Internationale”, reconoce haber sido uno de los promotores del acuerdo; Jean Maitron ve una contradicción entre el primer párrafo y el segundo y añade: “He aquí lo que podía disipar todo equívoco sobre el “as a means” del congreso precedente. Pero en verdad las concepciones de los futuros adversarios de Marx estaban lejos de ser claras en aquella época...”<sup>34</sup>; G. D. H. Cole dirá su opinión también: “Al final, casi todos votaron a favor de estas resoluciones, porque cada cual podía interpretarlas a su gusto. Se pretendía que llenaran una doble finalidad: condenar a los que rechazaban por completo la acción política: los anarquistas y los sindicalistas extremados; y condenar también a quienes estaban dispuestos a trabajar por mejoras sociales sin una revolución política...”<sup>35</sup>.

En el Octavo punto, y último del Congreso, se aprobó redactar un manifiesto para el Primer Congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad, que tenía que reunirse los días 9 y siguientes del mismo mes de Septiembre en Ginebra.

La resolución obra de Guillaume, decía así:

«El Congreso de la asociación Internacional de Trabajadores, reunido en Lausana”.

“Considerando:”

“Que la guerra pesa principalmente sobre la clase obrera, porque le priva, no sólo de los medios de existencia, sino que son los trabajadores los que vierten la sangre;”

“Que la paz armada paraliza las fuerzas productivas, no pide al trabajo más que obras inútiles e intimida la producción amenazándola con la guerra;”

“Que la paz, primera condición del bienestar general, debe ser, a su vez, consolidada por un nuevo orden de cosas que imposibilite en la sociedad la existencia de dos clases, explotada la una por la otra;”

“Debe adherirse plena y enteramente al Congreso de La Liga de la Paz y de la Libertad que se reunirá en Ginebra el día 9 de Septiembre; sostenerle enérgicamente y tomar parte en todo cuanto emprenda para realizar la abolición de los ejércitos permanentes y el mantenimiento de la paz, con el fin de alcanzar lo más pronto posible, la emancipación de la clase obrera, y para

<sup>33</sup> Amaro del Rosal: “Los Congresos Obreros Internacionales en el Siglo XIX”, pág. 153, México, 1958.

<sup>34</sup> Jean Maitron: “Histoire du Mouvement Anarchiste en France”, pág. 47 y 48, París, 1955.

<sup>35</sup> G. D. H. Cole, op. cit., Tomo II, pág. 112.

librarse, al mismo tiempo, del poder y de la influencia del capital, así como ir a la formación de una confederación de Estados libres de toda Europa”».

Se aprobó también, una enmienda de Tolain que decía:

«“El Congreso:”

“Considerando que la guerra tiene por causa primera y principal el pauperismo y la falta de equilibrio económico;”

“Que para llegar a suprimir la guerra no basta licenciar los ejércitos, sino que hace falta modificar la organización social en el sentido de establecer un reparto cada vez más equitativo de la producción”.

“Subordina su adhesión a la aceptación por el Congreso de la Paz de la declaración que precede”».

Hay una cierta trabazón entre la Liga de la Paz y de la Libertad y la Asociación Internacional de Trabajadores que, a modo de paréntesis, obliga a referirnos a ella.

## CAPÍTULO IV

### BRUSELAS 1868: TERCER CONGRESO

Establecida por iniciativa del saintsimoniano Charles Lemonnier, la Liga logra la adhesión de más de 10.000 firmas entre las que se hallan las de John Bright, John Stuart Mill, Garibaldi, Víctor Hugo, Louis Blanc, Edgar Quinet, James Fazy, Cremer, Ogarev, Herzen y otros. Sus intenciones eran las de fusionar los deseos de paz con la unión de Europa bajo un gobierno republicano.

Muchas buenas intenciones pero, desgraciadamente, obstaculizadas por infinidad de ideas heterogéneas. Garibaldi, asistente al Congreso, ruega al mismo que “adopte la religión de Dios” en contra del Papado, “la más perniciosa de las sectas”. Los pocos católicos que había protestaron y más lo hicieron los ateos mayoritarios. Los delegados de la Internacional abogan por la proclamación del socialismo, mientras que en la sala están presentes algunos conservadores...

Felizmente que, por otra parte, “en general, la audiencia había venido a aplaudir y admirar, no a criticar, por lo que calurosos aplausos, indiscriminadamente, saludaban a cada orador”<sup>36</sup>.

Bakunin aparece en ese Congreso rodeado de una aureola de gigante. Su figura llegó a ofuscar a la del gran Garibaldi y su discurso, desgraciadamente perdido para la posteridad porque los taquígrafos no lograron seguirlo en su rápido francés, fue uno de los más aplaudidos.

La trabazón entre ambas organizaciones, la de los trabajadores y la de la Liga de la Paz, significaba, en el fondo, una incongruencia más. Chaudey, miembro de la Liga, ateniéndose

---

<sup>36</sup> E. H. Carr: “Michael Bakunin”, pág. 344. New York, 1961.

precisamente a los acuerdos del Séptimo punto de Lausana propuso una especie de pacto que Fribourg sintetiza así: “Los trabajadores ayudarían a los burgueses a reconquistar las libertades políticas, y en compensación la burguesía cooperaría en la manumisión económica del proletariado”. Se trataba, en definitiva, de una negación de los principios internacionalistas los cuales se oponían a las relaciones oficiales con organizaciones políticas.

Muestra empero, y por otra parte, la sana ambición de los Internacionalistas en querer estar presentes en todo atisbo progresivo especialmente en aquéllos que significaran un remedio a la belicosidad reinante que, tres años más tarde, colocaría a franceses y alemanes frente a frente en los campos de batalla.

El III Congreso de la Internacional se celebró en Bruselas entre los días 6 y 13 de Septiembre inclusive de 1868. Bakunin ya era miembro de la misma. Elpidin patrocinó su ingreso, en el mes de Junio o Julio del mismo año, a través de la seccional de Ginebra. Los proudhonianos, como esperaba Marx, iban a ser vencidos pero no en su favor sino en favor de otra corriente, también anarquista, de la que Bakunin pasaría a ser la figura más descollante.

Bakunin irrumpía de lleno en la época más fértil de su vida revolucionaria. Durante años, dando pie a sus impulsos temperamentales que lo convertían en hombre-océano, abarcándolo todo, había adherido a aquellas organizaciones revolucionarias en las que esperaba poder ejercer su influencia; no contento con ello, creaba “sus” propias organizaciones. En 1864, recién llegado a Europa después de su odisea siberiana, crea una “Alianza de la Democracia Social”, seguidamente surge la “Alianza de los Revolucionarios Socialistas” y, por último “La Fraternidad Internacional”. Se trata, en realidad, de la misma entidad con diferentes ropajes que ha merecido, por parte de los marxistas, los más enconados ataques y de la que tendremos que ocuparnos posteriormente. Hay que añadir, por el momento, otra organización que siguió de poco al Congreso de Bruselas y al II del de la Liga de la Paz y de la Libertad que tuvo lugar en Berna del 21 al 25 de Septiembre. Bakunin, con la corriente socialista de la Liga crea la “Alianza Internacional de la Democracia Socialista”.

La actividad o la influencia de todas estas organizaciones, al parecer, fue efímera y débil frente al papel que la propia Internacional jugaba en las esferas obreras progresistas y de los intelectuales de izquierda revolucionaria. La propia ascendencia y proyección de Bakunin logra su mayor expansión sólo cuando se halla en el seno de la Primera Internacional, es decir, desde el III Congreso que se llevara a cabo en Bruselas.

Cuando el Congreso abre sus sesiones, en el panorama europeo ha habido ciertos cambios, uno de ellos de suma importancia para el decorrer de la Internacional. Me refiero concretamente a la persecución que los internacionalistas franceses han sufrido y que conduce a la disolución de la Asociación por dos veces en dos meses de intervalo, la primera el 20 de Marzo de 1868 en que el Tribunal Correccional condena a los miembros de la comisión a cien francos de multa cada uno y declara disuelta “La Asociación Internacional de Trabajadores establecida en París con el nombre de Bureau Parisián”, y la segunda, también en el mismo año, tiene lugar el 22 de Mayo en la que los nueve miembros de la nueva Comisión comparecen ante el Sexto Tribunal Correccional. Esta vez, además de verse aplicada la misma condena que el 20 de Marzo, los miembros de la Comisión ven completamente su pena con tres meses de prisión.

Empero, y como ocurre en los ambientes de efervescencia revolucionaria, la medida de las autoridades napoleónicas imprimió un mayor auge de adhesión y de los pocos centenares de miembros registrados en 1866 la A. I. T. pasaba a tener, en 1870, 245.000<sup>37</sup>.

---

<sup>37</sup> Esta cifra fue dada en la reunión de la Asociación que tuvo lugar el 20 de Abril de 1870 y fue citada en el curso del Tercer proceso que sufría la Internacional el 22 de Junio de 1870.

En el proceso del 22 de Mayo, Varlin asumió la defensa de los acusados, una defensa valiente que consagra una vez más a la futura víctima de Thiers.

De esta defensa son estos párrafos: “Si ante la ley, nosotros somos los acusados y ustedes los jueces, ante los principios somos, en realidad, dos partidos, ustedes el partido del orden a cualquier precio, el partido de la estabilidad y nosotros el partido reformador, el partido socialista. Examinemos de buena fe cuál es este estado social que osamos declarar perfeccionable. La desigualdad lo corroe, la falta de solidaridad lo mata, los prejuicios antisociales lo estrangulan entre sus tenazas de hierro. Los placeres sólo para una mínima cantidad...; la masa, la gran masa agoniza en la miseria y en la ignorancia. Si se fijan en una bandada de palomas que se abate sobre un campo de trigo y en lugar de picotear cada una un grano, noventa y nueve de cada cien se ocupa a apilar en un solo montón el trigo, tomando para ellas la paja y los desperdicios, si se fijan en esto, entonces verán lo que se ha establecido y se practica diariamente entre los hombres”.

“Una clase que ha estado oprimida en todas las épocas y en todos los reinos, la clase del trabajo, pretende aportar un elemento de regeneración; sería prudente y de sentido común que de parte suya saludaran este acontecimiento racional y permitirle que llevara a cabo su obra de equidad. Cuando una clase ha perdido la superioridad moral que le hiciera dominante, ella debe apresurarse en desaparecer si es que no quiere ser cruel porque la crueldad es el distintivo ordinario de todos los poderes que caen”<sup>38</sup>.

Como puede verse, por los párrafos que preceden, la palabra “defensa” no es la apropiada. Varlin es un fiscal inexorable que acusa y pone de relieve los pecados y los crímenes de la clase dominante. La pusilanimidad no era carta jugada por los internacionalistas.

Esta represión contra las fuerzas más genuinamente obreristas de la Internacional, las francesas, tenía que desplazar el metacentro de los debates en Bruselas.

Marx llegó a regocijarse de la detención de Varlin y sus compañeros y el 29 de Agosto le escribía a Engels: “Afortunadamente nuestros viejos conocidos de París están bajo cerrojos. El Comité parisién no enviará a Bruselas más que un solo delegado pero los distintos gremios enviarán ocho o nueve”.

Su maldad queda de manifiesto en este párrafo.

París no mandó un delegado, mandó trece. Tolain entre ellos, totalizando, los franceses, 18 internacionalistas por los delegados que fueron de Lyon, Marsella, Caen, Neuville sur Saone y Rouen.

La delegación mayoritaria fue la belga con 56 delegados sobre un total de 100, del Consejo General asistieron siete, y otros tantos suizos. España mandaba su delegación por primera vez, el anarquista catalán Antonio Marsal Anglora que para evitar las persecuciones a su regreso se presentó bajo el pseudónimo de Sarro Magallán. Estaban los alemanes, cuatro, entre los que figuraba por primera vez Guillermo Liebknecht y también había una delegación italiana.

Uno de los temas más importantes sino el que más, discutido en Bruselas fue el de la *Propiedad Territorial*.

Una extensa resolución fue redactada sin que se lograra aprobar en firme, siendo solamente tomada en consideración para ser discutida en el Congreso siguiente. Era el procedimiento

---

<sup>38</sup> Citado por Edouard Dolléans: “Histoire du Mouvement Ouvrier”, Tomo I, pág. 310.

acostumbrado: posponer el debate con la esperanza, en el seno de cada corriente, de que lograrían posiciones más ventajosas en el próximo comicio.

Del dictamen sobre la “Cuestión de la Propiedad Territorial” entresacamos:

### **I. Relativa a las minas, cuencas hulleras y ferrocarriles.**

«Considerando que estos grandes instrumentos de trabajo están fijos en el suelo y ocupan una vasta extensión, cuyo dominio ha sido dado gratuitamente a la humanidad por la naturaleza.»

“Que estos instrumentos de trabajo exigen necesariamente la aplicación de las máquinas y de la fuerza colectiva;”

“Que las máquinas y la fuerza colectiva que existen hoy para la única ventaja de los capitalistas deben en el porvenir aprovechar únicamente al trabajador, y que para esto es preciso que toda la industria en que estas dos fuerzas sean indispensables sea ejercida por grupos redimidos del salario”.

“El Congreso acuerda:”

1º “Que las canteras, cuencas carboníferas y otras minas, así como los ferrocarriles, en una sociedad normal, pertenecerán a la colectividad social, representada por el Estado, pero por el Estado regenerado y sometido a la ley de la justicia”.

2º “Que las canteras, cuencas y carboníferas y ferrocarriles serán concedidos por la sociedad, no a capitalistas como hoy en día, sino a compañías obreras y esto mediante un doble contrato...”».

### **II. Relativa a la Propiedad Agrícola**

«Considerando que las necesidades de la producción y la aplicación de los conocimientos agronómicos reclaman un cultivo hecho en grande escala y, en conjunto, exigen la introducción de las máquinas y la organización de la fuerza colectiva en la agricultura y que, por otra parte, la evolución económica por sí misma tiende al gran cultivo:”

“Que en tal caso, el trabajo agrícola y la propiedad del suelo deben ser considerados bajo el mismo pie que el trabajo minero y la propiedad del subsuelo;”

“Que, además, el fondo productivo del suelo es la materia primera de todos los productos, el manantial primitivo de todas las riquezas, sin que sea producto del trabajo de ningún particular;”

“Que la adjudicación a alguno o algunos de esta materia prima indispensable hace a la sociedad entera tributaría de aquéllos a quienes se ha adjudicado”.

“El Congreso declara que la evolución económica hará de la entrada del suelo arable a la propiedad colectiva, una necesidad social, el suelo será concedido a las compañías agrícolas, las minas a las compañías mineras, los ferrocarriles a las compañías obreras; y esto mediante condiciones de garantías para la sociedad y para los agricultores, análogas a las necesidades para las compañías y los ferrocarriles”».

El Dictamen también se declara partidario de que los canales, caminos y vías telegráficas pasen a ser propiedad de la colectividad en el artículo III.

En el IV, concerniente a los bosques, las consideraciones y el acuerdo son favorables también a la tenencia colectiva de los mismos.

“Por primera vez -dice Palmiro Marbá-, se ponía a discusión un problema de tanta importancia como el de la propiedad colectiva; y por ser el primer paso, la orientación no podía resultar más concreta y fundamentada. Todos los delegados estuvieron unánimes en condenar la propiedad individual, principalmente la de la tierra, por ser la causa de todas las miserias y desigualdades sociales, y con igual unanimidad estimaron indispensable que toda la riqueza natural y social pasara por completo a poder de la colectividad, para su uso y disfrute equitativo. Tal fue la esencia, en el fondo del acuerdo. Naturalmente que, al exponerlo, dejaron asomar algo de lo que hoy consideramos es un prejuicio o preocupación, ya conceptuando al Estado como representante de la colectividad social, ya indicando la realización de los servicios al más inmediato precio de costo, pero todo esto era una especie de formulismo que con el tiempo iría desapareciendo, y que no afectaba en nada la buena intención y la sólida base del acuerdo. En efecto; dado el oscuro concepto que de tales problemas se tenía en aquel entonces, el paso dado resultaba gigantesco, colosal; había sentado el principio por el que se han regido más tarde las organizaciones obreras en la cuestión de la propiedad colectiva”<sup>39</sup>.

Un acuerdo complementario del dictamen que antecede lo fue el relacionado con el maquinismo:

«Considerando que de un lado, la máquina ha sido uno de los más potentes medios de despotismo y de extorsión en manos del capitalismo y que, de otra parte, el desarrollo que ella adquiere debe crear las condiciones necesarias para sustituir por medio de un sistema de producción verdaderamente social el sistema del salariado;»

“Considerando que la máquina no presentará verdaderos servicios al trabajador hasta que una organización más equitativa le ponga en posesión de ella,”

“El Congreso acuerda:”

“Que sólo por medio de las asociaciones cooperativas y por una organización del crédito mutal podrá llegar el productor a la posesión de las máquinas”.

“Que no obstante, en el estado actual, pueden los trabajadores constituidos en sociedades de resistencia intervenir en la introducción de las máquinas en los talleres para que esta introducción sólo tenga lugar mediante ciertas garantías o compensaciones para el obrero”».

Estos acuerdos, a través de un siglo de distancia, guardan su lozanía y más si se tiene en cuenta, como señala Palmiro Marbá, “el oscuro concepto que de tales problemas se tenía en aquel entonces”.

La influencia proudhoniana es patente aún. Ha tenido que ceder pie en la propiedad individual de la tierra pero está presente en el “crédito mutal” y en las características del cooperativismo preconizado que, como dice G. D. H. Cole “no quería nada con las cooperativas de consumo del tipo de Rochdale ni con las cooperativas de producción que pagaban interés al capital invertido en ellas, o que retribuían a sus trabajadores con participación en los beneficios”<sup>40</sup>.

El escollo, para los que hacían del cooperativismo el “summun”, se hallaba en aquellas actividades y propiedades que rebasaban los límites a que puede llegar el cooperativismo. De ahí la presencia del vocablo Estado, cuando de ferrocarriles se trata, digamos por caso, y ello

<sup>39</sup> Palmiro Marbá, op. cit., págs. 473 y 474.

<sup>40</sup> G. D. H. Cole, op. cit., pág. 125 y 126.

en el seno de un Congreso en el que los delegados, según propia expresión de Cole “consideraban al Estado como una institución esencialmente reaccionaria”<sup>41</sup>.

En Bruselas, pues, empieza a esbozarse una característica colectivista en detrimento de la mutualista que fuera la tonalidad descollante en Ginebra y en Lausana. Jean Maitron, que había catalogado a los dos primeros como “Período mutualista, de influencia proudhoniana”, califica al comicio de Bruselas como “Congreso de Transición (Del mutualismo al colectivismo y al sindicalismo)”<sup>42</sup> y, Edouard Dolléans, por su parte, señalará que “El Congreso de Bruselas marca la etapa intermediaria de la evolución que se produce”<sup>43</sup>.

Se discutió también, la actividad de los trabajadores frente a “una guerra entre las potencias europeas”. En el debate intervinieron diferentes delegados. Uno de ellos, Catalán, de Ginebra, señaló que “la guerra no depende de la opinión pública... porque hay, por encima de la opinión pública, instituciones que la rompen esta opinión. Hay voluntades superiores a la del pueblo y que disponen, ellas solas, del derecho de la guerra o de la paz. Que cada uno de nosotros y que la Asociación Internacional en su totalidad haga la guerra a la guerra, empleando todas las fuerzas contra los hombres que tienen derecho de hacer la guerra, contra las instituciones que crean este derecho y contra la ignorancia que le permite perpetuarse”.

César Paepe, uno de los delegados que más influenció en las determinaciones de ese Congreso, dijo en su intervención:

“Hay dos métodos (para suprimir la guerra): el primero es el de oponerse directamente a la guerra negándose a hacer el servicio militar o bien, lo que resulta lo mismo, puesto que los ejércitos necesitan consumir, negándose a trabajar; el segundo de los métodos no incide en forma directa: es solucionando la cuestión social que pretende llegar a la supresión de la guerra: éste es el método que la Internacional está destinada a hacer triunfar. La verdadera y única causa de las guerras se halla en nuestras instituciones sociales. La primera es la del hambre...”.

Fue Tolain, en nombre de los parisinos, quien presentó la primera moción de las dos aprobadas sobre este punto:

“Considerando que la guerra jamás ha sido otra cosa que la razón del más fuerte, y no la sanción del derecho; que es un medio de subordinación de los pueblos por las clases privilegiadas o los gobiernos que representan; que fortalece el despotismo, asfixia la libertad; que en el estado actual de Europa, los gobiernos no representan los intereses legítimos de los trabajadores... Declara protestar con la mayor energía; invita a todas las secciones de la Asociación a obrar con el mayor vigor para impedir, por la presión de la opinión pública, una guerra de pueblo a pueblo que, hoy en día, sólo podría ser considerada como una guerra civil ya que, hecha entre productores, la misma no sería sino una lucha entre hermanos y ciudadanos”.

Por parte de Charles Longuet el Congreso tomó conocimiento de su breve resolución que aprobó:

---

<sup>41</sup> G. D. H. Cole, op. cit., pág. 125 y 126.

<sup>42</sup> Jean Maitron en “Histoire du Mouvement Anarchiste en France”, cataloga los Congresos de la Internacional así: (pág. 44): – Período mutualista, influencia proudhoniana: 1º Ginebra (1866) y 2º Lausana (1867). – Congreso de transición (Del mutualismo al colectivismo y al sindicalismo: 3º Bruselas (1868). – Mayoría colectivista antiautoritaria contra dos minorías proudhoniana y marxista: 4º Basilea (1869). – Congreso de la escisión: 5º La Haya (1872). – Período anarquista, influencia bakuniniana: 6º Ginebra (1873), 7º Bruselas (1874), 8º Berna (1876) y 9º Verviers (1877).

<sup>43</sup> Edouard Dolléans, op. cit., pág. 314 (Tomo I).

“El Congreso recomienda a los trabajadores de cesar todo trabajo en el caso en que una guerra estallara entre sus países respectivos”.

Edouard Dolleans, quien cita estas mociones, añade: “Esta decisión, que han tomado más tarde todos los congresos internacionales obreros, causa, sin embargo, estupor a Marx. En su carta del 6 de Septiembre a Engels ironiza y habla de la “tontería belga de querer hacer la huelga contra la guerra”<sup>44</sup>.

La huelga, precisamente, era otro de los puntos que el congreso tocaría y en el que la opinión de Marx discreparía nuevamente con el sentir mayoritario.

El punto concreto a tratar era: “Las huelgas, la federación entre sociedades de resistencia y de la creación de consejos de arbitraje encargados de estatuir sobre la oportunidad y la legitimidad de las huelgas eventuales”.

De Paepe, que presentó un informe al respecto, preconiza “una Nueva Corporación organizada igualmente, fundada sobre la mutualidad y la justicia abierta a todos...” y añade que “la huelga, sólo es útil a título provisional, la huelga perpetuada sería la eternización del salariado y nosotros queremos la abolición del salariado”. “Queremos -se leerá en otra parte de su extenso informe- no precisamente lo que se ha dado en llamar en nuestros días la asociación del trabajo y el capital (combinación híbrida) sino que queremos la absorción del capital por el trabajo”.

Finalmente la resolución acordada fue la siguiente:

«“El Congreso declara que la huelga no es un medio de libertar completamente al trabajador, pero es a menudo una necesidad en la actual situación de lucha entre el capital y el trabajo”.

“Que es preciso someter la huelga a ciertas reglas, a condiciones de organización, de oportunidad y de legitimidad;”

“Que desde el punto de vista de la organización de la huelga hay necesidad, en las profesiones que carecen todavía de sociedades de resistencia, en crear estas instituciones y además de solidarizar entre ellas las sociedades de resistencia de todas las profesiones y de todos los países; en una palabra, es preciso continuar en este sentido la obra emprendida por la Internacional, y esforzarse para que el proletariado ingrese en una masa en esta Asociación;”

“Que desde el punto de vista de la oportunidad y de la legitimidad, es necesario nombrar dentro de la federación de grupos de resistencia de cada localidad una comisión compuesta de delegados de esos diversos grupos que constituirán un consejo de arbitraje, para juzgar de la legitimidad de las huelgas eventuales; por lo demás es necesario dejar, para la formación de ese Consejo, una cierta tolerancia a las diferentes secciones, siguiendo las costumbres y procedimientos y las legislaciones particulares”».

El léxico, salpicado de vocablos como *consejo de arbitraje*, *legitimidad*, *legislación*, etc., puede sorprender al lector de la segunda mitad del siglo XX pero si se interpreta la acepción que los delegados de Bruselas dan a dichos vocablos, se verá que no hay lo que es conocido como “sindicalismo reformista”. Los consejos de arbitraje, por ejemplo, deben ser integrados por obreros exclusivamente ya que el congreso, cuando se debatió este punto, se manifestó abiertamente enemigo a un arbitraje en el que interviniera el capitalista o el burgués.

En cuanto a la *legitimidad* y a la *legislación* se hace referencia concretamente a una legitimidad productora y a una legislación emanada de los congresos obreros.

---

<sup>44</sup> Ibid., pág. 313 (Tomo I).

Otro punto, que seguía al que acabamos de conocer, era el de “La Instrucción Integral”.

El acuerdo al respecto dice así:

«Reconociendo que es imposible por el momento organizar una enseñanza racional;»

“El Congreso invita a las diferentes secciones a establecer cursos públicos siguiendo un programa de enseñanza científica profesional y productiva, es decir, enseñanza integral para remediar en lo posible la insuficiencia de la instrucción que los obreros reciben actualmente. Queda entendido que la reducción de las horas de trabajo es considerada como una condición primordial indispensable”».

Sobre el punto “Crédito mutual entre los trabajadores” la moción aprobada establecía que “El Congreso acuerda en principio la fundación de Bancos de cambio basada sobre el precio de costo, con el fin de transformar el crédito en democrático e igualitario y simplificar las relaciones entre el productor y el consumidor, es decir para sustraer el trabajo a la dominación del capital...”.

Palmiro Marbá ve una contradicción, o por lo menos, una confusión en esta interpretación:...” el grave error que entraña el deseo de establecer el crédito mundial *para sustraer el trabajo a la dominación del capital*, y en cambio se recurre a este último para establecer dicho crédito, con lo que no es posible librarse de aquella dominación ya que tanto interés como la renta, el beneficio o lo que sea, constituye una sustracción arbitraria realizada por el capital. Por tanto ¿en qué forma puede ser éste un agente del trabajo, como se declaró anteriormente? Difícil sería contestar a esta pregunta. En sucesivos congresos después de verificado un detenido análisis, se cambia por completo de criterio en esta materia”<sup>45</sup>.

Esta mención que hace Marbá sobre interés, renta y beneficio, va dirigida a una mención que fuera aprobada acto seguido en Bruselas para tratar sobre el tema de “La Cooperación”:

”Toda sociedad basada sobre los principios democráticos, rechaza toda detención o apropiación cometida en nombre del capital, sea cual fuera la forma con que se encubra; renta, interés, beneficio, y deja así al trabajo todo su derecho, toda su justa remuneración”.

Estas contradicciones, inevitables en una asamblea donde los pareceres no van de acuerdo y las discrepancias son fundamentales, tendrían que ir subsanándose en los comicios ulteriores. Todo comicio regular entraña una revisión forzada por la experiencia, por el estudio o por nuevas circunstancias aparecidas en la vida de los pueblos, de las sociedades y de los hombres. Sin revisión, sin re-examen, la humanidad permanecería estancada. El científico y el pensador son revisionistas que permiten un continuo acercamiento a una gran verdad que se nos presenta siempre mutable al decorrer de los años. El sistema geocéntrico de Ptolomeo fue revisado y superado, el sistema monogénésico bíblico dejó de tener validez, la esclavitud natural aristotélica se nos muestra actualmente como una aberración...

En el campo del trabajo, los primeros impactos aportados por trabajadores de diferentes países, influenciados por diferentes doctrinas sociales, dominados por diferentes pasiones, tenían que lograr, forzosamente, acuerdos entrañando grandes transigencias y ello debido a que, por encima de todo, aquellos delegados buscaban a todo precio la entente, la coincidencia y el interés colectivo representado por la Internacional de cuya fortaleza dependía la fortaleza individual de cada sección y de cada trabajador.

---

<sup>45</sup> Palmiro Marbá, op. cit., págs. 476 y 477.

Unos días después, el 21 y siguientes de Septiembre, debía celebrarse en Berna el II Congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad y los delegados de Bruselas se dividieron una vez más en dos corrientes antagónicas al respecto. Por mayoría se aprobó una resolución en cuyo apartado 2º se lee: “Que los delegados de la Internacional creen que la Liga de la Paz no tiene razón de ser, en presencia de la obra de la Internacional, e invitan a una u otra sección de la Internacional”.

Cuando esta resolución llegó a conocimiento de los miembros de la comisión de París, encarcelados desde el mes de Mayo, dirigieron un mensaje a Berna señalando que “los delegados para deliberar sobre determinado orden del día, no tenían autorización para tomar una resolución de esta importancia sin consultar a sus grupos” y “Que desde el punto de vista de la libertad, cuya conquista perseguimos, el derecho a considerarse la única expresión de las aspiraciones de una época, no puede pertenecer a ninguna asociación aislada”. Y “Por lo tanto, nos complacemos en reconocer la utilidad de la Liga de la Paz y de la Libertad...”.

Del Congreso de Bruselas, empero, todo el mundo quedó satisfecho y hasta Marx, a pesar de sus anatemas contra el acuerdo de “la huelga a la guerra” dio su *conformidad* a las sesiones.

Estas fueron clausuradas el día 13 y en su discurso de cierre Dupont, del Consejo General dijo:

“Los clericales dicen de nosotros: *vean a este Congreso; declara que no quiere gobierno, ni ejércitos, ni religión*. Y dicen la verdad: no queremos gobiernos porque los gobiernos nos abruman de impuestos; no queremos ejércitos porque los ejércitos nos exterminan, y no queremos religión, porque las religiones ahogan la inteligencia”.

En cuanto a los anhelos de los prisioneros de Saint Pelagie, éstos fueron defraudados en Berna donde prevaleció una opinión conservadora y retrógrada que forzó a Bakunin y a la minoría revolucionaria a separarse de la Liga de la Paz.

## CAPITULO V

### BASILEA 1869: CUARTO CONGRESO

Los esfuerzos de Bakunin para lograr que fuera introducida en el orden del día de Berna la cuestión de la igualdad económica y social como condición *sine qua non* para obtener la realización de la paz y la libertad fueron vanos. En consecuencia la minoría socialista presentó la moción siguiente:

“Considerando que la mayoría de los miembros del Congreso de La Liga de la Paz y de la Libertad se ha decidido, explícita y apasionadamente, contra la *igualdad económico y social de las clases y de los individuos* y que todo programa y toda acción política que no tengan por objeto la realización de ese principio no pueden ser aceptados por demócratas socialistas, esto es, por los amigos lógicos y convencidos de la Paz y de la Libertad, los abajo firmantes creen de su deber separarse de la Liga”.

Firmaban, entre otros: Elíseo Reclus, Bakunin, Rey, Heller, y Fanelli.

Fue cuando se creó la “Alianza de la Democracia Socialista” que debía pasar a ser una rama de la Internacional pero que fue denegada, tal pretensión, por el Consejo General de Londres alegando que tenía la misma finalidad y los mismos principios que la A. I. T. La Alianza aceptó disolverse a condición de que las diferentes asociaciones formadas en España, Suiza, Italia, y Francia, fueran reconocidas por el Consejo como secciones regulares. En fecha 20 de Marzo de 1869 el Consejo aceptó la proposición y la Alianza se disolvió en el curso del mes de Abril.<sup>46</sup>

Si bien es cierto que los principios y los objetivos de la Alianza eran idénticos a los de la Internacional, la misión que aquélla se había impuesto abarcaba un campo mucho más amplio que el estrictamente económico y de organización obrera en que andaba enfrascada la segunda. La Alianza de la Democracia Socialista se presenta, en la historia del pensamiento anarquista moderno, como uno de los primeros ensayos de formación de una entidad específica llamada a influenciar y a orientar hacia derroteros libertarios aquellas organizaciones de conglomerado heterogéneo sobre las cuales fluyen diversas corrientes sociales.<sup>47</sup> Más tarde, y en el área nacional, surgieron de nuevo estas organizaciones de carácter específico cuya influencia ha llegado a ser determinante en algunas organizaciones obreras como lo fuera, por ejemplo, la de la Federación Anarquista Ibérica en el seno de la Confederación Nacional del Trabajo en España.

De ahí la negativa del Consejo de Londres, es decir, la negativa de Marx, que veía una infiltración peligrosa en el seno de una Asociación que desde el primer momento consideró de su exclusivo dominio.

El programa de la Alianza constaba de cinco puntos:

- I. “La Alianza quiere, ante todo, la abolición definitiva y completa de las clases y la igualdad económica y social de los individuos de ambos sexos. Para llegar a este objeto, quiere la abolición de la propiedad individual y del derecho de heredar, a fin de que en el porvenir sea el goce proporcionado a la producción de cada uno, y que, conforme con las decisiones tomadas por los congresos de la Asociación Internacional de Trabajadores, la tierra y los instrumentos del trabajo, como cualquier otro capital, llegando a ser propiedad colectiva de la sociedad entera, no puedan ser utilizados más que por los trabajadores, es decir, por las asociaciones agrícolas e industriales”.
- II. “Quiere para todos los niños de ambos sexos, desde que nazcan, la igualdad en los medios de desarrollo, es decir, de alimentación, de instrucción y de educación en todos los grados de la ciencia, de la industria y de las artes, convencida de que esto dará por resultado que la igualdad solamente económica y social en su principio, llegará a ser también intelectual, haciendo desaparecer todas las desigualdades ficticias, productos históricos de una organización tan falsa como inicua”.
- III. “Enemiga de todo despotismo, no conoce ninguna forma de Estado y rechaza toda acción revolucionaria que no tenga por objeto inmediato y directo el triunfo de la causa de los trabajadores contra el capital; pues quiere que todos los estados políticos y autoritarios actualmente existentes se reduzcan a simples funciones administrativas de los servicios públicos en sus países respectivos, estableciéndose la unión universal de las libres asociaciones, tanto agrícolas como industriales”.

---

<sup>46</sup> “No existe pues obstáculo -decía la carta del Consejo General- para la conversión de las secciones de la Alianza en secciones de la A. I. T.”.

<sup>47</sup> La Alianza, dice Malatesta, “fue el alma de la Internacional en todos los países latinos y dio a una rama de la Internacional su impulsión anarquista, como, por otra parte, las ententes íntimas de los marxistas dan la impulsión socialdemócrata a la otra rama...”. “Volontá” 7 de Marzo de 1914.

- IV. “No pudiendo la cuestión social encontrar su solución definitiva y real sino en la base de la solidaridad internacional de los trabajadores de todos los países, la Alianza rehúsa toda marcha fundada sobre el llamado patriotismo y sobre la rivalidad de las naciones”.
- V. “La Alianza se declara atea; quiere la abolición de los cultos, la sustitución de la ciencia a la fe y de la justicia humana a la justicia divina”.

La admisión de las secciones locales de la Alianza en el seno de la Internacional acarrió problemas de cierta importancia sobre todo el motivado por la negativa del comité central de la sección de la Internacional de Ginebra que no quiso reconocer la dualidad implícita planteada por el ingreso de la sección ginebrina de la Alianza en la Asociación.

“Después de seis meses de difícil negociación -escribe E. H. Carr-, Bakunin logró forzar la entrada, menos dramáticamente de lo que él esperaba, pero con un puñado de sus seguidores personales, en el seno de la organización central del movimiento proletario. El caballo de madera había penetrado en la ciudadela de Troya”<sup>48</sup>.

La actividad de Bakunin en aquellos meses que precedieron al Cuarto Congreso de la Internacional a celebrarse en Basilea el 6 de Septiembre de 1869 ha resultado ser una de las más proliferas de su prolifera vida. Escribía regularmente en “Egalité”, el periódico de la Federación Romanda que editaba Perron y en el órgano que James Guillaume editaba en Locle “Progrés”. Cuando Perron tuvo que dejar Ginebra por dos meses las páginas de la “Egalité” sólo daban abasto a los trabajos de Bakunin.

El Congreso de Basilea marca el punto culminante de la Internacional: “La Asociación Internacional de Trabajadores que, fundada apenas hace seis meses -señalará Bakunin- cuenta ya, en Europa solamente, con más de un millón de adherentes”, y concerniente a Francia, Edouard Dolléans señala: “En 1866, en el Congreso de Ginebra, la Internacional en Francia sólo tenía quinientos adherentes y, en 1868, apenas 2.000. Después del segundo congreso, durante el año de 1869 y los primeros meses de 1870, las diferentes secciones de la Internacional de Francia se elevaron a 245.000 miembros”<sup>49</sup>.

Había menos delegados que en Bruselas, 72 en lugar de 100, pero ello lo motivaba el hecho de que mientras los belgas habían acudido a Bruselas con 56 delegados, los suizos sólo acudían a Basilea con 24. Los franceses eran el grupo más numeroso con 25,<sup>50</sup> siendo, las delegaciones restantes de cinco delegados alemanes, cinco belgas, dos austriacos, dos españoles, dos italianos,<sup>51</sup> un norteamericano con lo que los Estados Unidos se ven representados en la A. I. T. por primera vez y seis ingleses incluidos los miembros del Consejo General.

El tema de la propiedad de la tierra, ya discutido en Bruselas el año anterior, tuvo que plantearse nuevamente por la insistencia de los proudhonianos que no quedaron conformes con las características colectivistas del dictamen belga. Nuevamente fueron vencidos pero “Los debates no consagraron solamente la derrota definitiva de los proudhonianos -dicen Sergent y Harmel-, marcaron también una derrota de los marxistas, la más seria, quizás, de cuantas habían sufrido hasta entonces”<sup>52</sup>.

<sup>48</sup> E. H. Carr: “Michael Bakunin”, pág. 347, New York, 1961.

<sup>49</sup> Edouard Dolléans, op. cit., pág. 316, Tomo I.

<sup>50</sup> “Pareciera que se hubieran dado en Basilea la cita suprema antes de los desgarros definitivos -dicen Sergent y Harmel-, la dispersión y la muerte. Dieciocho meses más tarde, Varlin debía ser uno de los jefes de la Comuna, Tolain uno de los diputados de la Asamblea de Versailles. Ambos estaban en Basilea”. “Histoire de l’Anarchie”, pág. 373.

<sup>51</sup> Bakunin era uno de los dos.

<sup>52</sup> Sergent y Harmel, op. cit., pág. 374.

Siguiendo la clasificación que Jean Maitron ha otorgado a los congresos de la Internacional, el Congreso de Basilea fue de una “Mayoría colectivista antiautoritaria contra dos minorías proudhoniana y marxista”<sup>53</sup>.

La declaración sobre la propiedad territorial, en la que sólo Tolain, Pindy, Chemalé y Fruneau votaron en contra, quedó definitivamente redactada así:

«“El Congreso declara que la sociedad tiene el *derecho* de abolir la propiedad individual de la tierra, y hacer de modo que ésta entre en la comunidad”.

“Declara, además que hay *necesidad* de hacer que la tierra sea propiedad colectiva”».

En este punto, como ha quedado demostrado, hubo una coincidencia de puntos de vista marxista y colectivista pero esta afinidad fue de efímera durada. En cuanto apareció el tema de la herencia la discrepancia surgió de nuevo entre ambas corrientes.

Eccarius, miembro del Consejo General y portavoz del pensamiento de Marx en la mayoría de los congresos, dijo que la desaparición de la herencia no podía ser el punto de partida para una transformación social sino una consecuencia natural de la apropiación colectiva de los medios de producción.

Bakunin, que se estrenaba en los congresos de la Internacional, desdobló, en el terreno filosófico, un tremendo ataque a la herencia. “... el derecho de la herencia, después de haber sido la consecuencia natural de la apropiación violenta de las riquezas naturales y sociales, pasó a ser, después, la base del Estado político y de la familia jurídica que garantizan y sancionan la propiedad individual”. Y añadía más adelante: “La transformación de la propiedad individual en propiedad colectiva chocará frente a grandes obstáculos entre el campesinado. Si después de haber proclamado la liquidación social, se intentara desposeer por decreto a estos millones de pequeños agricultores, se les arrojaría necesariamente en los brazos de la reacción, y, para someterlos a la revolución, será necesario emplear contra ellos la fuerza, es decir, la reacción. Será necesario, pues, dejarlos poseedores de hecho de estas parcelas de las que son hoy los propietarios. Pero, ¿si no derogan el derecho de herencia, qué pasará? Transmitirán estas parcelas a sus hijos con la sanción del Estado, a título de propiedad. Por el contrario, si proclaman la liquidación política y jurídica del Estado, si se aboliera el derecho de herencia, ¿qué les quedará a los campesinos? Sólo la posesión de hecho, y esta posesión privada de toda sanción legal, sin ampararse bajo toda la potencia del Estado se dejará transformar fácilmente bajo la presión de los acontecimientos revolucionarios”.

La posición de Bakunin, defendiendo la abolición de la herencia, estaba resumida en una de las dos resoluciones que se presentaron a votación:

«“*Derecho de Herencia*: Considerando que el derecho de herencia, que es un elemento esencial de la propiedad individual ha contribuido poderosamente a alienar la propiedad territorial y la riqueza social en provecho de unos pocos y en detrimento del mayor número, y que, en consecuencia, es uno de los más grandes obstáculos para la entrada de la tierra en la propiedad colectiva;”

“Considerando que el derecho de herencia, por restringida que sea su acción, impide absolutamente a la sociedad la adquisición de los medios para su desenvolvimiento moral y material, y constituye un privilegio que, aunque de más o menos importancia de hecho, no destruye por eso la iniquidad en el derecho, convirtiéndose en una amenaza constante al derecho social;”

---

<sup>53</sup> Ver nota 42.

“Considerando que el Congreso se ha pronunciado por la propiedad colectiva y que una declaración tal sería ilógica sino viniera corroborada por la que sigue;”

“El Congreso reconoce que el derecho de herencia debe ser completa y radicalmente abolido, y que esta abolición es una de las condiciones indispensables a la libertad del trabajo”».

En favor de esta resolución votaron 32 delegados, 23 votaron en contra (incluidos los libertarios proudhonianos con Tolain al frente) y 13 delegados se abstuvieron de votar.

La otra resolución, presentada por Eccarius en nombre del Consejo General, señalaba que “la ley de herencia no era la causa sino el efecto, la consecuencia jurídica de la organización económica de la sociedad actual...”. Para medio satisfacer a las delegaciones partidarias de la abolición de la herencia se transigía mediante paliativos tales como el recargo de impuestos sobre las herencias, y la limitación de las sucesiones testamentarias, pero esta moción fue ampliamente derrotada por 37 votos contra 19, con seis abstenciones y 13 ausencias. Precisamente porque las delegaciones empezaban a retirarse no se logró la mayoría necesaria y ninguna de las resoluciones fue aceptada.

Empero, quedó bien patente que Marx había sufrido una de las peores derrotas de todos los tiempos. Los temores de Marx,<sup>54</sup> exteriorizados en carta del 27 de Julio de 1869 dirigida a Engels (“Este ruso, está claro, quiere convertirse en el dictador del movimiento europeo. Que ande con cuidado porque si no será excomulgado oficialmente”) y que éste corrobora (“El gordo Bakunin está detrás de todo, esto es evidente. Si este maldito ruso piensa realmente, con sus intrigas, ponerse a la cabeza del movimiento obrero, debemos evitar que pueda hacer daño”) se confirman.<sup>55</sup> La influencia de Bakunin en el Congreso de Basilea ofuscó la del Consejo General. Marx había calculado mal sus efectivos y lo confiesa en el “Confidentielle Mittheilung” del 29 de Marzo de 1870 donde señala que el Consejo General había dispuesto la inserción en el orden del día del Congreso, del tema sobre la herencia “para poder asestar a Bakunin un golpe decisivo”. Después de los resultados, Eccarius no pudo contener una expresión que el propio Bakunin oyera: “Marx quedará muy descontento”.

Empero a pesar de esta palmaria victoria, Bakunin llevó a cabo una maniobra en el curso de las sesiones del Congreso, que la convirtieron en una victoria a lo Pirro y me refiero, concretamente al empeño que volcó para revestir al Consejo General de un máximo de poderes en aras a contrarrestar a la sección ginebrina que se oponía a la presencia de los miembros de la disuelta Alianza en el seno de la federación Romanda<sup>56</sup>.

“No era en el Consejo General sino en los relojeros de Ginebra lo que le parecía (a Bakunin) el enemigo; y éste era, en consecuencia, su objetivo, independientemente de las diferencias que pudieran haber en algunas cuestiones particulares: fortalecer la autoridad del Consejo General.

---

<sup>54</sup> G. D. H. Cole va más lejos. Llega a hablar de la “manía persecutoria” del autor de “El Capital”: “Marx, por su parte, muy irritado por lo que lo considera una locura de los anarquistas sin base en la realidad, había adquirido, cuando esta lucha llegó al máximo, una forma agravada de manía persecutoria, que le hacía ver todo el movimiento antiautoritario como una sincera conspiración dirigida contra él, actitud que Engels, en su admiración por Marx, desgraciadamente fomentaba mucho”. (Historia del Pensamiento Socialista, Tomo II, pág. 185).

<sup>55</sup> Bakunin no estaba ignorante de la opinión que Marx y Engels tenían de él. En carta a Herzen del 28 de Octubre de 1869, ya citada en la nota 13, Bakunin añadía: “Sin embargo, podría suceder, y ello en breve plazo, que llevara a cabo una lucha contra él, no por la ofensa personal, comprendase, sino por una cuestión de principio, respecto al comunismo de Estado del que él y los partidos ingleses y alemanes que dirige, son calurosos partidarios. Entonces será una lucha a muerte...”. “Correspondance de Michel Bakounine” a cargo de Michel Dragomanov, pág. 289, París, 1896.

<sup>56</sup> En carta del 23 de Enero de 1872, citada por J. Guillaume, Bakunin trata de explicar su actitud: “Había llegado al congreso de Basilea con esta impresión, que una Federación Regional, guiada por una facción intrigante y reaccionaria, podía abusar del poder, y busqué un remedio en la autoridad del Consejo General”.

La ambición de Bakunin en aquel momento era capturar el Consejo General, no destrozarlo. Las denuncias que sobre su despotismo hiciera forman parte de un período posterior de la historia”<sup>57</sup>.

Anteriormente hemos señalado que la Internacional quizás habría tenido más longevidad sin el impacto de estos mastodontes de la sociología del siglo XIX. Estas luchas intestinas en aras a lograr el dominio de la Asociación tienden a corroborar estas afirmaciones, Fribourg en su obra ya citada “L’Association Internationale des Travailleurs” pareciera coincidir en este aspecto también: “Era evidente para todos que Carlos Marx, el comunista alemán, Bakunin, el bárbaro ruso, y Blanqui, el autoritario, formaban un triunvirato omnipotente, resultando que la Internacional de los fundadores franceses estaba muerta y bien muerta”.

Las ambiciones de Bakunin según el parecer de E. H. Carr, tendían a realizarse pero Marx, antes de ceder la capitania, prefirió hundir el barco en La Haya.

Otro tema debatido y acordado en Basilea fue el de las Cajas de Resistencia, de acuerdo con el cual “Todos los trabajadores deben ocuparse actualmente en crear cajas de resistencia en los diferentes cuerpos de oficio, hasta llegar a la formación de asociaciones de dichos cuerpos. Esas federaciones serían las encargadas de reunir todos los datos interesantes a su industria respectiva, de indicar los medios a adoptar en común, de regularizar las huelgas y de trabajar activamente para salir triunfantes en ellas, mientras se labora para que el salariado sea reemplazado por la federación de productores libres”.

El Congreso también creyó conveniente abolir el cargo de presidente en todas las secciones “porque no era digno de una asociación obrera mantener en sus filas un tal principio autoritario menoscabando los principios de una organización democrática”.

## CAPÍTULO VI

### LOS AÑOS DESINTEGRANTES

Como indica Lao Tsé, “El Punto culminante señala la decadencia”. Según Edouard Dolléans el descenso de la A. I. T. lo origina la guerra: “La guerra, he aquí la causa de la caída de la Internacional” y otra causa, añade: “el conflicto, provocador de las escisiones en el seno de la Internacional, entre las ideologías que se encarnizan para hacer triunfar sus concepciones egoístas y prefieren destrozarse por sus propias manos a la Internacional antes que renunciar a la victoria de su personalidad”<sup>58</sup>.

Bakunin les echa la culpa a los alemanes “Así fue como comenzó la escisión en la Internacional cuya causa fueron y son los alemanes. Se atrevieron a proponer a una sociedad, preeminente internacional, quisieron imponerlo hasta por la fuerza, su programa estrechamente burgués, político -nacional- exclusivamente alemán, pangermánico”<sup>59</sup>.

---

<sup>57</sup> E. H. Carr, op. cit., pág. 380.

<sup>58</sup> Dolléans, op. cit., Tomo I, pág. 315.

<sup>59</sup> M. Bakunin, Obras Completas Tomo V, “Estatismo y Anarquía”, pág. 301, Buenos Aires, 1929. G. D. H. Cole tiene otra opinión: “La caída de la Comuna destruyó la Primera Internacional, ya muy debilitada por la guerra franco-prusiana”. (op. cit., pág. 156, Tomo II).

La guerra de 1870 entre Napoleón III y Bismarck fue catastrófica para los ideales internacionalistas. En Francia, previamente al conflicto, la represión napoleónica contra los internacionalistas no cesaba, desmembrando las secciones que tenían que vivir en plena clandestinidad. Los mejores internacionalistas, como Varlin, dieron su vida en la Comuna de París, unos en las barricadas y otros víctimas de la furia desencadenada por Thiers.

Marx en cambio, veía en la guerra un motivo de júbilo: “Los franceses necesitan unas azotainas. Si los prusianos salen victoriosos la centralización del poder del Estado será útil a la concentración de la clase obrera alemana. La preponderancia alemana, además, transportará al centro de gravedad del movimiento obrero europeo de Francia a Alemania; y basta comparar solamente el movimiento en ambos países desde 1866 hasta ahora, para ver que la clase obrera alemana es superior a la francesa, tanto bajo el punto de vista teórico como en el de la organización. La preponderancia, sobre el teatro del mundo, del proletariado alemán sobre el proletariado francés, sería al mismo tiempo la preponderancia de nuestra teoría sobre la de Proudhon”<sup>60</sup>.

La Comuna parisina, bien que una gesta revolucionaria de trascendencia aún no agotaba, no puede encuadrarse en este capítulo dedicado a la Internacional. Reclama uno por sí sola. Es cierto que los anarquistas proudhonianos y no proudhonianos, como Luisa Michel y Elíseo Reclus, para no citar sino los más descolantes, dieron su voz de “Presente” en el París de las barricadas pero, como dice Maitron: “Es difícil ver en sus actos la expresión de tal o cual ideología. En primer lugar su existencia fue breve y la mayor parte de las medidas que la Comuna tomó lo fueron menos en aplicación de una doctrina determinada que bajo la presión de los acontecimientos. Además sus miembros, lejos de reflejar una corriente del pensamiento determinada, pertenecían a las tendencias más diversas”<sup>61</sup>.

“Solamente los miembros de la Internacional tenían una doctrina política y social bastante bien definida -señala G. Bourgin-, bien que ellos titubeaban entre el mutualismo proudhoniano y el colectivismo marxista”<sup>62</sup>.

La internacional, en este período de belicismo franco-prusiano, buscó su eclosión en otras coordenadas. El 4 de Abril de 1870 se celebró en Chaux des Fonds el Congreso regional de la Federación de la Suiza romanda, en donde hubo una división entre colectivistas y anti-colectivistas; el 7 de Abril tiene lugar en Amberes un Congreso obrero, también, en el que asisten las asociaciones belgas y holandesas. En España, donde la obra asociacionista de Giuseppe Fanelli había encontrado la tierra más fértil para la germinación de los ideales de la Internacional, tiene lugar el Primer Congreso obrero español el 9 de Junio de 1870 en el Teatro del Circo Barcelonés. En lo que respecta a Italia, la presencia de Bakunin en aquella península marcaba también un auge internacionalista que llegaba a tener a raya el sentimiento nacionalista explotado por Mazzini<sup>63</sup>. En Francia y en Alemania, en cambio, la guerra absorbía todas las alternativas y el Quinto Congreso, que en Basilea se acordó que se celebrara en París, quedó suspendido.

---

<sup>60</sup> Carta a Engels del 20 de Julio de 1870. Engels, que en la correspondencia por lo menos, se manifiesta como un verdadero eco de Marx, escribía a su admirado camarada en fecha 31 de Julio: “Mi confianza en la fuerza militar crece cada día. Somos nosotros los que hemos ganado la primera batalla seria. Sería absurdo hacer del antibismarckismo nuestro único principio director. Bismarck, en este momento, como en 1866, trabaja para nosotros a su modo”.

<sup>61</sup> Jean Maitron, op. cit., pág. 55.

<sup>62</sup> G. Bourgin: “Histoire de la Commune”, pág. 83, París. Citado por Maitron.

<sup>63</sup> “Durante el intervalo entre el Congreso de Basilea y el de La Haya de 1872 creció mucho la Internacional de Italia. En 1870 y 1871 se produjeron disidencias en las organizaciones mazzinianas, y los grupos que se separaron, en la mayoría de los casos se adhirieron a la Asociación Internacional de Trabajadores”. G. D. H. Cole, op. cit., Tomo II, pág. 176.

Esta situación iba al unísono con los deseos de Marx: Orientó su esfuerzo -dicen Sergent y Harmel- en tres direcciones principales: primeramente en retrasar lo más imposible la reunión del quinto congreso y acrecentar de esta manera la autoridad del Consejo General; ampliar acto seguido el área de su influencia y romper la de Bakunin allí donde éste ejercía su mayor fuerza, y desprestigiar en fin, por la maledicencia hábil y la insinuación calumniosa, la persona de Bakunin y sus ideas”<sup>64</sup>.

En lugar del Congreso se llevó a cabo una Conferencia en Londres durante los días 17 al 23 de Septiembre de 1871 en la que asistió Anselmo Lorenzo y de la que regresó deprimido por el vuelo bajo de todo su desarrollo.

“De la semana empleada en aquella conferencia -dice Lorenzo- guardo triste recuerdo. El efecto causado en mi ánimo fue desastroso: esperaba yo ver grandes pensadores, heroicos defensores del trabajador, entusiastas propagadores de las nuevas ideas, precursores de aquella sociedad transformada por la Revolución en que se practicaría la justicia y se disfrutaría de la felicidad, y en su lugar hallé graves rencillas y tremendas enemistades entre los que debían estar unidos en una voluntad para alcanzar un mismo fin”.

“Puede asegurarse que toda la sustancia de aquella Conferencia se redujo a afirmar el predominio de un hombre allí presente, Carlos Marx, contra el que se supuso pretendía ejercer otro, Miguel Bakunin, ausente”.

“Lo único en carácter, lo genuinamente obrero, lo puramente emancipador tuve yo el alto honor de presentarlo a aquella Conferencia: la Memoria sobre organización formulada por la Conferencia de Valencia”.

“Ante delegados de naciones tan industriales como Inglaterra, Alemania y Bélgica, avezadas, especialmente la primera a las luchas económicas, causó gran efecto aquel engranaje de sociedades y federaciones de todos los oficios, de oficios similares y de oficio único, con sus comisiones de propaganda y correspondencia, sus estadísticas, sus congresos, sus cajas de resistencia y toda aquella vida intelectual y de acción capaz, de ser bien practicada, de efectuar, no sólo la revolución social en breve plazo, sino de organizar por su propio funcionamiento la sociedad futura. Trabajo perdido: el Consejo General y la mayoría de los delegados no estaban para eso; lo que les preocupaba sobre todo era la cuestión de jefatura...”.

“Volví a España poseído de la idea de que el ideal estaba más lejos de lo que había creído, y de que muchos de sus propagandistas eran sus enemigos”.

“... En carta particular dirigida a los amigos de Barcelona explicándoles lo de la conferencia, escribí esta frase: «Si lo que Marx ha dicho de Bakunin es cierto, éste es un infame, y sí no, lo es aquél; no hay término medio: tan graves son las censuras y acusaciones que he oído»<sup>65</sup>”.

Bakunin trató de defenderse escribiéndole a Anselmo Lorenzo pero cometió la torpeza de dejarse llevar por su odio anti-judío que produjo “un desastroso efecto” en nuestro gran tipógrafo internacionalista quien lo consigna “a pesar del respeto y de la consideración que por muchos títulos merece la memoria de Bakunin”.

La Conferencia de Londres tomó una serie de resoluciones que provocaron la *rebelión* de la Federación del Jura. Una de las resoluciones, la IX, interpretando el “mensaje inaugural de la A. I. T.” a su modo, conmina a los miembros de la Internacional a tener presente: “Que en el

---

<sup>64</sup> Sergent y Harmel, op. cit., pág. 376.

<sup>65</sup> Anselmo Lorenzo: “El Proletariado Militante”, pág. 165 y 166, México, s/d.

estado militante de la clase obrera, su movimiento económico y su acción política están indisolublemente unidos...”.

Otra de las resoluciones, la XVII, aconseja a las dos federaciones rivales de la Suiza romanda a fusionarse en el seno de la de Ginebra reconocida por el Consejo General o, en su defecto, decide que la Federación de las secciones “bakuninistas” pasará a llamarse Federación Jurasiana. Añade que “de ahora en adelante el Consejo General está obligado a denunciar y a desautorizar todos los periódicos, llamados órganos de la Internacional que, siguiendo el ejemplo del “Progrés” y la “Solidarité” discutan en sus columnas, delante del público burgués, las cuestiones que deben ser tratadas exclusivamente en el seno de los comités locales, federales y el Consejo General, o en el seno de las sesiones privadas y administrativas de los congresos, sean federales o regionales”.

Paralizadas las secciones francesas por la guerra, el estandarte de la corriente anti-autoritaria pasa en manos de los jurasianos. Estos se habían propuesto como Federación Jurasiana en el congreso de Saint Imier celebrado en octubre de 1870 pero descartaron la proposición por prematura. Cuando en Septiembre de 1871 la Conferencia de Londres quiere hacer sentir el peso del Consejo General contra los anti-autoritarios suizos, James Guillaume, en nombre de la Federación de Chaux des Fonds redacta una memoria que posteriormente pasará a ser conocida como “Memoria de la Federación Jurasiana”. Al mismo tiempo y mediante una circular remitida a las secciones el 31 de Octubre de 1871, se convoca a un congreso que tendrá lugar en Sonvillier el 12 de Noviembre.

Se trata de una manifestación libertaria en donde se aprueban unos estatutos federales en los que se limitan las funciones de los comités superiores como lo indica el Artículo Tercero: “El comité Federal no está investido de ninguna autoridad. Llevará a cabo simplemente, a función del buró de información, correspondencia y estadística...” y exige en el curso de los debates, que el Consejo General asuma esta limitación de funciones.

Las relaciones, que iban a quedar definitivamente rotas en La Haya, están prácticamente resquebrajadísimas. Frente a las acusaciones del Consejo, los suizos dicen textualmente en su Boletín del 15 de Junio de 1872: “La espada de Damocles que tanto tiempo estuviera amenazándonos acaba, finalmente, de caer sobre nuestras cabezas. No se trata, propiamente, de una espada sino el arma habitual de Marx: un montón de basura”.

## **CAPÍTULO VII**

### **LA HAYA 1872: QUINTO CONGRESO**

Con este ambiente díscolo, desintegrante, escisionista llegó el día de la apertura del Quinto Congreso de la Internacional el día 2 de Septiembre de 1872.

Allí tenían que debatirse los poderes del Consejo General, la modificación de los Estatutos de acuerdo con lo acordado en la Conferencia de Londres; el problema de la Alianza que a pesar de su disolución continuaba actuando; el lugar donde debía residir el nuevo Consejo, etc.

Los italianos, en señal de protesta no mandaron ninguna delegación, 69 delegados representando a 11 países y al Consejo General acudieron a La Haya siendo la delegación más

numerosa, aparte la del Consejo, que contaba con 21 delegados, la alemana con 10. Bélgica acudió a la cita con 9, España y Suiza con 5 cada una.

Desde el primer momento ya surgió la discusión motivada por la delegación española (Morago, Alerini, Farga y Marcelau) aliancista -Lafargue era el quinto delegado español representante de la Nueva Federación Madrileña- proponiendo una modificación en la votación para que en lugar de ser ésta por delegados fuera en base al número de afiliados. Jura propuso que fuera por federaciones pero ambas propuestas no fueron aceptadas por las delegaciones autoritarias que con 40 delegados tenían aseguradas las decisiones del Congreso.

Cuando llegó el momento de discutir los poderes del Consejo, Sorge, que pasaría a ser el próximo y último secretario de la Internacional con sede en Nueva York, dijo que había que ampliarlos porque “El Consejo General debe ser el Estado Mayor de la Internacional”. Guillaume se opuso con los argumentos ya expuestos en Sonvillier y Tomás González Morago remachó el clavo diciendo: “Será perder el tiempo acordar poderes al Consejo General habida cuenta de que no dispone de fuerza suficiente para someter a las secciones a la obediencia. La Internacional es una asociación libre nacida de la organización espontánea del proletariado y formando, por su existencia mínima, la más categórica protesta contra la autoridad. Sería absurdo esperar que los partidarios de la autonomía de las colectividades obreras abdicaran de sus sentimientos y de sus ideas para aceptar la tiranía del Consejo General. La Federación Española está por la libertad y no consentirá jamás ver en el Consejo General otra cosa que un Centro de Correspondencia y de Estadística”.

De nada valieron los argumentos de los libertarios y por el contrario, se modificaron los artículos 2º y 6º del Título II del reglamento:

«Art. 2º. – El Consejo General está obligado a cumplir las resoluciones de los Congresos y a vigilar que en cada país se apliquen estrictamente los principios, los estatutos y reglamentos de la Internacional”.

“Art. 6º. – El Consejo General tiene igualmente el derecho de suspender ramas, secciones, Consejos o comités federales y federaciones de la Internacional hasta el próximo congreso”».

La mayoría autoritaria ratificó la resolución de Londres del año anterior sobre la *Acción política de la clase obrera*:

«“En la lucha contra el poder colectivo de las clases poseedoras, el proletariado no puede obrar como clase, sino constituyéndose él mismo en partido político distinto, opuesto, a todos los antiguos partidos políticos formados por las clases poseedoras”.

“Esta constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y de su objeto supremo, la abolición de las clases”.

“La coalición de las fuerzas obreras, ya obtenida por las luchas económicas, debe servir también de palanca en manos de esta clase en la lucha contra el poder político de los explotadores. Sirviéndose siempre los señores de la tierra y del capital de sus privilegios políticos para defender y perpetuar el trabajo, la conquista del poder político viene a ser el gran deber del proletariado”».

Después de ocho años de continuas maniobras Marx lograba al fin, ver convertida a la Asociación Internacional de los Trabajadores en una herramienta para la conquista del poder. En realidad, con semejante acuerdo, totalmente incompatible con el espíritu de los que fundaron la Internacional en el Saint Martin’s Hall en 1864, lo que se hacía para asestar el golpe de gracia a lo que había sido la mayor promesa del proletariado de todos los tiempos.

A propuesta de Marx se acordó, también, por 30 votos contra 14 y 12 abstenciones, que el Congreso General pasara a Nueva York. Se trataba de evitar a todo costo, a cambio de la muerte de la Internacional inclusive y como ocurriera, que la base europea reaccionara contra el golpe sorpresivo dado en La Haya gracias a una mayoría lograda arbitrariamente por quienes sólo habían tenido que franquear el Canal de la Mancha y por los alemanes nada distantes de la ciudad holandesa, por un lado, y contando con la ausencia de las delegaciones italianas, con la imposibilidad que tenía Bakunin de alcanzar La Haya por el decreto de arresto que sobre él pesaba en Bélgica, con las devastadas secciones francesas, por el otro lado. Nunca se había visto una cosa igual; confabularse una mayoría de delegaciones para imponer un suicidio a la organización a la que deberían dar vida. Adolfo Federico Sorge se llevó a América un cadáver que él, Marx y la mayoría autoritaria reunida en La Haya habían condenado irremisiblemente.

Y ya en el plan de la devastación y la desintegración, los enterradores remataron las sesiones expulsando a Bakunin y a Guillaume. Fue un “consumatum est” en todos los órdenes.

Esta fase final trata de explicarla G. D. H. Cole quien, a pesar de su imparcialidad, no oculta sus simpatías marxistas: “En realidad existía ya una división en el grupo antiguo: La táctica de Marx y Engels, tratado de asegurar los resultados del congreso, la violencia de sus ataques contra los suizos recalcitrantes y, acaso sobre todo, los ataques sin atenuaciones de Marx contra los sindicatos obreros británicos que se habían separado de la Internacional, habían enfrentado a Jung y Eccarius y ya no estaban dispuestos a seguir las directivas de Marx. No les agradaban los blanquistas que habían entrado a formar parte del Consejo General; y no estaban dispuestos a ver dividida la Internacional por el afán de Marx de conseguir que los jefes de la oposición, incluyendo al mismo Bakunin, fueran expulsados. Marx tenía que comprender que semejante política acabaría con la Internacional: suponía expulsar a los españoles y a buena parte de los belgas, como también a la mayoría de los suizos. En contra de esto los alemanes, casi todos defensores enérgicos de la acción parlamentaria, podían ser persuadidos por primera vez para intervenir realmente; pero ¿quiénes quedaban para colaborar con ellos si ya no existía un verdadero movimiento ni en la Gran Bretaña ni en Francia. Sin embargo, Marx estaba completamente resuelto a conseguir su objetivo y, si era preciso, a destruir la Internacional antes de correr el riesgo de dejar que cayera en manos de sus adversarios”<sup>66</sup>.

Más adelante G. D. H. Cole añade: “... puede advertirse que el gran debate entre Marx y Bakunin en el Congreso de La Haya terminó, a pesar de las decisiones tomadas en La Haya mucho más en favor de Bakunin que de Marx”<sup>67</sup>.

El día 9 de Septiembre, el congreso clausuraba sus sesiones, los “vencedores” agotados del esfuerzo y con la pala sucia de tierra fresca con la que, conscientemente, habían enterrado a la Asociación. Los “vencidos” dispuestos a no reconocer las arbitrariedades de una mayoría ficticia.

---

<sup>66</sup> G. D. H. Cole, op. cit., Tomo II, pág. 191.

<sup>67</sup> Ibid, pág. 198.

## CAPÍTULO VIII

### LA INTERNACIONAL ANTIAUTORITARIA

Los anarquistas, considerándose los verdaderos seguidores de los fundadores de la Internacional, reaccionaron inmediatamente celebrando en Zurich una primera reunión y, acto seguido se desplazaron a Saint Imier donde tuvo lugar, por iniciativa de los italianos, un congreso que decidía la continuidad de la Asociación Internacional de Trabajadores que pasara a ser conocido, para la historia, como la Internacional anti-autoritaria.

Las sesiones tomaron inicio el día 15 de Septiembre y en las mismas asistieron los españoles de la minoría del Congreso de La Haya: Rafael Farga Pellicer, Carlos Alerini, Nicolás Alonso Marcelau y Tomás González Morago, 6 delegados italianos, dos delegados franceses, por la Federación Jurasiana habían dos delegados y hasta apareció una delegación representando a las secciones “3” y “22” de los Estados Unidos. Un total de quince delegados que decide por unanimidad no reconocer los acuerdos de La Haya y delibera diferentes resoluciones sobre un “pacto de amistad, de solidaridad y de defensa mutua entre las federaciones libres”, (segunda resolución), sobre “La naturaleza de la Acción política del Proletariado” (tercera resolución) y sobre la “Organización de la Resistencia del Trabajo”. (Cuarta resolución).

En la Tercera Resolución, Saint Imier fija su condición anti-política y anti-autoritaria en los tres puntos que siguen a los considerandos:

- 1º “Que la destrucción de todo poder político es el primer deber del proletariado”.
- 2º “Que toda organización de un poder político pretendido provisional y revolucionario para traer esta destrucción no puede ser más que un engaño y sería tan peligroso para el proletariado como todos los gobiernos que existen hoy;”
- 3º “Que, rechazando todo compromiso para llegar a la realización de la Revolución Social, los proletariados de todos los países deben establecer fuera de toda política burguesa, la solidaridad de la acción revolucionaria”.

En estos puntos “se observa en su redacción muchas expresiones -dice Guillaume- donde se reconoce la mano de Bakunin”.

Y Marx y Nettlau irá más lejos todavía: “Una de las más notables expresiones del pensamiento de Bakunin, fue la resolución *Naturaleza de la Acción Política del proletariado* del Congreso de Saint Imier”<sup>68</sup>.

Las cosas, llegadas a este punto y debidamente analizadas, demuestran que la organización que franceses e ingleses crearon en 1864 en Londres la cual debería ser para lograr la entente de las masas obreras, había terminado. En su lugar surge, por un lado, un Consejo General sin base, distanciado a más de 6.000 kilómetros de su verdadero campo de acción, y, por el otro, una Internacional diferente en el sentido que es más revolucionaria que obrerista, más social que económica, más específica que clasista.

La primera pasa a ser un fantasma hasta su muerte oficial que tiene lugar en la Conferencia de Filadelfia en el mes de Julio de 1876 en la que se acuerda “suspender por tiempo indeterminado

---

<sup>68</sup> Max Nettlau: “La Anarquía a Través de los Tiempos”, pág. 155, Barcelona, 1935.

la Asociación Internacional de Trabajadores”. Previamente, tanto Marx como Engels ya la habían condenado. En una carta de Engels a Sorge, con motivo de la dimisión de éste del cargo de Secretario, le dice al primero: “Con su dimisión la *vieja* Internacional queda definitivamente herida de muerte y ha llegado a su fin. Y esto está bien. Pertenecía al período del Segundo Imperio...” (Londres 12 de Septiembre de 1874).

La experiencia resultó demasiado amarga para ambos a pesar de su victoria a lo Pirro. En 1881, el 22 de Enero exactamente, Marx le escribía a Domela Nieuwenhuis que “estoy convencido que el momento de la oportunidad crítica para una nueva Asociación Internacional de Trabajadores no ha llegado todavía y por esta razón considero todos los congresos obreros, particularmente los congresos socialistas, en todo aquello que no esté relacionado con las condiciones inmediatas dadas en una u otra determinada nación, no solamente inútiles sino hasta peligrosos”.

La otra Internacional, la revolucionaria, que recibiera una especie de ultimátum desde Nueva York con fecha 8 de Noviembre de 1872, emanado de Sorge al que no se doblegó, desembarazada del lastre anterior del Consejo General londinense, del espíritu reformista alemán y de la pequeña fracción autoritaria ginebrina, tomó anchos vuelos en sus objetivos y deliberaciones bien que, como ya hemos señalado, el punto de mira ya no encaraba definitivamente el horizonte de Saint Martin’s Hall de Londres.<sup>69</sup>

La bandera de la rebelión izada en Saint Imier tiene resultados inmediatos. El 25 y el 26 de Septiembre se reúne en Bruselas la Federación Belga en Congreso y acuerda desconocer las decisiones de La Haya. Entre los días 25 de Diciembre de 1872 y 2 de Enero de 1873, el III Congreso de la Federación Española reunido en Córdoba acuerda sumarse a los acuerdos de Saint Imier. La Federación Nacional Inglesa, reunida en Congreso el 23 de Enero de 1873 acuerda: “1º. El Congreso de La Haya estaba constituido de una manera irregular. Su mayoría era artificial. Por lo tanto la Federación Nacional de Gran Bretaña declara sin valor las resoluciones de La Haya como asimismo al susodicho Consejo General de Nueva York”.

Esta última resolución entraña una particular importancia porque proviene de una Federación que había siempre apoyado a Marx o por lo menos le había permitido siempre hablar en su nombre.

En Febrero de 1873 la Federación Neerlandesa, que hasta aquel momento no había emitido su opinión, declaraba no reconocer las medidas de suspensión “decretadas” por el Consejo General. Poco después, 150 secciones reunidas en el Congreso de Bolonia desconocían los acuerdos de La Haya y al nuevo Consejo General.<sup>70</sup>

---

<sup>69</sup> “Si el Boletín de la Federación Jurasiana nos señala la creación de nuevas secciones, estas secciones no son agrupaciones obreras, sino grupos puramente revolucionarios. Los hombres que participan en ellos son de temperamentos tan opuestos que formarán, algunos años más tarde, movimientos antagónicos; el guesdismo y el anarquismo”. Edouard Dolléans: “Historie du Mouvement Ouvrier”, Tomo II, pág. 14, París, 1957.

<sup>70</sup> James Guillaume, en nota que aparece en la pág. 347 de “Oeuvres” de Bakunin, Tomo IV, especifica: “Las resoluciones votadas en La Haya por una mayoría ficticia fueron desaprobadas por *todas* las federaciones regionales que componían la Internacional, a saber: 1. Por la Federación Jurasiana en su Congreso de Saint Imier (15-16 de Septiembre de 1872); 2. Por todas las secciones francesas que pudieron, a pesar de la Ley Dufaure, reunirse y deliberar, entre otros, por un congreso de 23 delegados de secciones francesas (Octubre de 1872); 3. Por la Federación italiana (carta de su Comisión de correspondencia, Diciembre de 1872), la cual desde el mes de Agosto de 1872, en su primer Congreso de Rimini, había roto con el Consejo General; 4. Por la Federación Belga, en su Congreso de Bruselas (25-26 de Diciembre de 1872); 5. Por la Federación española, en su Congreso de Córdoba (25-30 de Diciembre de 1872); 6. Por la Federación americana (resolución del Consejo Federal de Spring Street, Nueva York, 19 de Enero de 1873); 7. Por la Federación inglesa en su Congreso de Londres (26 de Enero de 1873); 8. Por la Federación holandesa (resultado del voto de las secciones comunicado por el Consejo federal holandés el 14 de

La fortaleza de uno y otro grupo, empero, iba a ser puesta en evidencia en el mes de Septiembre de 1873. Los “anti-autoritarios” habían convocado el “VI Congreso de la Asociación de Trabajadores” para los días 1º al 6 de inclusive en Ginebra, mientras que el Consejo General de Nueva York procedía a convocar, para los días 8 al 18 inclusive, el “VI Congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores” también.

El segundo tuvo lugar. Empleando el mismo vocablo utilizado por Marx en carta dirigida a Sorge, del 27 de Septiembre, aquello fue un “fiasco”. “En mi opinión -añadirá Marx- en las condiciones actuales en que Europa se desenvuelve, sería muy útil hacer pasar en último término, por el momento, la organización formal de la Internacional...”.

En el VI Congreso anti-autoritario -que algunos califican de VII al interponer el de Saint Imier como Sexto, acudieron 23 delegados representando a España, Holanda, Inglaterra,<sup>71</sup> Bélgica, Suiza, Francia e Italia. Los lasallistas que andaban a las greñas con Marx enviaron, inclusive, un saludo a los congresantes.

El orden del día decía:

- 1º Conclusión definitiva del pacto de defensa mutua entre las federaciones libres de la Internacional y revisión de los estatutos generales.
- 2º De la Huelga General.
- 3º Organización general de los Sindicatos.

Previamente se tomó el acuerdo de que cada una de las siete federaciones representadas tendría un voto con lo que se saneaba la arbitrariedad registrada en los congresos anteriores y muy especialmente en La Haya.

A fin de evitar el carácter vitalicio de un organismo central se acordó: “El Congreso encargará cada año a una Federación Nacional para organizar el próximo Congreso. La Federación correspondiente servirá al mismo tiempo de oficina federativa de la Internacional. Esta oficina puede servir también de elemento mediador para cuestiones de huelga, estadísticas y correspondencia general”.

Este acuerdo fue precedido de un debate en el que el delegado inglés. Hales aludió a la ANARQUÍA en estos términos: “Anarquía significa desconexión, individualismo, que es justamente lo que combate la Internacional. No debe confundirse la necesidad de anular la autoridad con la anulación de una organización”. En nombre de la delegación española le contestó García Viñas: “Anarquía significa negación de la autoridad política y también organización del orden económico de las cosas”. Paul Brousse añadió: “Anarquía no significa desorden sino supresión de todo gobierno y su sustitución por contratos mutuos entre los hombres”.

Cuando se pasó a discutir la cuestión de los estatutos salió a relucir de nuevo lo que fuera tema de discordia en los primeros congresos: la presencia de los intelectuales en el seno de la Internacional. Finalmente se acordó no excluirlos pero los mismos no deberían ingresar en los sindicatos. El voto también fue motivo de discusión y su aceptación fue finalmente limitada en aquello que no afectara a los principios y se añadía que las resoluciones de los Congresos sólo eran obligatorias por parte de los que las habían aceptado.

---

Febrero de 1873). No había secciones de la Internacional en Alemania, la legislación se oponía; la Internacional sólo podía contar con adherentes individuales, directamente afiliados a través del Consejo General”.

<sup>71</sup> Eccarius, ya distanciado de Marx, y Hales.

Los nuevos estatutos, pues, presentaban ciertas modificaciones frente a los aprobados en Ginebra también en 1866. Constaban de 11 artículos en los que, aparte los puntos acordados que más arriba se citan se eliminó la trampa del “as a means” de antaño guardado, en su conjunto, el espíritu del texto francés de 1866.

El punto sobre la huelga general puso de manifiesto que los anti-autoritarios no tenían idénticos puntos de vista sobre la huelga. Para muchos la huelga general equivalía a la revolución social mientras que las huelgas parciales no eran suficientes. Otros, como el inglés Hales ya mencionado con motivo de sus vituperios a la ANARQUÍA, señalaba que la huelga general era un error porque esto implica que los obreros estén organizados en todas partes mancomunadamente y, en este caso, bastaría solamente este hecho para llevar a cabo la revolución.

Finalmente se aprobó la siguiente resolución:

“El Congreso considerando que en el estado actual de organización de la Internacional no puede darse una solución completa a la cuestión de la huelga general, recomienda encarecidamente a los trabajadores la organización internacional de las uniones de oficio, así como una activa propaganda socialista”.

Otra de las resoluciones adoptadas sobre “Declaración de unión y solidaridad entre los obreros del mundo”, decía así:

“El Congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores cree de su deber declarar que esta asociación quiere practicar con todos los trabajadores del mundo, sea cual sea la organización que se den, la solidaridad en la lucha contra el capital, para realizar la emancipación del trabajo”.

El Congreso clausuró sus sesiones designándose a Bruselas como localidad para el VII Congreso.

El éxito relativo del congreso antiautoritario puso de manifiesto el fracaso del Congreso de los marxistas que abrió sus sesiones el día siete en la misma ciudad de Ginebra.

Parecería que Bakunin hubiera esperado esto para pedir su jubilación y así, en base a dos enfoques diferentes, vemos a los dos gigantes, Marx y Bakunin, lavarse las manos cada uno a su modo, frente a un cuerpo zarandeado, maltratado, utilizado para encumbramientos personales que termina dividido, desperdigado y desintegrado por las excomuniones de La Haya, abandonado de sus dos personalidades más descollantes.

Marx, maniobra en La Haya para matar a la Internacional a fin de evitar que ésta quede en manos de los bakuninistas. Estos reaccionan inmediatamente alrededor del propio Bakunin quien en Zurich lleva a cabo un verdadero canto del cisne al preparar casi todos los materiales que iban a ser aprobados en Saint Imier y corroborados en Ginebra.<sup>72</sup> De esta manera, la maniobra excomulgadora de Marx queda contrarrestada por la innegable mayoría de delegados, demostrada por el Congreso de Ginebra de 1873 de los anti-autoritarios, frente al que en la misma ciudad y en el mismo mes celebran los partidarios del Estado.

---

<sup>72</sup> “Las resoluciones votadas en el Congreso de Saint Imier habían sido naturalmente elaboradas y discutidas por anticipado en Zurich el día 13 -señala Guillaume-; se observan en su redacción muchas expresiones donde se reconoce la mano de Bakunin”.

Bakunin ha logrado la victoria final convirtiendo la escena de La Haya en un acto sorpresivo de ataque en despoblado. Era el momento de consolidar la victoria y de volcarse enteramente, ya que el camino hacia quedado desbrozado de los obstáculos autoritarios, a la fase constructiva.

No fue así y Bakunin, sorpresivamente, se dirige por carta a los internacionalistas del Jura presentándoles la dimisión.

“Queridos compañeros: -empieza diciendo- No puedo abandonar la vida pública sin dirigirles unas últimas palabras de gratitud y de simpatía...”.

“Los Congresos celebrados ahora en Ginebra han sido prueba decisiva y triunfal de la rectitud y de la fuerza de su causa”.

“La victoria de la libertad y de la Internacional contra la intriga autoritaria. Ayer, cuando aún parecía incierta la victoria -en lo que me concierne nunca dudé de ella- nadie hubiera tenido motivo para abandonar sus filas. Hoy es un hecho. Y cada cual goza de libertad para instalarse según su gusto personal”.

“De este derecho hago yo uso. Les ruego aceptar mi dimisión como miembro de la Federación del Jura y de la Internacional”.

El gigante estaba agotado, no podía más. “Estaba en descomposición” dirá Malatesta<sup>73</sup>. Llega a aconsejar a Guillaume para que se retire también: “Me invitaba a imitarlo -dice Guillaume-, a “hacer las paces con la burguesía” y a tratar de lograr de nuevo un puesto en la enseñanza pública. Es inútil, decía, de querer obstinarse en conseguir lo imposible: hay que abrir los ojos a la realidad y reconocer que, por el momento, las masas populares no quieren saber nada del socialismo”.

A Reclus le dice lo mismo: “Me he dado cuenta, cada día de nuevo, que el pensamiento, la esperanza y la pasión revolucionarias no se encuentra absolutamente en las masas”<sup>74</sup>.

Bakunin tardará dos años en extinguirse en Berna pero para la revolución ya había dado todo cuanto pudo. Los internacionalistas libertarios emprendieron el camino solos con éxitos destacados en varias de sus secciones, especialmente en el Jura, en Italia y España.

En esta última tuvo lugar, el 2 de Enero de 1874, el golpe de Estado que tenía que acabar con la Primera República y los internacionalistas tuvieron que celebrar su Congreso anual clandestinamente en Madrid del 25 de Junio del mismo año. A pesar de las circunstancias adversas, al Congreso asistieron delegados de 47 federaciones locales y allí se comprobó que la Federación Regional Española controlaba 320 Federaciones Locales formando un total de 532 secciones que controlaban alrededor de 70.000 afiliados.

En lo que a Italia respecta cedemos la palabra a Malatesta que dice: “Después de 1872, y precisamente después de la Conferencia de Rimini (Agosto de 1872) y el Congreso Internacional de Saint Imier (Septiembre de 1872), que fueron como la conclusión de todo trabajo preparatorio, la Internacional que se desarrolló en Italia cuando en otras partes estaba moribunda, llevó a cabo durante varios años una vida intensa y tormentosa. Se hizo mucha propaganda ideológica, se constituyeron numerosos grupos (“Secciones” como se decía entonces) y federaciones; tuvieron lugar en varios congresos nacionales y provinciales; se llevaron a cabo varios intentos insurreccionales seguidos de procesos célebres que

---

<sup>73</sup> Citada por J. Guillaume.

<sup>74</sup> Citada por Max Nettlau en su obra poligrafiada y no editada todavía: “Michael Bakunin, Eine Biographie”, pág. 822.

conquistaban para los internacionalistas las simpatías del público. Nacieron y murieron numerosos periódicos...<sup>75</sup>.

En el Jura “el movimiento iba creciendo. Los abonados al periódico aumentaban. Las secciones de la Internacional se desarrollaban e igualmente su influencia en el movimiento obrero. Su actividad real en el terreno de la lucha sindical, en el cooperativismo y en el apoyo mutuo, y su influjo en la psicología de los relojeros hacia progresos notables. Y era esta actividad en los pequeños trabajos del día lo que consolidaba también a los del Jura recuperándoles en su fe por una próxima revolución social”<sup>76</sup>.

Sumidos en el desespero Marx y Engels no vieron otra arma de ataque posible que la calumnia y por parte de Lafargue se llegó, inclusive, a denunciar a la policía española a los internacionalistas.

A la publicación de lo que llevaba por título “L’Alliance de la Democratie Socialiste et l’Association Internationale des Travailleurs” que sirviera de base para justificar la expulsión de Bakunin y Guillaume en La Haya, trabajo debido a las plumas de Engels y Lafargue y “la intervención de Marx, en la redacción de algunas páginas finales” según Franz Mehring, hay que añadir el informe que sobre España hiciera Engels (31 de Octubre de 1872). Sigue luego el trabajo titulado “Los Bakuninistas en acción” que apareciera primeramente en el “*der Volksstaat*” de Octubre y Noviembre de 1873 y en donde hay una interpretación subjetiva en grado sumo de los sucesos alcoyanos acaecidos aquel verano. Como botón de muestra de la predisposición engeliana, bastaría leer el párrafo final de la “Advertencia Preliminar”: “De esta ignominiosa insurrección, lo único que nos interesa son las enseñanzas todavía más ignominiosas de los anarquistas bakuninianos; únicas que relatamos aquí con cierto detalle, para prevenir con este ejemplo al mundo contemporáneo”<sup>77</sup>.

Estos son nuevos capítulos de lodo a añadir en la trayectoria de los que abrazan la máxima de “El fin justifica los medios”. Anteriormente y mediante el informe “Utin”, que fuera uno de los motivos que amargaron el viaje de Anselmo Lorenzo a Londres, y en trabajos literarios en que andaba involucrado el nombre de George Sand inclusive, se trató de acusar a Bakunin de agente del Zar. En otra ocasión, y debido a la maligna influencia que Nechaiev ejerciera sobre Bakunin<sup>78</sup>, los ataques de Marx ya se habían exteriorizado muy exacerbadamente.

De este capítulo de bajezas hemos tenido ocasión de ocuparnos anteriormente al tratar sobre el pensamiento de Bakunin. Es la parte más lamentable y la que más empaña el choque de dos personalidades que descollaron enormemente en el siglo pasado en el campo de la sociología moderna y a las que el mundo actual, para bien o para mal, les es deudor. Cabe, empero, señalar que Bakunin supo moderarse más y muy repetidamente puso de relieve algunas cualidades de Marx bien que desbordó su vaso repetidas veces.<sup>79</sup> Marx, en cambio, y salvo la

---

<sup>75</sup> Errico Malatesta en el Prefacio del libro de Max Nettlau “Bakunin e L’Internazionale in Italia”, pág. XV y XVI, Ginebra 1928.

<sup>76</sup> Fritz Brupbacher: “Marx y Bakunin”, pág. 128, Toulouse, s/d.

<sup>77</sup> C. Marx y F. Engels: “La Revolución Española”, pág. 196, Moscú, s/d.

<sup>78</sup> Está por dilucidar la verdadera paternidad del “Catecismo Revolucionario” que firmara Nechaiev. El “Catecismo” según Carr, es un típico espécimen de una de las formas favoritas de composición de Bakunin. Inclusive con la firma de Nechaiev, el panfleto lleva marcas de la mano de Bakunin. Porque hay acotaciones originales en alemán del reclamo favorito hegeliano de la juventud de Bakunin, “lo que es racional es real, lo que es real es racional”; y es más dudoso de que Nechaiev haya estudiado a Hegel o comprendiera el alemán”.

<sup>79</sup> “El señor Marx es judío de origen. Reúne en sí todas las cualidades y todos los defectos de esa raza capaz. Nervioso hasta la poltronería, según algunos es excesivamente ambicioso y vanidoso, pendenciero, intolerante y absoluto como Jehová, el dios de sus antepasados y, como él, vindicativo hasta la demencia. No hay mentira ni calumnia que no sea capaz de inventar y de difundir contra el que ha tenido la desgracia de suscitar en él la envidia o,

efímera entrevista que tuvieron en 1864 en Londres en la que Bakunin le pareció el mejor de los mortales, casi<sup>80</sup>, fue siempre implacable en su odio contra Bakunin.

Después de los dos Congresos gemelos ginebrinos de 1874, los gigantes desaparecen de la escena y desaparece definitivamente, también la Internacional autoritaria bien que su disolución oficial sólo tendrá lugar en Filadelfia en 1876.

Los libertarios, por el contrario, siguen empeñados en animar a “su” Internacional y ésta celebra su VII Congreso en Bruselas del 7 al 13 de Septiembre de 1874 al que asisten dieciséis delegados representando a Alemania<sup>81</sup>, España, Bélgica, Italia, Francia, Inglaterra y Suiza.

El Orden del Día constaba de cuatro puntos:

- 1º “¿Por quién y cómo serán hechos los servicios Públicos en la nueva organización social?”
- 2º “De la acción política de la clase obrera”.
- 3º “¿Procede que el Congreso universal dirija un manifiesto a todos los trabajadores y asociaciones obreras para explicarles el carácter de las luchas que han tenido lugar y las bases fundamentales en que reposa la organización de nuestra Asociación?”
- 4º “¿Procede escoger una lengua universal para el intercambio de correspondencia entre las federaciones regionales?”

“La presencia de los lassallistas en el seno de la delegación alemana y la de Eccarius que, como Jung y otros del Consejo General de Londres, desautorizaron las decisiones artificiales de La Haya y se separaron de Marx, planteó de nuevo la presencia de la corriente estatal en el seno de la Internacional. El propio César de Paepe que tan promisoriamente se proyectó en los primeros congresos de la década anterior como un proudhoniano puro, apareció en Bruselas, esta vez, con una inclinación estatal que se puso de manifiesto en la discusión del primero de los puntos en el que sometió un plan que, a pesar de tener muchas salpicaduras proudhonianas manifestaba una inclinación hacia el Estado como en un pasaje en el que dice que “su misión - la del Estado- es educar a los miembros más jóvenes de la población y centralizar todas aquellas actividades públicas que puedan ser llevadas a cabo mejor por el Estado que por la Comuna”. Más adelante llega inclusive a señalar: “Esto nos lleva a preguntar si, caso de que el agrupamiento de los obreros en la industria esté lo suficientemente avanzado, las circunstancias no conducirían, al proletariado, en las grandes ciudades, a establecer una dictadura colectiva sobre el resto de la población...”.

El plan de Paepe, ambicioso al extremo que hablaba de la “irrigación del desierto del Sahara”, provocó la oposición del Jura y hasta de otros delegados belgas. Por su parte Farga Pellicer, en nombre de la Federación Española, señaló que “los internacionalistas españoles, después de mucho tiempo y en general, se han pronunciado por la ANARQUÍA, de suerte que serán opuestos a toda organización de los servicios públicos que tienda a la reconstitución del Estado”.

---

lo que viene a ser lo mismo, el odio...”. Bakunin: “Obras Completas”, Tomo V (Estatismo y Anarquía), pág. 241, Buenos Aires, 1929.

<sup>80</sup> Ver nota 14.

<sup>81</sup> Los partidarios de Lasalle que se habían limitado a mandar un mensaje en el Congreso anterior de Ginebra deciden, esta vez, mandar una delegación directa.

De Paepe, por su parte, insistió sobre el hecho de que el cisma de La Haya no había silenciado el dilema que desde un principio se había planteado en el seno de la Internacional, el de la sociedad autoritaria y el de la sociedad libertaria.

No podía llegarse a un acuerdo completo al respecto y la cuestión quedó pospuesta para el próximo congreso.

Sobre el Segundo punto la discrepancia fue menor y ésta fue a cargo de Eccarius y los lassallistas alemanes empeñados en que los trabajadores tuvieran ingerencia en las actividades parlamentarias. Farga Pellicer fue tajante al respecto: “La situación ha venido a ser de tal manera revolucionaria en España que la expresión “acción política” ni siquiera es posible”.

Finalmente se acordó: “sobre la cuestión de saber en qué medida la acción política de la clase obrera puede ser necesaria o útil al advenimiento de la revolución social, el Congreso declara que corresponde a cada federación y al partido democrático socialista de cada país el determinar la línea de conducta que ellos piensan seguir”.

En el Tercer punto fue aprobado un manifiesto en los términos que la pregunta reclamaba y en el que Farga Pellicer incorporó una resolución antirreligiosa.

En cuanto al último punto de acuerdo también se mostró favorable, como cabe al internacionalismo, a la sugerencia de la lengua internacional.

Se acordó, finalmente, que el próximo congreso tendría lugar en Barcelona en 1875, lo que no pudo realizarse debido a la situación española por lo que el VIII Congreso sólo tuvo lugar en Berna del 26 al 29 de Octubre de 1876.

En Bruselas se llegó, en realidad a un punto muerto, tanto porque de nuevo se plantearon discrepancias en el seno de la Asociación como por el hecho de que la situación internacional había adquirido nuevos matices. Los propios italianos, a pesar de que tenían un delegado representándoles -que posteriormente Carlos Cafiero trató de charlatán- mandaron un mensaje en el que decían que “La época de los congresos, para nosotros, ha terminado...” en donde se perfilaba una similitud de apreciaciones con las del Bakunin dimisionario.

“Marx -dirá Fritz Brupbacher- había acelerado la destrucción de la Internacional, pero los antiautoritarios tampoco pudieron prolongar su vida por mucho tiempo”.<sup>82</sup>

G. D. H. Cole estima que “la explicación de esta decadencia ha de hallarse en las condiciones económicas. A mediados de la década de 1870 por todas partes se produjo un retroceso pronunciado en la gran actividad económica de los años anteriores. Se había iniciado el largo período de precios bajos que duró casi hasta el final del siglo: hubo una depresión aguda en la agricultura de muchos de los países más viejos, que fue causa de una depresión industrial y desempleo. Los sindicatos obreros que se habían mantenido en la ofensiva desde finales de la década de 1860 hasta aproximadamente el año 1874, se vieron reducidos a actitudes de defensa, en donde pudieron subsistir”<sup>83</sup>.

En estas condiciones “defensivas”, para emplear la expresión de Cole, fue que tuvo lugar el VIII Congreso en Berna a los tres meses de haber muerto, en la misma ciudad, Miguel Bakunin.

En el intervalo habían tenido lugar el Congreso de Gotha en el que se proclamó la unidad del socialismo alemán. Guillaume, en nombre del Jura, mandó un mensaje de felicitación al que

---

<sup>82</sup> Fritz Brupbacher, op. cit., pág. 131.

<sup>83</sup> G. D. H. Cole, op. cit., pág. 201, Tomo II.

contestó Liebknecht manifestando el contento de los congresados. “La discordia en las propias filas del proletariado -añadía- es sin duda alguna el único enemigo peligroso. Y debemos hacer todo lo posible para poner fin a las viejas querellas”. El congreso de Gotha tuvo lugar entre los días 22 y 27 de Mayo de 1875.

En Julio de 1876 se decidía, en Filadelfia, la segunda defunción de la Internacional. De allí se redactó un manifiesto que empezaba así:

“¡La Internacional ha muerto! va a exclamar de nuevo la burguesía de todos los países y mostrará con ironía y alegría las sesiones de este congreso como la prueba de la derrota del movimiento obrero mundial”.

-----

Veintisiete delegados participaron al Congreso de Berna. Los países representados, aparte Inglaterra, eran los mismos que acudieron a Bruselas dos años antes. En nombre del flamante “Partido Socialista Obrero Alemán” acudió el diputado Vahteich y, por parte de Italia, que había reconsiderado su mensaje de Bruselas, la delegación la integran Errico Malatesta y Carlos Cafiero, entre otros.

El Temario abarcaba seis puntos:

- 1º Establecimiento de una cotización federal como nuevo artículo a los estatutos generales.
- 2º Solidaridad en la acción revolucionaria.
- 3º Pacto de solidaridad entre las diferentes organización socialistas.
- 4º Convocatoria a un Congreso general socialista para 1877.
- 5º Relaciones entre individuos y grupos en la nueva sociedad.
- 6º Posición de la Internacional ante la guerra de Oriente.

Se dio prioridad a los informes de las secciones que sirvió para conocer la situación de cada una de las federaciones. La represión en Italia, por ejemplo, obligó a que la Internacional pasara a ser una organización clandestina, hasta que terminó el proceso de Bolonia en Julio de 1876. Aquel proceso y otros fueron convertidos por los internacionalistas italianos en verdaderas tribunas de propaganda ácrata.

Sobre España los informantes señalaron que los albañiles barceloneses habían logrado la jornada de 7 horas pero que el sostenimiento de las huelgas ocasionaba un enorme desgaste a las cajas de resistencia. “Si las sumas invertidas para ayudar a los huelguistas se dedicaran a la organización revolucionaria habríamos avanzado mucho”. También señalaron la experiencia negativa de las cooperativas “que habían servido para la formación de nuevos burgueses” por lo que se había decidido su disolución.<sup>84</sup>

En Bélgica el movimiento obrerista sufría una involución hacía el campo estatal abandonando, poco a poco, la gran influencia proudhoniana que había existido en aquellas coordenadas. El

---

<sup>84</sup> “El sistema de cooperación, tan altamente preconizado por algunos socialistas, ha producido funestos resultados en particular para la Federación de toneleros. Los talleres cooperativos han dotado a esta federación de una docena de nuevos burgueses y le han ocasionado una pérdida de 25 a 30.000 pesetas. En presencia de este fracaso, el V Congreso de la Unión de Toneleros ha resuelto, casi por unanimidad, la disolución de los talleres cooperativos”. “La cooperación de consumo ha producido regulares resultados, y ha facilitado un medio cómodo que permite reunir públicamente un número considerable de obreros”. (Citado por Palmiro Marbá, op. cit., pág. 517 y 518).

movimiento holandés sufría un fenómeno similar. Ambas informaciones provenían del único delegado que representaba a Holanda y a Bélgica César de Paepe, quien aseguraba que la influencia más poderosa en aquellos momentos la ejercía la social democracia.

James Guillaume, que a lo largo de toda la historia de la Internacional ha sido reflejado sus condiciones aglutinadoras y asociacionistas, señaló la inmutabilidad de apreciaciones existentes en el Jura.

Referente a Francia se supo que del 2 al 10 de Octubre había habido un congreso obrero en París pero que el mismo no mantenía ninguna trabazón con la Internacional:

“Su presidente, Chabert, -dice Dolléans- toma el compromiso, en la sesión inaugural, que el Congreso se mantendrá dentro del terreno puramente obrero, económico y cooperativo. El Congreso reivindica para las obreras la jornada de 8 horas, la supresión del trabajo nocturno en las fábricas y la igualdad de salario. El Congreso reclama también la organización de la jubilación para los viejos, pero con la ayuda de las cámaras sindicales y sin la intervención del Estado. La reivindicación más osada es la educación nacional, profesional y gratuita en todos los grados. Empero, el Congreso de París demuestra ya una tendencia que se desarrollará al decorrer de los años: adopta por unanimidad el principio de la candidatura obrera”<sup>85</sup>.

Mientras los franceses refugiados en Londres atacan este Congreso de París, el Boletín de la Federación Jurasiana señala que “el solo hecho de haberse reunido los obreros en París en Congreso era una buena cosa”.

La total atención del Congreso de Berna se concentró en el punto 4<sup>o</sup>, sobre el cual la delegación belga, que fuera quien propuso su inserción en el Orden del Día, traía un mandato dirigido a lograr la convocatoria de un Congreso socialista para 1877 “al cual se admitirán los delegados de las diversas organizaciones socialistas, sean éstas ramas de la Internacional o existan fuera de esa asociación”.

Guillaume, sin oponerse a la celebración del comicio propuesto por los belgas decía que “el Congreso propuesto no puede tener por propósito crear una nueva Internacional. Ha sido planteada en ciertos periódicos la reconstitución de la Internacional, pero la Internacional no tiene necesidad de ser reconstituida porque ella existe...”. Empero, y en aras a la receptividad y a la contemporización hizo una proposición, que finalmente fue aprobada, que decía:

«El Congreso de Berna propone a las Federaciones regionales que establezcan para el proyecto del Congreso universal de los socialistas que se celebraría en 1877 las siguientes bases:»

“Las diversas federaciones regionales se harán representar en ese Congreso como Federaciones pertenecientes a la Internacional. Ellas pedirán la inscripción en el Orden del Día de ese Congreso de las siguientes cuestiones:”

- 1<sup>o</sup> Pacto de solidaridad que se concluirá entre las diversas organizaciones obreras socialistas.
- 2<sup>o</sup> De la organización de las ramas de oficio.
- 3<sup>o</sup> De la actitud del proletariado con respecto a los diferentes partidos políticos.
- 4<sup>o</sup> De las tendencias de la producción moderna al punto de vista de la propiedad.

---

<sup>85</sup> Edouard Dolléans, op. cit., Tomo II, pág. 19.

“Si se vota sobre las cuestiones de principio, ese voto tendrá sólo un carácter de estadística de las opiniones y no será considerado como una opinión oficial del Congreso sobre esas cuestiones”».

Las delegaciones italiana y española se abstuvieron de votar pidieron que constara en acta la declaración siguiente:

“Para nosotros la Internacional es la única organización existente que representa verdaderamente el socialismo popular; por consiguiente, creemos que nuestra asociación debe estar representada en el Congreso socialista no para deshacerse en una organización nueva, sino sólo para defender sus principios y sus medios de acción y buscar atraer hacia ella a las organizaciones obreras que todavía no han ingresado en sus filas”.

Algunos de los otros puntos no fueron discutidos. Sobre la cuestión de la Guerra en Oriente se acordó redactar un “Manifiesto dirigido a los Trabajadores de Europa”.

Sobre el Segundo punto concerniente a la Solidaridad en la Acción Revolucionaria se acordó:

“Considerando que el respeto recíproco con relación a los medios empleados en los diferentes países por los socialistas para llegar a la emancipación del proletariado es un deber que se impone a todos y que todos aceptan, el Congreso declara que los obreros de cada país son los mejores jueces de los medios más convenientes que tienen que emplear para hacer la propaganda socialista. La Internacional simpatiza con estos obreros, en todos los casos, siempre que no tengan relación con los partidos burgueses, cualesquiera que éstos sean”.

Los demás puntos, como ya queda señalado, quedaron pospuestos para el próximo Congreso, que tenía que ser el último.

La transición y el deslinde que iba a situar a los latinos dentro de los principios libertarios internacionalistas, por un lado, y a los belgas, holandeses y alemanes en el campo de la colaboración con el Estado, por otro lado, estaba tomando forma.

Entre el Congreso de Berna y el que iban a celebrar los internacionalistas en Verviers, en la Bélgica walona en los días 6, 7 y 8 de Septiembre de 1877, el Noveno y último de la Internacional clásica, ocurrieron unos hechos en Italia que trataron de demostrar la consecuencia de los internacionalistas italianos entre su mensaje al Congreso de Bruselas en 1874: “La época de los congresos ha terminado para nosotros”, y sus actos. Malatesta, Cafiero, Ceccarelli y otros internacionalistas italianos trataron de llevar a cabo “la propaganda por el hecho” adueñándose de varias localidades del Matese, zona montañosa al norte de Nápoles, y proclamando en ellas el Comunismo Libertario.<sup>86</sup>

De hecho, el fin próximo, inevitable, de la Internacional al lograr los partidos políticos la castración del movimiento obrero al que le pedían simplemente el voto y la despreocupación total respecto a sus intereses, con la promesa, nunca cumplida, de que sus representantes, una vez en el poder, velarían por ellos, tenía que forzar al internacionalismo libertario a hallar otro camino. Fue cuando se abrazó a la táctica de “La propaganda mediante el hecho” de la que es ejemplo patente la hazaña de Malatesta y sus compañeros. Kropotkin, desenvolviéndose en medio de esta inquietud, escribía inclusive en “Le Revolté” del 25 de Diciembre de 1880: “La revuelta permanente por medio de la palabra, por medio del escrito, del puñal, del fusil, de la dinamita... Todo lo que no sea legalidad es bueno para nosotros”.

---

<sup>86</sup> La odisea de los internacionalistas ha sido recopilada, en base a los documentos de la época, por Pier Carlo Masini: “Gli Internazionalisti: La Banda del Matese (1876-1878), Milán, 1958, 164 pág.

El Congreso de Verviers fue, de acuerdo con Woodcock “El único Congreso que podía ser llamado enteramente anarquista en ambos aspectos, en su composición y en sus decisiones”<sup>87</sup>.

Veamos cuales fueron estas decisiones.

Sobre el tema “En cualquier país en que triunfe el proletariado, necesidad absoluta de extender su triunfo a todos los países”, se resolvió lo siguiente:

«Considerando que si bien es necesario a su triunfo que se extienda a todas las naciones, hay no obstante ciertos países que por su condición económica o social se encuentran más que los otros en situación que les permite tomar la iniciativa de un movimiento revolucionario”.

“El Congreso declara: que es un deber de todo revolucionario el ayudar moral y materialmente a todo país en revolución, como también el extender ésta, pues sólo de una manera es posible hacer triunfar la revolución en el país en que estalle”».

Este tema y su enfoque, sería desarrollado mucho más ampliamente, y señalaría su desgracia, por León Trotsky, quien bautizaría tal proceder bajo el nombre de Revolución Permanente, en oposición al concepto stalinista de concentrar todos los esfuerzos en la consolidación y fortalecimiento de las bases ganadas, pasando al centripetismo en detrimento del centrifugismo.

Otro tema fue: “Tendencia de la producción moderna, bajo el punto de vista de la propiedad” tema que debería plantearse en el Congreso Universal Socialista unos días después.

«Considerando -se resolvió- que el modo de la producción moderna tiende, bajo el punto de vista de la propiedad, a la acumulación de los capitales en manos de unos pocos y aumentar la explotación de los obreros:”

“Considerando que es necesario cambiar este de cosas, punto de partido de todas las inquietudes sociales;”

“El Congreso considera la realización de la propiedad colectiva, es decir, la toma de posesión del capital social por los grupos de los trabajadores, como una necesidad. Por otra parte, el Congreso declara que toda agrupación socialista verdaderamente digna de este nombre debe proclamar el principio de la propiedad colectiva, no como un ideal lejano, sino en sus programas actuales y en sus manifestaciones de cada día”».

El siguiente tema “¿Cuál debe ser la actitud del proletariado con respecto a los partidos políticos?” se resolvió como sigue:

«Considerando que la conquista del poder de la tendencia natural que tienen todos los partidos políticos, y que este poder no tiene otro objeto que la defensa del privilegio económico;”

“Considerando, por otra parte, que, en realidad, la sociedad actual está dividida, no en partidos políticos, sino en situaciones económicas: explotados y explotadores, obreros y patronos, asalariados y capitalistas;”

“Considerando además que el antagonismo que existe entre estas dos categorías no puede cesar por la voluntad de un gobierno o poder, cualquiera que sea, sino por los esfuerzos reunidos de todos los explotados contra los explotadores:”

---

<sup>87</sup> George Woodcock: “Anarchism”, pág. 254, Cleveland, 1962.

“Por estos motivos;”

“El Congreso declara que no hace ninguna distinción entre los diversos partidos *políticos*, llámense o no socialistas; todos estos partidos, sin distinción, forman, en su concepto, una masa reaccionaria, y cree de su deber combatirlos a todos”.

“Espera que los obreros que marchan aún en las filas de esos diversos partidos, aleccionados por la experiencia y la propaganda revolucionaria, abrirán los ojos y abandonarán la vía política para adoptar la del socialismo revolucionario”».

Sobre otro de los puntos sugeridos por Guillaume “De la organización de las ramas de oficio” el acuerdo fue:

“El Congreso, aun reconociendo la importancia de los cuerpos de oficio y recomendando su formación en el terreno internacional, declara que el cuerpo de oficio, si no persigue otro objeto que el mejoramiento de la situación del obrero, ya sea por la disminución de las horas de trabajo, ya por el aumento de salario, no conducirá jamás a la emancipación del proletariado; y que los cuerpos de oficio deben procurar, como principal objetivo, la abolición del salariado, es decir, la abolición del patronato, y la toma de posesión de los instrumentos de trabajo por la expropiación de sus detentores”.

El número de delegados que asistió a Verviers fue reducido: veinte. La calidad empero, sin desmerecer a los delegados de congresos anteriores, era excelente. Allí estaba Kropotkin, bajo el pseudónimo de Levashov, González Morago, Trinidad Soriano, Paul Brouse, James Guillaume, Andrea Costa, Montels, Werner y otros, incluida Anna Kulichov, la compañera de Andrea Costa. Además de los países europeos consuetudinariamente representados, había la representación indirecta de México, Uruguay, Argentina, Grecia, Egipto.

Once de estos delegados asistieron al Congreso Universal Socialista convocado por los belgas que abrió sus sesiones en Gante el 9 de Septiembre es decir, al día siguiente de clausurar el de Verviers, y duró hasta el 15 del mismo mes.

Otros 31 delegados, representando la corriente autoritaria asistieron a Gante.

Para desespero de Paepe, Gante no permitió la cristalización de una unidad socialista basada en las dos corrientes. Como paliativo extremo y visto que las sesiones iban a clausurarse sin ningún acuerdo positivo, se acordó la instauración de una Oficina de Correspondencia y Estadística para los Trabajadores Socialistas, que, dicho sea de paso, nunca fue establecida.

De forma posiblemente definitiva quedaba demostrado que las fuerzas socialistas de Estado y las fuerzas socialistas libertarias no podían marchar mancomunadas.

Los delegados de Verviers, naturalmente, no decidieron que aquel congreso iba a ser el último congreso de la Internacional libertaria. Por el contrario, habían decidido que el X Congreso debería celebrarse en Suiza el año siguiente.<sup>88</sup>

---

<sup>88</sup> Hay una tendencia, por parte de algunos, en considerar el Congreso celebrado en Londres el 14 de Julio de 1881 como el último y no el de Verviers. Palmiro Marbá, contemporizador, dice: “El que pudiéramos llamar X Congreso Internacional se verificó en Londres el año de 1881”. (op. cit., pág. 524). Empero, los cuarenta y cinco delegados que acudieron a la taberna de Charington Street, buscaban más bien la constitución de algo nuevo a pesar de que sus resoluciones hablaban en nombre de la Asociación Internacional de Trabajadores. La trascendencia de este Congreso, más que por la continuidad se podría implicar para la A. I. T. estriba en la presencia, en el mismo, de individualidades tan descolantes como Kropotkin, Reclus, Malatesta, Luisa Michel, Merlino y otros. El fin de la Internacional lo marca, sin lugar a dudas, la actitud de la Federación Jurasiana.

Fue la Federación Jurasiana la que decidió lo contrario cuando celebró su propio Congreso en Fribourg los días 3, 4 y 5 de Agosto de 1878.

“El Congreso ha decidido que no hay lugar para que la Federación Jurasiana tome parte en el congreso anual de la Internacional ni a no importa qué conferencia tendiente a reemplazarlo, la crisis que existe en todos los países hace dudosa e incierta, en este momento, la asistencia numerosa en dicho Congreso”.

Bien que la decisión estaba tomada por una Federación solamente, el hecho de que se trataba del Jura, la más fuerte, dinámica y consecuente de las federaciones libertarias, la misma adquiría proporciones dramáticas e implicaba, consecuentemente, el fin de la Internacional.

Otros derroteros iban a ser trazados.

Ya en este Congreso de Fribourg una voz que tendría en el futuro una gran trascendencia en el anarquismo internacional, decía “Somos revolucionarios porque queremos la justicia. Ningún progreso, sea parcial o total, se ha realizado jamás mediante la simple evolución pacífica: ha tenido lugar siempre a través de una revolución repentina. Si el trabajo de preparación se llevo a cabo lentamente en los espíritus, la realización de las ideas tiene lugar bruscamente... ¿Y cómo debe procederse para esta revolución? ¿Empezaremos por abdicar de ser libres? No, porque somos anarquistas los cuales no tienen a nadie por amo ni quieren ser los amos de nadie... Suprimiendo el Estado, suprimimos, al mismo tiempo, toda moral oficial... La única moral se halla en la libertad...”.

El que se expresaba así era Eliseo Reclus, que junto con Kropotkin, Cafiero, y otros muchos iban a “edificar -como dice Maitron- la doctrina del anarquismo comunista. Iban, al mismo tiempo y en el plano de la práctica, a poner en condiciones sus métodos de acción”<sup>89</sup>.

Se había cerrado, con el fin de la Internacional, uno de los capítulos más importantes de la historia del movimiento obrero, y, en parte, del pensamiento anarquista.<sup>90</sup>

James Guillaume se resiste a esta idea y se comprende porque él, como pocos, fue uno de los pioneros más abnegados y honestos de aquella gran experiencia.

En el prefacio del Cuarto tomo de la obra que mayormente ha servido para confeccionar esta capítulo: “L’Internationale, Documents et Souvenirs”, Guillaume dice: “Nada termina, nada se pierde, todo tiene su continuación, aunque a veces se altere, el desarrollo está siempre en curso. La vida es inmortal. Los asalariados de Francia, en su gran masa, no habían olvidado las verdades halladas y proclamadas por la generación anterior. “La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos”. La liberación del proletariado no es problema nacional sino internacional. Viviendo la vida de su clase continuaron la lucha económica, y mientras los parlamentarios concentraban su actividad en la recluta de un ejército de votantes, se organizaban por uno y otro lado federaciones locales y profesionales de sindicatos. De la unión de ambas organizaciones nació, en 1895 la Confederation Generale du Travail que desde 1904 se inclinó en su mayoría por el sindicalismo revolucionario. ¿Y qué es la C. G. T. sino la continuación de la Internacional?”.

---

<sup>89</sup> Jean Maitron, op. cit., pág. 79.

<sup>90</sup> Un intento de reanudación, con una laguna de casi medio siglo de por medio, tuvo lugar en Berlín, en Diciembre de 1922. La Asociación Internacional de Trabajadores fue nuevamente organizada pero las características habían cambiado completamente: Existían diversas “Internacionales” en el mundo y el impacto de la Revolución Rusa ejercía una influencia, en aquellos días, hasta en el propio seno del anarquismo.